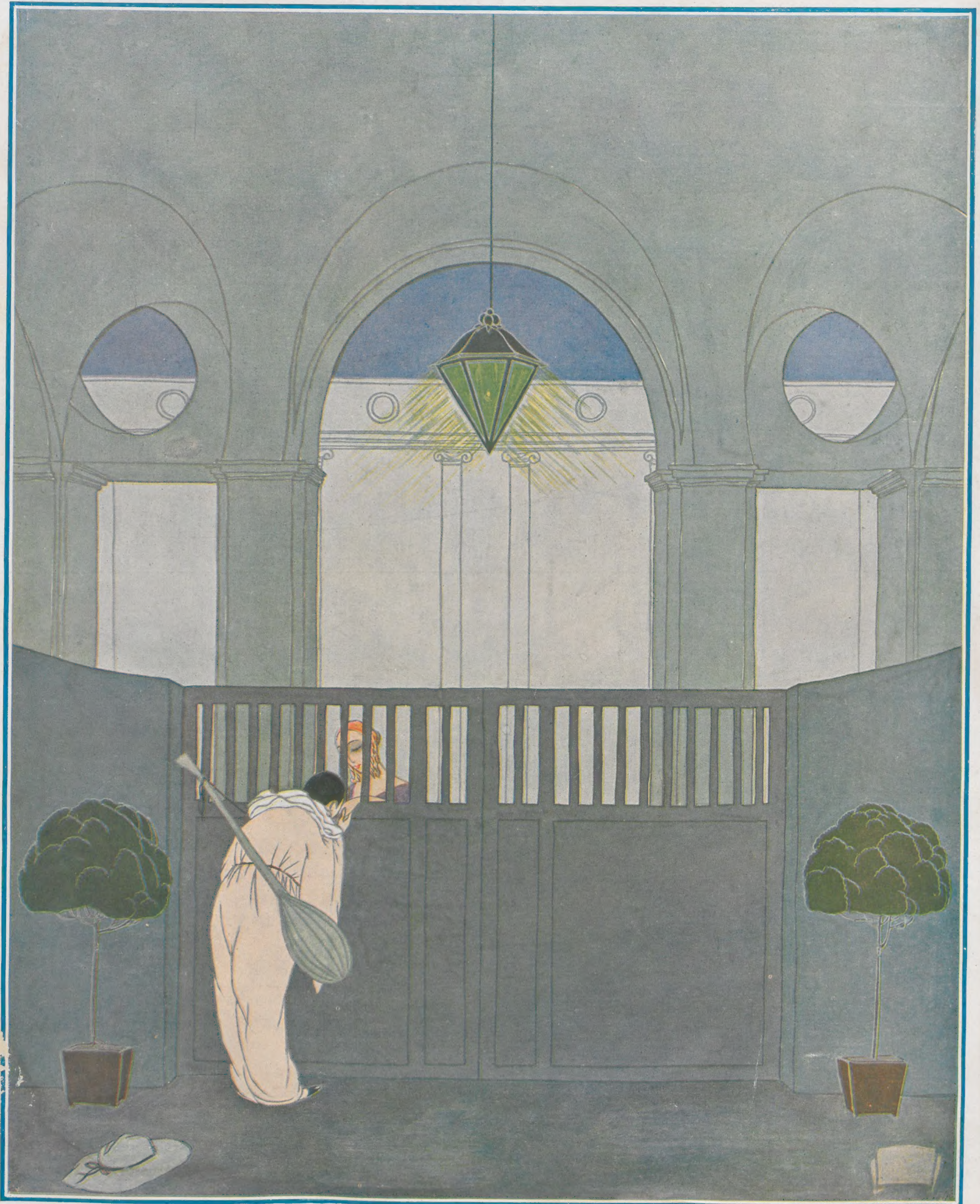
El Hogar



PINTADA PARA "EL HOGAR"

LA DESPEDIDA DE PIERROT

Por Max Ninón

JABON

AROMAS DEL CAIRO





HASTA que el último pedacito de la pastilla se ha consumido, persiste intensamente el perfume de este exquisito jabón. Y aun mucho tiempo después, en todas las cosas que han estado en contacto con él, como un recuerdo, queda su fragancia suave y evocativa. Tal es la causa de que se le denomine

JABON - EXTRACTO





Esta Marca

para Ropa Interior

significa

GARANTIA de CALIDAD

Pida en las buenas tiendas

Nuestras Interesantísimas Novedades

cuyos precios son sensacionales.

Para informes, dirigirse a Muñiz 1440 (nuevo edificio de nuestra Fábrica), Buenos Aires. En Montevideo (R. O.), a Plaza Zabala 381.

SUBSCRIPCIONES
EN LA CAPITAL
Año.......... $ 9.— %
Semestre....... » 5.— »
Trimestre..... » 2.50 »
Núm. suelto... » 0.20 »
» atrasado. » 0.40 »
EN EL INTERIOR
Año.......... $ 13.60 %
Semestre..... » 7.— »
Trimestre.... » 4.— »
Núm. suelto.. » 0.30 »
» atrasado » 0.60 »
EN EL EXTERIOR
Año......... $ 10.— oro
Semestre.... » 6.— »
Trimestre... » 4.— »

Para evitar interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora. El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta Administración en giros postales, cheques, órdenes contra casas de comercio establecidas en ésta, o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

El Hogar

ILUSTRACIÓN SEMANAL ARGENTINA

APARECE TODOS LOS VIERNES



Dirección, Redacción y Administración
RÍO DE JANEIRO, 262

FUNDADA EN 1904 POR ALBERTO M. HAYNES
U. Telef., 63, Almagro, 1120 y 1121 — Dirección telegráfica: "Senyah"

OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUBSCRIPCIONES
A. DE MAYO 749, 5º p., U. T. 33, Av. 1472
ANUNCIOS EN EL EXTERIOR
Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. — La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.
AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR
URUGUAY. — A. S. ADAMI
Plaza Independencia, 727, Montevideo
ESTADOS UNIDOS. — S. S. KOPPE Y CO. INC.
Times Building. New York
PARAGUAY. — SANTIAGO PUIGBONET
Palma, 78. Casilla Correo 581. Asunción

Año XXII — *Buenos Aires, Febrero 19 de 1926* — Núm. 853

Notas y Comentarios de Actualidad

El Acontecimiento

Los periodistas, a fuer de profesionales de la pluma, no siempre creen en lo que escriben, pero entonces suelen tener la sorpresa de que sus palabras resulten acertadas. Un cronista de la prensa que durante un mes había exprimido su imaginación para presentar bajo proporciones de acontecimiento el raid de Franco, sin haber conseguido por eso convencerse a sí mismo, recibió una de esas sorpresas el día de la llegada del avión. La muchedumbre agolpada en la Avenida Costanera y en las calles del centro, todo eso no era nada: Buenos Aires, la ciudad entera, la segunda capital latina, la más populosa ciudad de habla española, se había subido a las azoteas para verlo venir. Era, sí, un acontecimiento; lo era en la conciencia colectiva, la única capaz de conocer en toda su magnitud los grandes acontecimientos. El comandante Franco, que antes de verse envuelto por el oleaje humano había asistido desde la altura al impresionante espectáculo, le dijo a un periodista: "Yo no sospechaba ni esperaba nada de esto. Estoy emocionadísimo. ¡Pensé si no sería un eclipse!"

Los Españoles, Elogiados por un Asturiano

"La empresa audaz y feliz de estos tres argonautas del cielo — dice Pérez de Ayala con motivo del raid, demuestra aquello que vengo sosteniendo siempre: que la calidad individual del español puede compararse ventajosamente con la de cualquier hombre de primera calidad de cualquier nación de primera jerarquía. Todo lo que un hombre cualquiera es capaz de hacer, un español lo hace igual o mejor."

En estas palabras de Pérez de Ayala se retrata nuevamente su proverbial modestia de asturiano. Pero ellas nos recuerdan un párrafo de Garófalo, que pueden servirles de contraprueba: "Inglaterra no fué siempre lo que es hoy: hasta hace cuatro siglos, Inglaterra no tenía marina, ni casi industria; exportaba a Flandes sus lanas para la fabricación de paños. Y en orden a las costumbres, quien lee la descripción de la vida inglesa de tres siglos atrás, y aun del siglo XVIII, no puede menos de maravillarse, viéndolas tan distintas de las actuales."

En aquella época los ingleses hubieran podido dudar de la aptitud de su raza, como hoy lo hacen de la suya tantos españoles, argentinos, y en general, latinos. La asturiana tesis de Pérez de Ayala es el único punto de partida fecundo para un pueblo que quiera escribir historia.

Rada House

Dos diarios abrieron simultáneamente sendas subscripciones para regalarle a Rada un edificio propio. ¿Cómo se va a resolver ahora el caso de ese edificio? ¿Serán dos casas, o será una casa de dos pisos? No lo sabemos. Pero parece que de esta hecha Rada tendrá casa, y si las subscripciones corren parejas con el entusiasmo popular, puede ser que una iglesia. Esa casa de uno o dos pisos, o esa iglesia, o esa aduana, o esa inmensidad habitable, o lo que de la subscripción resultare, será uno de los más simpáticos y cariñosos homenajes a que haya dado lugar el raid del Plus Ultra. Rada representa, por decirlo así, el elemento obrero y popular, esto es, la parte interesante de la expedición. Extraño fuera que no hubiésemos reparado en él. Pero si bien nos alegramos de que este concepto le haya traído suerte, somos de opinión de que para ser esto una república democrática y agricolaganadera, hemos machacado mucho sobre la humildad social de Rada. ¿Porque es el mecánico de un avión de dos motores que ha hecho el raid Palos-Buenos Aires? En Buenos Aires eso cae perfectamente dentro de la clase media.

Asaltos e Interrogatorios

La serie de ruidosos asaltos y las revelaciones sobre aplicación del tormento por parte de la policía para arrancar confesiones a los detenidos, hablan elocuentísimamente, no ya del atraso, sino del retroceso policial argentino. Mientras las clásicas policías de campaña han mejorado siquiera en ser un poco menos abusivas, la policía de la Capital Federal y del primer estado argentino se presenta en manifiesto estado de decadencia. He ahí lo que se ha adelantado con cerrar invariablemente los ojos a la realidad policial. Tanto el gobierno como la prensa se han obstinado en creer que teníamos una excelente policía. Al amparo de esa complacencia ella ha ido dejando que se aflojaran sus resortes morales y que se embotara la sagacidad de que en otros tiempos supo dar pruebas. Trabajo le encomendamos ahora al que quiera reanimarla. La buena policía no se improvisa; es una formación relativamente lenta, sujeta en parte a la renovación natural de sus elementos. Además, todavía no parecemos desengañados. Ante el asunto Llanos ni el Poder Ejecutivo tomó ninguna providencia adecuada, ni la prensa adoptó la actitud que le correspondía. La cosa es doblemente grave, pues se diría que los argentinos aun no hemos comprendido que el sentido de humanidad es el punto en que la civilización occidental y moderna empieza a diferenciarse de las civilizaciones orientales y antiguas, y la explicación de sus instituciones políticas y sociales.

La última aventura

por

Córdova Iturburu

Vienen de los lugares
de donde sale el sol,
agujereando el cielo de los mares.
Rezan a Jesucristo y hablan en español.

El oro alucinante de la aventura eólica
les incendió los ojos, los arrojó al azur,
y otra vez se ha doblado la rodilla católica
bajo los cuatro clavos de la Cruz del Sur.

Para cerrar sus brazos sobre las almas fieras
de los conquistadores del tercer elemento,
Buenos Aires se viste de elásticas banderas:
femeninas y fuertes amazonas del viento.

Febrero 10 de 1926.

El más Amable de los Dueños de Casa

El comandante Franco se muestra encantado del doctor Alvear. Es un hombre amabilísimo, que sabe cuál es la oportunidad de dar un abrazo. Los príncipes del Piamonte y de Gales también se fueron encantados del doctor Alvear. ¡El más amable de los presidentes y el más amable de los argentinos! ¿Y quién podría poner en duda esta cualidad de nuestro presidente? No, sin duda, los artistas, ni los escritores, ni los periodistas. Es el primer presidente argentino que supo ser amable con ellos. Además, nuestro presidente no es amable a la manera de los peluqueros — ¡también, no faltaba más!, — sino que es un maestro de la amabilidad. Él sabe ser amable con los príncipes sin perder la línea presidencial, y sabe cómo se le da un abrazo a un soldado. En una palabra, el doctor Alvear es un presidente ideal para esta época en que recibimos tantos ilustres y desacostumbrados huéspedes. Lástima que, por lo demás, los más notables acontecimientos de la actual administración hayan sido, hasta ahora, las visitas de esos huéspedes, los herederos de Italia y del Reino Unido, y el comandante Franco. Porque de esta manera el doctor Alvear corre el peligro de pasar a la historia como el más amable de los dueños de casa.

Rehabilitación de la Avenida Costanera

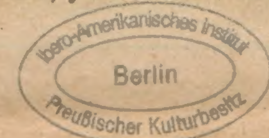
¿Para qué servía la Avenida Costanera? ¡Ahí lo tienen! — exclama el intendente a la llegada de Franco, indicando la multitud apiñada allí. Y ahora nos explicamos mejor la atención del intendente poniendo su casa a la disposición de Franco. No era simple cortesía, sino también sincero agradecimiento. Franco iba a rehabilitar esa Avenida Costanera que de tan poco nos había servido hasta la fecha. Gracias a ella, muchos de nosotros hemos podido asistir con toda comodidad a la llegada del avión, y hasta los más descontentadizos nos hemos reconciliado mucho con la Avenida Costanera. El intendente podrá decirles ahora a sus críticos — de cuyo número nos retiramos — que en una época en que la gente empieza a venir de ultramar por el aire, las avenidas costaneras tienen un porvenir indiscutible. Pero no olvide el intendente que todo eso se lo debe a Franco; así como el rey de España lo nombró gentilhombre de su casa, él, haciendo lo que está en su mano, debiera colmarlo de chocolate.

¿Subirá Otra vez el Dólar?

Durante la semana pasada y la anterior, el cambio argentino, o, como se dice comercialmente, la moneda, después de haberse estabilizado por debajo de 240 (cotización del dólar), empezó a perder terreno otra vez. Quizá sea una baja transitoria, pero no es de buen agüero en circunstancias en que la situación agrícola y los negocios en granos se presentan poco despejados. En todas partes del mundo se sabe que cuando una moneda se presenta débil en el mercado, el remedio está en el presupuesto. Entre nosotros, cuando la moneda estuvo sensiblemente baja se libró todo a la capacidad productora del país, y el fisco continuó apretando el torniquete. Y ahora parece resultar que la situación de la moneda argentina no es estable. Si llegase a bajar otra vez hasta 350, ¿cómo se haría para restaurarla en su valor legal? ¿Levantando la clausura de la Caja de Conversión? Así dirían muchos, pero no se levantaría. Prescindiendo de los fundados temores de una corrida a la Caja, cosa que traería una situación monetaria difícil de comprender, ¿cuál sería la repercución que tuviese un alza brusca de la moneda, después que todos los valores se hubiesen reajustado a la pasada depreciación?

Economía Política del Carnaval

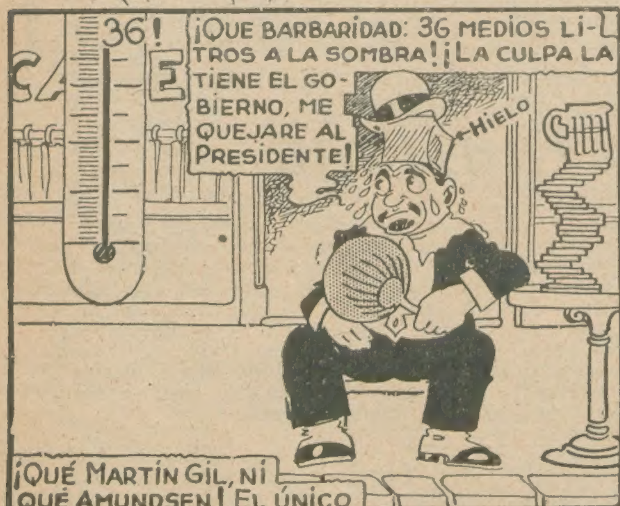
Los economistas, cuyo lenguaje no aventaja mucho en precisión al de los filósofos — de quienes no son mas que una especie de envidiosos, — deberán hacer de hoy en adelante la debida distinción entre gasto y consumo. El hecho de que un gasto pueda ir acompañado de consumo, como ocurre a la hora del vermouth, no quiere decir que el gasto sea la medida del consumo — si no, ¿dónde quedaría la ganancia del comercio y de la industria? — ni que todo gasto importe consumo. Muchos seres humanos se admiran del dinero que la gente gasta en carnaval. Pero es más el ruido que las nueces: se gasta mucho, pero se consume poco; todo se reduce a que el dinero cambia de bolsillo. ¿Qué es lo que consume un automóvil en el coso, comparado con lo que cobra el chauffeur? Y así es todo en Carnaval; se gasta mucho, pero se consume poco. Los que reciben el dinero se lo embolsan y lo ahorran o capitalizan, y los que lo gastan, economizan el mes que viene para dar a ese ahorro una explicación satisfactoria. No nos pasmemos, pues, por lo que se gasta en carnaval. No se trata más que de un cambio de postura del dinero.



Las Aventuras de don Pancho Talero

Por LANTERI











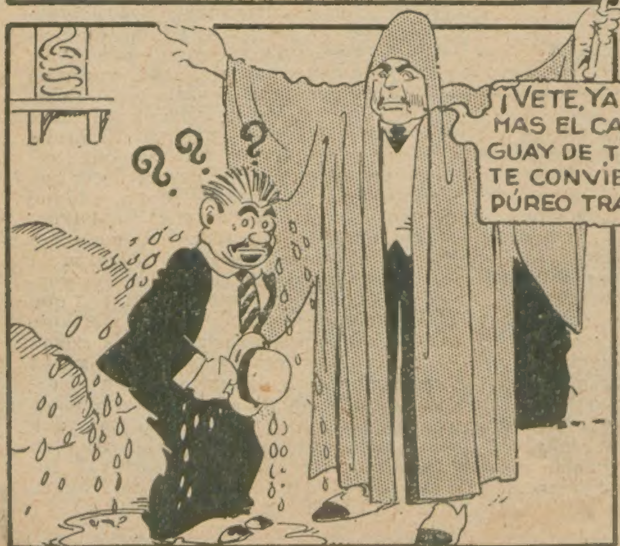










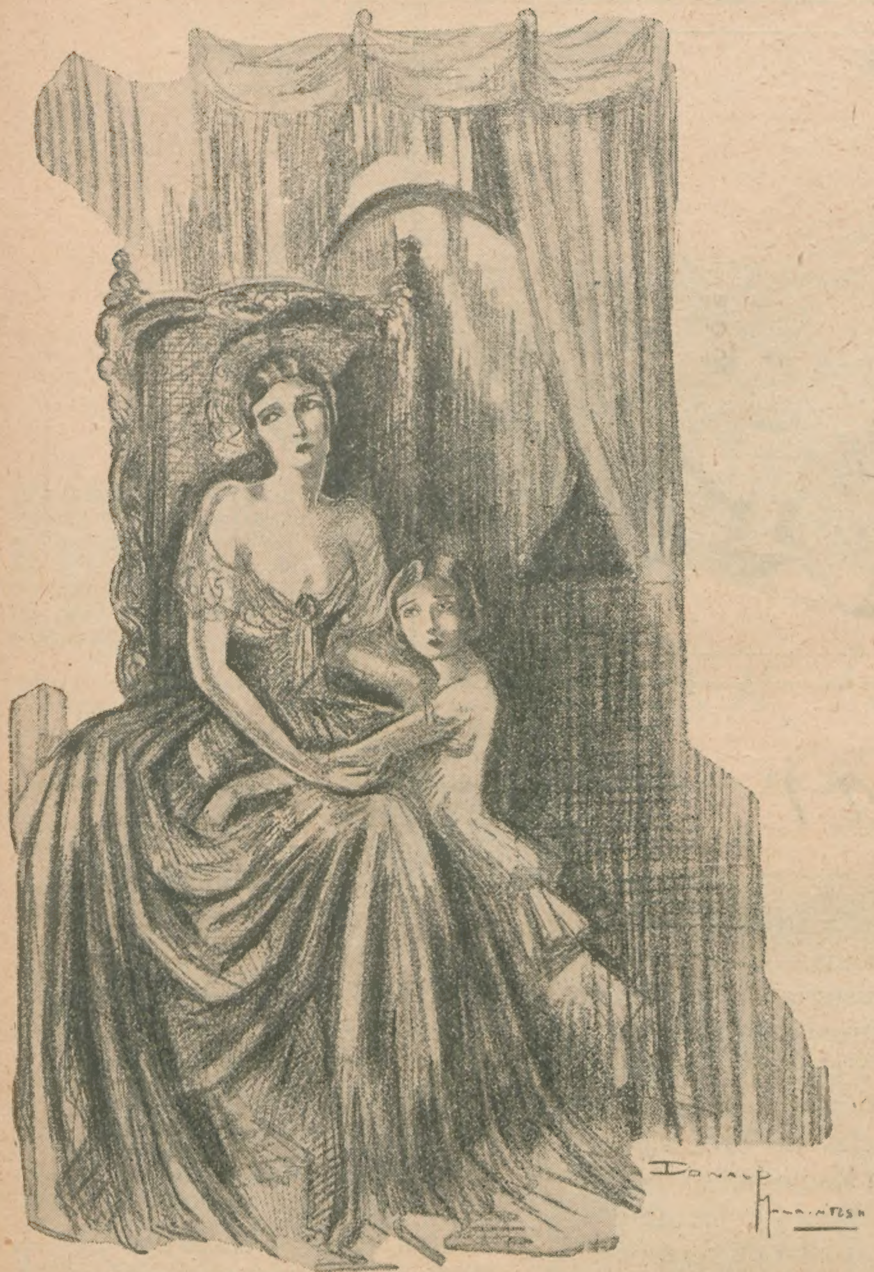




El armario negro

Por
ANA MARIA GARASINO
Ilustraciones de Donald Mackintosh





"...mi madre y yo teníamos un presentimiento triste..."



Yo sentía especial cariño por aquel caserón colonial de doña Goya. Aun gusto llamarla así, hurtándole el venerable apellido, para no destruir esa repercusión musical e ingenua que dejan los nombres repetidos muchas veces en la infancia.

Solía pasarme en aquella casa las vacaciones enteras; desafiando la superstición que me traían las gruesas paredes de adobe y los techos inclinados, cruzados de anchos y carcomidos tirantes. ¡Cuántas veces creí ver el ojillo malicioso y pérfido de un duende o de una bruja incrustado en sus resquicios!

Los cuentos infantiles tomaban forma en las largas noches de verano, que llenaban de extraños ruidos la quinta inmensa y solariega, por cuyo espeso oquedal apenas si se alcanzaba a distinguir la faz dormida y quieta de la luna.

Aparecía la figura caprípeda del diablo persiguiendo a la infortunada hija del labrador; la carita entristecida y mustia de la princesa fregona; el aquelarre barullento, con olor a azufre y horrible arrastre de escobas. Junto a los barrotes de hierro que cuadriculaban la ventana de mi cuarto, yo veía esa procesión llorosa, embrujada, apestando a infierno a veces y sahumando a paraíso otras; y la miraba empujarse, rabiosa o suplicante, mordiendo con hambre y furia los hierros insensibles y carcelarios, sordos a las amarguras y las lágrimas...

Me escurría debajo de las sábanas de lino, toscas, pero blancas como un plumón, y me quedaba tan perfectamente quieta que nadie hubiese advertido forma humana allí. Al rato largo asomaba valientemente un ojo, y miraba de nuevo a la ventana que doña Goya dejaba abierta para respirar a todo pulmón... ¡Qué nariz insultante la del diablo! ¡Y cómo se estiraba en su afán ardiente de acercarse a mi cama!

Doña Goya roncaba como un bendito, y al vislumbrar en la media sombra la toca blanquísima y la cinta negra que la apretaba a los frágiles cabellos de plata, me tranquilizaba, recordando que con sus rezos y plegarias, encerrados en la camándula suspendida de la cabecera patriarcal, no podría entrar nada de sobrenatural allí. Entonces me dormía bajo el balsámico frescor de las sábanas de lino...

Doña Goya tenía por única compañía a una indiota chata y fea como un demonio, pero fiel y servicial como un mastín. En Mina (Benjamina), que se había criado junto a ella, y le conocía todos los gustos y disgustos a la perfección, descansaba toda la labor de la casa: desde el gallinero, que ella misma había "fabricado", hasta la tarea harto delicada y pacienzuda de vestir y desvestir a doña Goya.

Ya no es fácil encontrar ese "spécimen" de mujeres, que se va junto con las nobles tradiciones. ¡Con qué mansa solicitud ataba la india las pantuflas de franela bordada a los pies rugosos y casi insensibles! ¡Y cuidado con no dar un traspiés en el manejo traicionero del peine y las horquillas! Después, la colocación de la toquilla almidonada y limpísima, cayendo un poco sobre la frente surcada de arrugas...

La tarea de vestir a doña Goya llevaba un buen rato a la excelente Mina; pero cuando la viejecita salía de su "toilette" matutina tenía algo de flor invernal que se esforzaba por estereotiparse en las mejillas levemente coloreadas de rosa...

Ellas dos conservaban un estómago envidiable, y a la hora familiar del almuerzo le hacíamos los honores a la sopa, llena de "ojos" flotantes, que hurtaban casi toda la substancia a la carne exigua del puchero, adornado con verduras cosechadas por Mina en un buen retazo de tierra, donde lucían sus aptitudes los merodeadores nocturnos. Una noche la india, armada con el palote de los amasijos, espantó al caco librándole un descomunal garrotazo en la espalda... Desde entonces no habían vuelto a tentar el robo de su afanosa cosecha.

Cuando relataba la hazaña, los ojos negrísimos de Mina brillaban como si arrastrasen todo el vigor de la leyenda nativa, dejada quién sabe en qué apacheta solitaria y lejana...

Muchas veces, a la hora de la siesta, la pillé fumando unos gruesos cigarros de chala. Un día, al tentar uno, sufrí un mareo tan espantoso y una sensación de vacío tan honda que me dejó imposibilitada para sentirme firme en el suelo, aun cuando hice concienzudos esfuerzos para no menoscabar mi sentada fama de muchachita valiente y decidida...

A despecho del humo y del ingrediente de fruta aborigen que ponía en su cigarro, la india lucía una dentadura apretada y deslumbrante que halagaba al menor asomo de sonrisa. Me gustaba verla reír, porque me traía la impresión jocosa de un espejo que tenía en su reverso la figura chillona de un negrito, al que se le colocaban, uno a uno, los dientes blanquísimos, por un hábil movimiento de equilibrio... Y, sin imaginarlo, ella suplía perfectamente al simpático fantoche del espejo...

Siempre me llamó la atención, y picó mi curiosidad infantil, aquel imponente armario negro, recargado de molduras y ornamentos, que Mina desguarnecía de polvo valiéndose ingeniosamente de una rosca de trapo blando, envuelta como el resalto de un tornillo entre sus dedos. A la siesta, la cabeza que adornaba la cornisa, negra y furibunda como un Otelo en plena tragedia, parecía agigantarse y cobrar movimiento junto a las demás talladuras milenarias y sombrías. Ese mueble, de estampa medioeval, pudo ser muy bien un arca destinada a guardar las reliquias o la armadura de algún hidalgo caballero; y hoy, con más imaginación que entonces, pienso en el romancesco sueño que hubiese echado allí la bruñida cota de acero, el penacho triunfante o la daga plana y reluciente de algún viejo castellano, tan lírico y soñador como valiente para recoger el guante... Y ¿por qué no buscar también ese patriarcal refugio para la tizona del Cid, si, cansada de describir fintas en los donosos lances, quiso acostarse a dormir en su regazo, como la más regalona y perezosa de las hijas? Y ¿qué lugar más cómplice que aquel para encerrar la "sonante alquimia" de los magos, si allí dentro hubiesen estado "como en casa" los alambiques y las redomas embrujadas, mezclándose al grato concilio de las sombras?... Mis ojos infantiles miraban con un respeto singular ese mueble de una negrura trágica y solemne que doña Goya me había enseñado a reverenciar todas las mañanas y todas las noches, antes de acostarme, con la señal de la cruz y un padrenuestro, que rezábamos hincadas de rodillas.

Nunca se abría la tapa, que se me antojaba de dos cuartas de espesor, ni el cajón apaisado y siniestro como una caja mortuoria. Solo, y ocupando casi toda la pared del cuartito que lo guardaba, el armario era el santuario de la casa, custodiado por la cabeza enigmática y grotesca de aquel Otelo celoso e impasible, que parecía sublimarse desde arriba al escuchar nuestro rito cotidiano, donde yo ponía cada vez más curiosidad y menos fervor, ansiando desatar a todo trance el nudo apretado del misterio...

¡Con qué fiebre hubiese abierto la tapa lapidaria, hurgando, luego, el interior como si se tratase de una caverna o de una gruta maravillosa!

Era día sábado. Mina había sacado todos los trastos al patio, para asolearlos un poco y limpiar bien los rincones de los cuartos donde doña Goya, merced a la luz de la vela, había descubierto la obra textil de las arañas, que aprovechaban debidamente las vacaciones de la escoba de Benjamina, uniendo las paredes con cortinas de telas tupidas y respetables. Pero el día de limpieza general, con la batería imperdonable del plumero y los escobazos, debía desquiciar aquella arquitectura volátil de medio año largo y considerado.

Benjamina arreciaba la potencia de sus brazos ciclópeos. ¡Zas!, ¡zas! Abajo los cuadros bordados en canevá de papel, los medallones conteniendo rizos de cabellos muertos; el reloj octogonal, con esfera de cartón y minuteros paralizados por la herrumbre de los años; el crucifijo de marfil; la pila de agua bendita... ¡Abajo todo como en un avance vandálico!



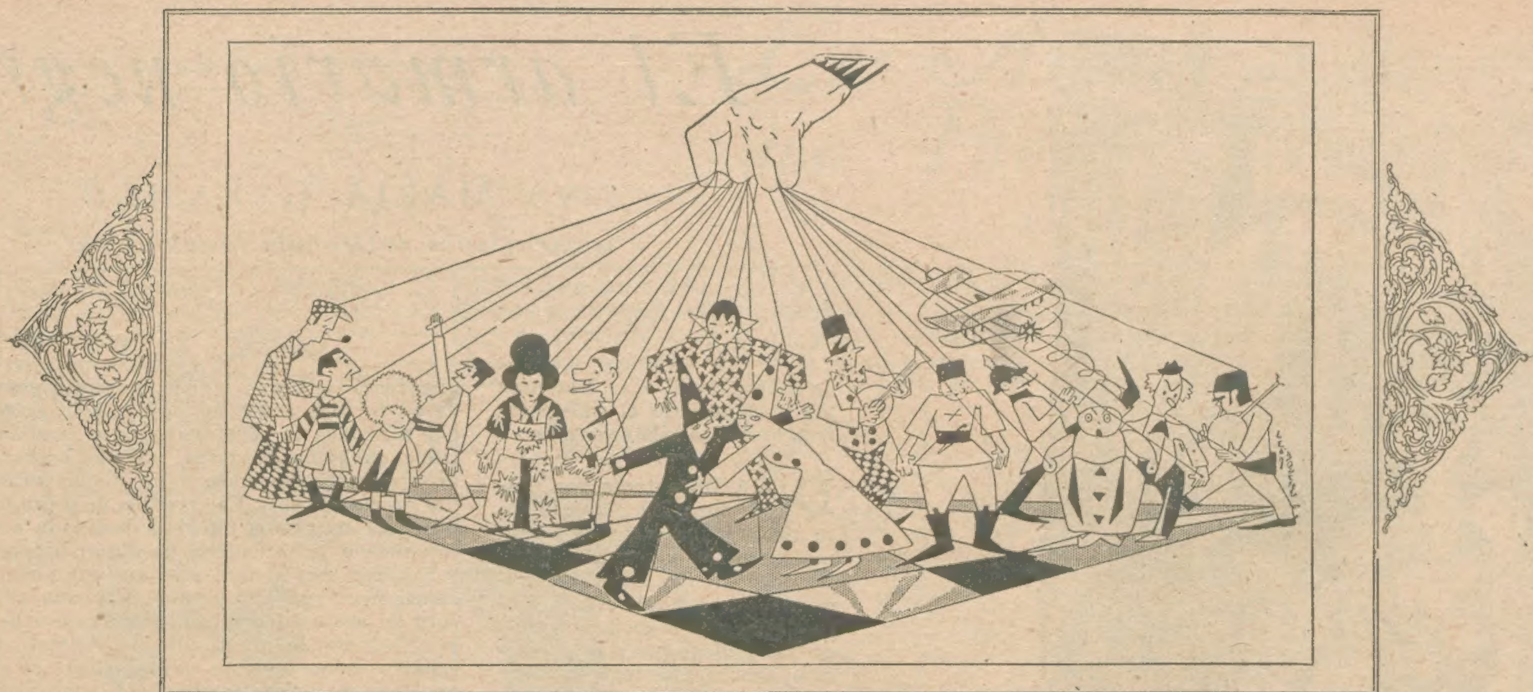
¡Ah!... Pero el armario, el bendito armario negro, no se movió. Me quedé mirando la cabeza rígida y odiosa con una especie de rencor. ¿Por qué a ése no lo sacaban afuera con los demás? ¿Por qué no lo empujaban y lo volcaban boca arriba en el patio, para abrirle las entrañas misteriosas y embrujadas?

Desde arriba, el Otelo negro y enigmático, parecía sonreírse sardónicamente de mis ansias de destrucción.

—¿Y ése, Mina? — pregunté, apuntándolo como a un condenado. — ¿Por qué no lo sacas? ¡Debe estar lleno de arañas y polillas!...

La india agachó la cabeza sin contestarme, y siguió sacudiendo un nicho que guardaba una Purísima desteñida y grave... Se acercó doña Goya a escarbar los cachivaches. El sol de la mañana amarilleaba en los cabellos escapados de la toca, dándole un suave matiz de trigo

(Continúa en la pág. 72)



Bazar

Por FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

Ilustración de Bouché

Bazar. Grotesco sainete
de guiñol peripatético
en el tablado hipotético
de una tienda de fantoches.
Inflexiones de falsete
en la parla de los tipos.
Desahogan con sus hipos
de lloro, las marionetas,
su estupor ante las jetas
de los muñecos feroches.

Cabriolas de trampolín
libertan de la prisión
de su ataúd de cartón
la majeza de serrín
de Pierrot y de Arlequín.
Y con el dúo acrobático
resucita el problemático
encanto de Colombina
y la sempiterna inquina
de Arlequín y del Lunático.

Cruzan el escaparate
dos peponas de esterilla,
y un nauta de pacotilla
las fusila, desde el yate
de *bluff*, con un disparate.
(Rubor de anilina asoma.)
Su colofón a la broma
poniendo con gracia aviesa,
un Pinocho de sorpresa
saca su lengua de goma.

Billiken, el hierofante
del azar, su vientre hidrópico
ubica en trono de utópico
marfil — de *papier maché*. —
Polichinela hilarante
la parábola ha descrito
de un volatín inaudito,
huyendo de la diatriba
que contra su absurda giba
le dardea una musmé.

Van cogidos de bracete:
un exótico derviche
de trapo con Cocoliche,
seudo criollo de juguete.
El ceñido molinete
de un muñequito taurófilo
gana el ardor hispanófilo
de una manola coqueta.
Coco *(celoso)*: — ¡Sotreta,
lleno de algodón hidrófilo!

Estirado, con su bimba
dernier y su frac correcto,
paladea con dilecto
gozo, un inglés, su cachimba.
Y, mientras una marimba
prodiga su órfica lluvia,
un elfo de barba rubia
borda la gracia felina
de una milonga argentina
con una reina de Nubia.

Nieva su prestigio arcaico
de romántico interlunio
la histeria del plenilunio
eléctrico del voltaico.
Paga el plebeyo mosaico
de funámbulos histriones
gabelas de evocaciones,
y en los pechos de falsía
se anuncia la epifanía
de un alba de corazones.

El anaquel llueve andantes
de cornamusa galaica,
que reclaman la trocaica
tortura de una canción.
Y los luceros errantes
de una muñeca hiperbólica
evidencian la bucólica
sugestión que fluye, noble,
de los pífanos de roble
del gaitero de cartón.

Redobla su leve trote
sobre el lúcido *trottoir*
del mostrador del bazar
un viajero bibelote.
Al trote pone estrambote,
cuando arriba a la estación
ferroviaria, la expresión
del revisor diminuto
que le espeta: — Hace un minuto
partió el *express* de latón...

Ensayando *trucs* escénicos
el lunar arco de Volta
finge una errática escolta
de payasos neurasténicos.
Sus dedos esquizofrénicos
flagelan las mandolinas
y, cuando las cavatinas
palpitan en los cordajes,
emprenden azules viajes
las rellenas Colombinas.

Culebrea, sobre el lomo
del espacio, el *looping* frívolo
del trepidante velívolo,
malabarista de plomo.
De regreso al aerodromo
de hoja de lata, el avión
tropieza contra el balón
eléctrico y se destroza.
Bulla. Fracaso de loza.
Se sume en noche el salón.

Un fino estoque lunario
vulnera la noche prieta
del bazar, donde se aprieta
el convivio estrafalario.
Un grito de estradivario
se desploma en un rincón,
y Pierrot expira con
la intromisión importuna
de aquel estoque de luna
en su entraña de algodón.





Vista general de la casa del obispo Colombres en Tucumán

MOTIVOS TUCUMANOS

En la casa de un santo varón

Por SATURNINO RODRIGO



Retrato del prócer, doctor José Eusebio Colombres



DESPUÉS de la lluvia, el Parque 9 de Julio era un inmenso pebetero.

Las hojas de los árboles y la hierba del prado vestían de gala, mientras la tierra, húmeda, embalsamaba el ambiente, y el cielo, zarco, era como la mirada de una novia.

Nuestro coche discurría lentamente por la avenida de árboles, pese a los esfuerzos del cochero, que en vano castigaba a los jamelgos para que apresuraran la tarda caminata.

Llegamos al fin.

Sobre un pedestal de granito se yergue el busto de un santo varón que en vida repartió por igual su corazón y su inteligencia entre el servicio de Dios y de la Patria, perpetuó su nombre junto a la dulzura infinita de los misales y en el documento más trascendental de la vida republicana: el Acta de la Independencia Argentina.

El culto popular ha erigido ese busto, honrando la memoria del doctor don José Eusebio Colombres, y ha hecho del hogar del ilustre prelado un lugar de romería, donde se siente el renacimiento de las fuerzas vivas que contribuyeron a imponer el imperio de la Libertad. Pero no sólo eso se ha perpetuado en el hoy museo y antes humilde hogar de un sacerdote: se ha eternizado, también, su espíritu de trabajador.



La sala del piso bajo en la casa del ilustre prelado tucumano

En el amplio jardín que hoy cubren macizos de rosales y donde los "parterres" se multiplican con la policromía de sus flores, se alza, venerable, el pozo de aguas vivas cuyos cristales reflejaron en un tiempo la figura ascética y prestigiosa del obispo y aplacaron su sed en las tardes de canícula y sopor. Las yerbas trepadoras lo han cubierto amorosamente, y una madreselva le da el oloroso rosario de sus flores.

Frente al pozo, enmohecido, rígido y paralítico, sufre las inclemencias del tiempo el primer trapiche que se construyó en Tucumán, poniendo el jalón inicial para la industria azucarera que hoy es la principal fuente de vida para la provincia. Los cilindros macizos de algarrobo giraron un día movidos por unos mansos bueyes y exprimieron el jugo abundoso de las cañas, haciendo correr la miel para regalo de los comensales que acudían numerosos a la mesa bendita del obispo, donde la caña, transformada en chancacas y hojaldres, hacían chupar los dedos a los más refinados gastrónomos.

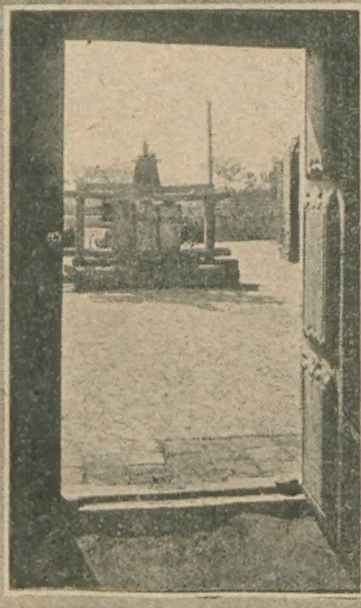


FOTO N. N.

En el jardín de la casa, el primer trapiche construído en la región azucarera

Hoy el trapiche es apenas un motivo de evocación, y, a veces, el viento, al pasar, impetuoso, hace crujir sus maderas como en los tiempos pretéritos, cuando a su vera se amontonaba toda la peonada de la hacienda y se platicaba bajo el paternal amparo y la bendición del varón misericordioso que presidía la casa.

Entramos en los aposentos que fueron ocupados por el obispo.

El tiempo se ha estancado en ellos. Hay un ambiente de recogimiento y de respeto; un olor de humedad dice de su abandono, y la paz que lo inunda es como un remanso de la vida. Estamos cabe a la Eternidad.

Los muebles se conservan tal cual los usó su dueño: el tiempo los ha descolorido, y, sin embargo, los ha respetado, conservando todo su sello austero y memorable.

Un gran clavecín, de teclas amarillas y de sones antiguos, nos hace evocar la santa figura del doctor Colombres tocando las melodías del ritual, a la hora del "ángelus", cuando el ocaso se amorata y la paz cae sobre la tierra humilde como una bendición. Los espejos que retrataron su silueta parecen conservar todavía un rastro fugitivo que hubiera quedado impreso de tanto reflejarlo.

Un abanico, su escritorio, sus sillones de cuero, todo, en fin, parece conservar el calor de su cuerpo y como si esperasen volver a ser usados por él.

Entramos en su alcoba.

El sombrero ha caído junto con la mano que lo retiró. La habitación huele a madera: allí está el lecho de algarrobo que recibió su cuerpo; allí el lavatorio que servía para sus abluciones, es de madera negra, dura, tallada a mano; luego el cántaro de barro cocido que refrescaba el agua; el vaso de cuerno en que bebía la linfa clara y pura de los manantiales, el candelero de cobre, el arca de sándalo para su ropa, y el libro en que rezaba sus oraciones.

Todo está como si hubiera sido abandonado hace un instante y como esperando tomar nueva vida.

¿Qué leía el santo varón?

El libro que está en su mesa de noche es un "Manual de Piedad". Pedimos perdón y hojeamos el devocionario; hay un papel escrito seguramente por una mano femenina, porque los caracteres son suaves, diminutos y uniformes. Dice así: "Quien quiere estar en paz, debe mortificar sus pasiones..."

Nos quedamos pensativos. La tarde se insinúa clemente. Unos pajarillos aletean dentro de la habitación y buscan el calor de sus nidos colgados en las vigas del techo.

Pasamos al oratorio. Allí también sólo vimos humildad y mansedumbre.

Cuando salíamos de las habitaciones siguientes, una bandada de pajarillos las inundaba: ahora ellos habitan la casa junto con el espíritu del que fué su señor y dueño.

EN la sala del clavecín, adonde volvimos, hay un libro donde los pasajeros estampan sus firmas. Las vimos muy ilustres y muy humildes, y, entre éstas, pusimos la nuestra.

En la primera página de él, debajo del retrato de un sacerdote magro, se lee así:

"Doctor don José Eusebio Colombres.

"Nació en la ciudad de Tucumán, el 6 de diciembre de 1778.

"Una temprana vocación lo llevó al sacerdocio, que practicó con incomparable virtud.

"Se graduó en la Universidad de Córdoba de doctor en Sagrado Cánones y Teología.

"Se puso al lado de las ideas revolucionarias y firmó el Acta de la Independencia Argentina, como miembro del Congreso que la proclamó en 9 de julio de 1816.

"Fundó la industria azucarera con visión de estadista, sin que alcanzara a ver su desarrollo, porque la causa de la Libertad le reclamó nuevos sacrificios, y constituyó una de las cabezas de la Liga del Norte contra la tiranía de Rozas, como gobernador y ministro de Tucumán.

"El triunfo de la tiranía lo forzó al destierro; pero su vida se prolongó lo necesario para asistir al renacimiento del país para que pudiera darle el fruto de su virtud ejemplar.

"Preconizado obispo el 23 de diciembre de 1858, moría el 11 de febrero de 1859, en medio de la veneración de su pueblo.

"En este lugar, bajo su celo enérgico y patriótico se movió el primer trapiche que extrajo el azúcar de la caña.

"A su título de benefactor evangélico, se agrega el de soldado de la libertad civil de la Nación y fundador de la libertad económica de la Provincia."

LUEGO abandonamos la casa sagrada, y otra vez hacia el Futuro...

¿Dicen verdad los testigos?

A propósito del reciente asalto al Banco de la Provincia, en San Martín.- Interesante estudio del sabio naturalista y psicólogo suizo, Ed. Claparede, sobre "lo difícil que es decir la verdad" en las pruebas testificativas



RECIENTE está la fecha del asalto perpetrado contra la sucursal del Banco de la Provincia, en la vecina localidad de San Martín. Las investigaciones policiales desarrolladas con tal motivo se hallan en plena actividad; y un caso singular relacionado con tal suceso: el error en que aparecen incurriendo todos o casi todos los que dicen haber visto el automóvil en que huyeron los delincuentes, viene a poner en el tapete y alcance de la prueba de los testigos presenciales de un hecho.

Se recordará que entre los que declararon haber visto el automóvil, hubo quien afirmó que el vehículo prófugo era azul, quien que era color marrón; se dijo también por otros testigos, que era negro, punzó, amarillo... A estar al resultado de las averiguaciones practicadas, el automóvil era... verde. Lo cual quiere decir que las personas que lo vieron, no sólo no supieron dar noticia exacta de su color, sino que hicieron al respecto del mismo afirmaciones equivocadas.

Se confirman una vez más las curiosas observaciones que, sobre esta materia, consigna Gustavo Le Bon en su "Psicología de las Muchedumbres" y las que Eduardo Claparède concreta en el breve y conceptuoso estudio que, fragmentariamente, reproducimos:

SABIDO es, generalmente, cuán grande papel desempeña el testimonio, la aseveración de las personas, no sólo en cuestiones históricas, jurídicas y científicas, sino también en los actos de la vida diaria. De todo lo que sabemos, bien puede asegurarse que no hay nada o casi nada que haya sido objeto por nuestra parte de investigación directa: hemos aceptado los conocimientos bajo palabra ajena.

Refiriéndonos, por ejemplo, a la escuela, y a parte de los contados experimentos físicos y químicos presenciados por nosotros en los laboratorios, todo cuanto aprendimos lo supimos por mediación del maestro o del libro.

Y salvo rarísimos casos, podían tener conocimiento personal de los hechos que nos enseñaban.

Y siendo ello así, constituye el testimonio un elemento tan preponderante que, sin exageración alguna, podemos decir que sobre él gravitan todos los momentos de nuestra relación social.

¿Quién no ha tenido, sin embargo, ocasión de observar personalmente que los relatos de un mismo hecho pueden diferenciarse en absoluto, aun cuando procedan de testigos serios, fíeles guardadores de la verdad? Y es que, y perdónese lo atrevido de la afirmación, "no hay nada más difícil de decir que la verdad", entendiéndose por ello el relato puntual de un hecho acaecido, o bien la simple declaración acerca de una circunstancia cualquiera, aunque tal circunstancia nos sea completamente familiar.

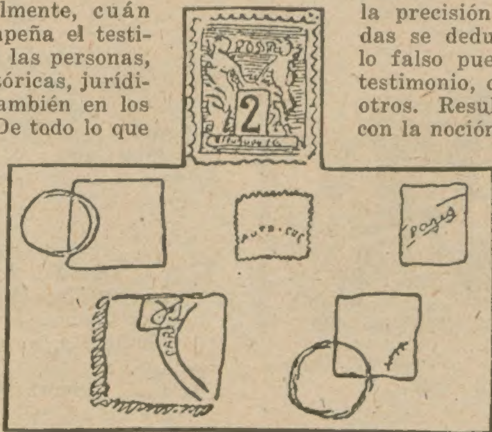
Allá por el año de 1900 el conocido psicólogo francés M. Binet demostró, mediante varios ensayos hechos con niños, que el testimonio puede ser defectuoso aun refiriéndose a hechos recientísimos. Una de las experiencias de Binet consistía en mostrar a los niños, por espacio de doce segundos, un trozo de cartón al cual estaban adheridos un sello de correos de dos céntimos, de los puestos recientemente en circulación, una pieza de cinco céntimos, un "ticket" del "Bon Marché", un grabado, un botón de hueso y un retrato. Ocultado el muestrario a la vista de los chicos, iba Binet haciendo preguntas a cada uno acerca de los objetos que acababa de enseñarles. Por ejemplo: ¿es el sello francés o extranjero?, ¿de qué color es?, ¿se trata de un sello nuevo, o de uno viejo? Y así sucesivamente otras cosas por el estilo.

El número de errores cometidos por los niños al contestar estas preguntas sencillísimas era considerable. En el caso del sello, verbigracia, comprobó Binet treinta



En la prueba de un enmascarado que hizo su aparición repentinamente en una aula llena de estudiantes, de veintisiete alumnos sólo cinco señalaron la careta usada por el aparecido, que fué la señalada con el número 3

y ocho contestaciones inexactas y sólo treinta y una correctas. Entre las últimas habíalas verdaderamente extraordinarias: ocurría que tales o cuales niños, afirmadores de que el sello no era nuevo, daban una explicación detallada acerca de la señal inutilizadora. Otra circunstancia no menos asombrosa: los hechos inexactos resultaban aseverados por muchos niños con la precisión más notable. De las experiencias referidas se deduce, entre otras cosas, que lo verdadero y lo falso pueden aparecer íntimamente unidos; que el testimonio, cierto en unos casos, puede ser incierto en otros. Resultados son éstos en aparente antagonismo con la noción generalizada según la cual un testigo o es digno de crédito o no tiene valor alguno, debiendo ser aceptadas o rechazadas totalmente sus declaraciones.



En la parte superior del grabado aparece el dibujo de un sello francés de correos, mientras en la inferior se encuentran las tentativas para reproducirlo hechas de memoria por varios niños

ESTOS interesantes estudios viene practicándolos con gran celo en Alemania, W. Stern, famoso psicólogo de Breslau, quien ha tomado como base de sus investigaciones la siguiente proposición: "¿Hasta qué punto merece confianza el testimonio de un hombre normal y de buena fe?"

El método de Stern consiste en mostrar a una persona durante cierto tiempo (treinta segundos, por ejemplo), la representación gráfica de una escena (grabado, cuadro, dibujo, etcétera) exigiendo inmediatamente a dicha persona que describa de memoria lo por ella visto.

Pues bien: los resultados de estas experiencias han sido de todo punto curiosos. En general, ocurre que el sujeto de las mismas no sólo se olvida de gran número de detalles, sino que falsifica otros a su capricho, cosa que ha llevado a Stern a formular la siguiente afirmación, confirmada después por todos los experimentadores: "La testificación exacta no constituye regla, sino excepción."

El psicólogo Becchi da cuenta del siguiente experimento: luego de haber enseñado a una joven cierto grabado popularísimo que representaba a un viejo dando de comer a un niño, dejó pasar cinco meses sin preguntar a aquélla el asunto de la obra contemplada. Al cabo de ese tiempo, formuló Becchi la pregunta, oyendo jurar a la mencionada señorita que el asunto del cuadro era un anciano que daba de comer a una paloma, mientras otra paloma se disponía a volar para compartir el banquete. Y ha de tenerse en cuenta que en el cuadro de referencia no había la más pequeña huella de dichas aves.

Fuera, sin duda, imposible, dar cuenta minuciosa de todos esos ensayos, los cuales dicho está que pueden ser variados hasta lo infinito. Pudiéramos, por ejemplo, inquirir si la declaración espontánea es más digna de crédito que la prestada en interrogatorio; si la declaración de una mujer es más fiel que la de un hombre; si las personas ilustradas pueden infundir más confianza a este respecto que las ignorantes, los adultos más que los niños, y así sucesivamente.

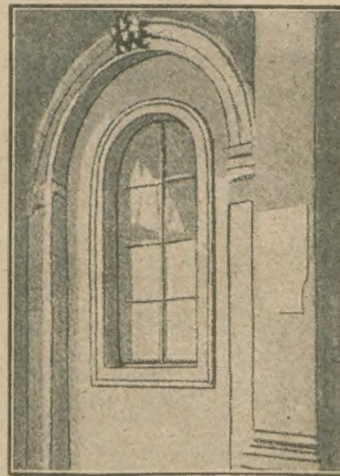
Todas estas experiencias de gabinete tienen, sin embargo, un grave defecto, y es este: que la testificación se efectúa en condiciones favorables por lo mismo que ha sido alterado el medio en que se presta la declaración. De tenerse presente que cuando se invoca el testimonio de una persona acerca de un hecho por ella presenciado, es casi seguro que esa persona ignoraba en el momento de la ocurrencia que habría de llegar la ocasión de ser interrogada sobre el asunto. En cambio, tratándose de experiencias científicas, el testigo sabe de antemano que se le va a exigir declaración sobre tal o cual objeto sometido a su examen. Es pues, natural, que contemple el objeto con gran atención, procurando retener sus detalles, archivándolos en la memoria con toda la fidelidad que le sea dable. Por esta razón, los resultados de las experiencias de laboratorio son mucho mejores de lo que ocurriría tratándose de testimonios ordinarios rendidos en tribunales de justicia.

Teniendo esto en cuenta, procuré cierta vez reunir variados testimonios respecto a un hecho donde concurriesen aquellas circunstancias imprevistas que caracterizan a la verdadera declaración. Para ello procedí del modo siguiente:

Hallándome un día en mi cátedra de la Universidad de Ginebra, distribuí entre los discípulos, de improviso y sin advertencia previa de ningún género, algunas cuartillas sobre las que iban formuladas varias preguntas relativas a detalles arquitectónicos del edificio en que nos hallábamos y que debían ser perfectamente conocidos de los estudiantes. Entre las preguntas figuraban estas tres:

¿Existe alguna ventana interior en el claustro de la Universidad, conforme se entra a mano izquierda y dando frente a la ventanilla de la portería?

¿Cuántas columnas hay en el vestíbulo de la Universidad? ¿Cuántos bustos hay en el primer piso de la Universidad?



Ventana de la Universidad de Ginebra cuya existencia negaron cuarenta y cuatro estudiantes, no obstante pasar ante ella todos los días

El número de contestaciones recibidas fué de cincuenta y cuatro: cuarenta y una de hombres y trece de mujeres. Los resultados fueron, en verdad, desastrosos, pues ni una sola de las respuestas estaba de acuerdo con la realidad de los hechos.

Concretando los resultados en números, diré que las contestaciones masculinas se acercaban a la verdad guardando la proporción de un 30 por 100, mientras las femeninas sólo alcanzaban un 27 por 100.

La parte más interesante de la experiencia a que me refiero es la pregunta relativa a la ventana del claustro, que reproduce uno de nuestros grabados.

Otra experiencia curiosa es la del enmascarado hecha con estudiantes en la forma que menciona una de las notas gráficas que ilustran esta página. El resultado fué tan decepcionante como en los otros casos referidos, evidenciándose una vez más la relatividad del valor de la prueba de testigos oculares.

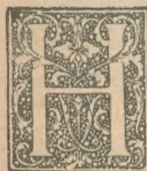


"...Porque yo he sido el compañero de los artistas..."

Aquellos dos centavos que me dieron en París...



Por
JOSUE QUESADA
Ilustraciones de Lino Palacio



HABÍA subido a un ómnibus frente a la plaza de la Ópera, y me disponía a conocer uno de los barrios excéntricos de París. Entre el vuelto de monedas que me diera el mayoral se destacó, como si deseara hacerse notar, una pieza de cobre que, desde luego, atrajo mi atención: eran dos centavos argentinos que por un increíble azar caían en mis manos en pleno París. Los observé largo rato con una mezcla de amor y curiosidad, como si hubiera querido adivinar en su desgaste todo el largo peregrinaje de sus correrías por el mundo. ¿Cómo había llegado a París aquel cobre tan criollo? Y, lo que era más extraño: ¿cómo se había mezclado en la vida de aquella gran ciudad, logrando carta de ciudadanía? Lo guardé con amoroso cuidado, dispuesto a repatriarlo, pensando que él me serviría de "porte-bonheur", ya que nada hay tan eficaz como llevar consigo dinero de un país extraño al que se habita, según aprendí en el propio París.

Esa misma noche la vieja y maltrecha moneda de cobre turbó mi sueño apacible; recuerdo muy bien que, sostenida por dos pequeñas piernas — formadas, al parecer, por dos escarbadientes, — se plantó sobre la mesa de luz y, agitando los brazos, me contó su historia.

Fué la suya una charla incomprensible, porque mezcló distintos acentos, y el giro de sus frases dejó una extraña impresión de cosmopolitismo. Cuando le observé aquel defecto, la moneda se excusó como pudo; más de veinte años se habían cumplido desde que comenzara a rodar por el mundo, y en todo ese tiempo era la primera vez que la suerte le proporcionaba la dicha de hallarse con un compatriota.

— *Sin embargo* — le dije, — *Europa recibe una considerable afluencia de argentinos.*

— *Es gente que ignora la existencia de los cobres; ninguno de ellos sube nunca a un ómnibus.*

— *Pero, en fin, alguna vez habrán recibido un vuelto.*

— *Tienen en Francia el mismo desprecio que nos demuestran allá.*

— *¿Cómo supones eso?*

— *Me asombra tu pregunta. ¿Hay algo más despreciable que un cobre, en Buenos Aires? ¿Quieres decirme cuál es nuestra utilidad en aquella mi ciudad natal?*

Le recordé que los cobres habían reaparecido cuando el aumento de las tarifas tranviarias.

— *¡Como si no bastara el desprecio que el pueblo nos guardaba, servimos de instrumento para una medida odiosa!* — me respondió.

— *Es cierto* — dije sin saber qué expresar.

— *Después, casi todos volvieron a confundirse en este torbellino; Buenos Aires se quedó sin cobres.*

— *¿Te agrada la vida de París?*

— *¡Ah! Al menos aquí se nos considera y se nos defiende como Dios manda. Luego, nuestro orgullo reside en que, ostentando el valor de dos centavos, estamos equiparados a los cinco céntimos franceses. ¿Te das cuenta?: dos argentinos valemos cinco franceses.*

— *Demasiado aprisa razonas: el valor nominal que tú tienes, con ser superior, se reduce aquí.*

— *¡Qué importa, si estoy en París! Para mí no hay secretos ni rincones; conozco desde el bolsillo del noble portero de los hoteles hasta el fondo de las bolsas del último trapero que duerme debajo de los puentes del Sena. Salto de la vida miserable de los "estaminets" a la luz radiante de los grandes "restaurants". Tan pronto circulo en ómnibus por las magníficas avenidas, como me sumerjo en las sombras del Metropolitano. Mi vida es una inquietud permanente y sin rumbo; rara vez caigo en las manos de una misma persona y, si bien muchas mañanas soy conducido al mercado central, nunca quiso mi destino que fuera a parar al mismo puesto.*

— *¿Conocerás a fondo el alma de este pueblo?*

— *Los "deux sous", como se nos llama, somos parte integrante de París. ¿Quién mejor que nosotros para auscultar las angustias de este pueblo de trabajadores?*

Yo debí sonreír en sueños, porque la moneda de cobre se enardeció:

— *Te asombra que yo afirme que ésta es una ciudad de trabajadores. Es claro: tú tienes de París el concepto de todo extranjero. Pero en ninguna ciudad del mundo se trabaja como aquí. Nadie es más laborioso y metódico que el francés. En cualquiera de los órdenes de la actividad a que te asomes, verás cómo se trabaja. Y como no se gana mucho, a los cobres se nos aprecia. De esto nada pueden saber los que vienen con sus carteras hinchadas de billetes de banco y pasean por París su opulencia de grandes señores. Para ellos, Montmartre resulta como el refinamiento de la vida en una explosión de lujuria, y creen que por haber penetrado una noche a esas "boites", donde algunoss sujetos vestidos de "apaches" les reciben con insultos, ya han visto el París de los bajos fondos. ¡Imbéciles! No saben que es la propia miseria la que crea estas cosas teatrales y hace serviles y ruines a los hombres. ¿No has visto cómo salta y se inclina delante de un rico el mozo del "restaurant"? No lo hace porque sea una persona gentil y educada, sino porque la miseria lo obliga; esto es instintivo. ¿Acaso no hace otro tanto el oso frente a su domador, que ha de tirarle luego el mendrugo como premio a la forzada pirueta? La miseria genera esta moral acomodativa y subalterna que admite el renunciamiento de las fuerzas que mueven el mundo; producto de la miseria son esos antros de Montmartre, y producto de la miseria son también esas caravanas de mujeres sin alma que circulan por los bulevares. Nada puede contra ella un país como este, lleno de gloria; si este pueblo pudiera erguirse en su propio orgullo y sacudir sus fibras dormidas por el peso enorme de la pobreza, París no sería el mismo que hoy admiran los extranjeros. Pero los extranjeros son la savia fecundante de su organismo, son los que cubren de oro la angustia que dejó la guerra y que han destruído el encanto de París.*

— *¡Pesimista estás, viejo compatriota!*

— *¡Es que no en vano he pasado aquí los mejores años de mi existencia; no en vano me he rozado con los bolsillos de los hombres que llenaron de luz el mundo de las artes y las letras! ¡Porque yo he sido el compañero de los artistas que más de una vez me despidieron con un beso para dejarme en la mano que se tendía piadosa en las callejuelas obscuras del barrio Latino! Porque yo he sentido palpitar las ansias de gloria en un soñador que se aislaba en la quietud de su buhardilla; porque yo conozco la gota de agua pura que brilla en el fondo de esos corazones, es que siento el mío atribulado y triste, pero con una inmensa fe, con una grande esperanza en la fuerza moral, la misma que animó sus energías en la hora trágica y solemne de la gran conflagración.*

....

La moneda dejó de hablar. Luego de un rato de silencio, volvió a decir:

— *He creído adivinar tu propósito al guardarme con tanto cuidado. ¿Verdad que quieres llevarme a Buenos Aires?*

— *En efecto...* — contesté.

— *¡Ah! No lo hagas si es que en algo aprecias cuanto acabo de decirte... Déjame disfrutar de esta vida, tan llena de sobresaltos y de enseñanzas... No me condenes, por un mal entendido patriotismo, y me lleves a dormir como amuleto en el fondo de un cajón de tu escritorio... Deja que corra y salte por los bulevares de París y que sienta siempre como el batir de alas en torno mío; deja que asista a la hora del triunfo de su moral, como asistí hace años al triunfo de sus armas...*

Y en un arranque de profunda sinceridad, convencido de que procedía hidalgamente, desde el balcón de mi quinto piso arrojé la moneda a una pareja de infelices que iban entonando su canción de hambre por las calles de París.



"...que iban entonando su canción de hambre..."

Un sueño fantástico

Por

BALBINO J. CASCO

Ilustración de Derémeaux



"...Cuando soñé todo cuanto voy a..."

ENGO ya la costumbre de pensar en cosas nobles y elevadas o de leer algunas páginas de libros buenos cuando me retiro a mi dormitorio para rendir fervoroso culto al dios Morfeo.

Hace pocas noches volvía a leer "Urania" de Flammarión, cuando soñé todo cuanto voy a relatar, ya que la impresión que me hizo el sueño, que con razón he titulado fantástico, se ha grabado tan indeleblemente en mi alma, que me permite recordarlo con tal nitidez como los cuentos con que nos deleitaron nuestros abuelos en la infancia.

Soñé, pues, que, al quedarme dormido, mi espíritu, conservando la forma de mi cuerpo físico, adquiría una contextura mucho más ligera y se independizaba de aquél.

Al principio estuve, diré así, algo vacilante; me causaba zozobra la contemplación de mi cuerpo, que yacía sobre la cama, ocasionándome una efectiva perturbación esta doble personalidad.

Abismábame en tan extraña situación cuando, para mi mayor asombro, en cierto momento vi junto a mí una entidad radiante que con rostro angelical y bondadosa sonrisa me dijo, valiéndose del pensamiento, sin modular una palabra: "No te preocupes de tu cuerpo; déjalo que descanse y ven conmigo, te haré conocer una humanidad más adelantada que la que puebla el planeta Tierra."

Mientras percibía claramente este pensamiento, sentía que me deslizaba y avanzaba en el espacio asido de la mano de este ser extraordinario por su belleza y por su naturaleza física esplendorosa, completamente diferente a todo cuanto me es conocido.

De pronto nos encontramos sobre una vasta población, en la cual la disposición de los edificios difería de la habitual de nuestro mundo, puesto que aquéllos se levantaban todos en medio de jardines que se sucedían en extensiones indefinidas, presentando a la visión del observador un panorama fantástico.

Casi enajenado estaba yo en la contemplación de tan grandiosa morada de seres, cuando mi seráfico acompañante me transmitió este pensamiento:

—La vida en este planeta, hermano del que tú habitas, en razón del grado de progreso intelectual y moral que posees, se desenvuelve de muy diferente modo.

"En el mundo Tierra el predominio del egoísmo es brutal y feroz, debido a que sus moradores están escalando actualmente los primeros peldaños de la espiritualidad; es decir, el ser humano terrenó desconoce el objeto trascendental de la vida. De aquí, de esta ignorancia deriva el degradante egoísmo y el desarrollo avasallador de las bajas pasiones que tiranizan a la humanidad terrestre.

"En este otro planeta, morada de seres más adelantados por virtud de sus propios esfuerzos, no existe el egoísmo ni forma alguna de corrupción moral.

"Los habitantes de este mundo conocen la finalidad de su existencia física y tienen todos conciencia de que al término de ella comienza la vida espiritual, la que realmente no es más que la continuación de la existencia orgánica, en cuanto se relaciona con el cultivo de la inteligencia y el desarrollo del sentimiento.

"El amor reina soberano entre todos los habitantes de este mundo. Un vínculo estrecho de cariño y acentuada solidaridad inspira la vida noblemente fraternal que llevan los habitantes de este planeta. La verdad, la sinceridad, el amor en su más elevado concepto, constituyen el ideal que estos seres ponen en práctica en su vida de relación.

"En el orden intelectual ocupan también un nivel superior a cuanto constituye la sabiduría terrena. Todos tienen la intuición o el conocimiento de la existencia de una Inteligencia Omniscente e Infinita en el Universo, a Quien aman espiritual e intensamente porque se consideran la obra del Absoluto, como lo es cuanto existe en toda la Creación.

"Saben que las leyes eternas son el progreso y la perfección, y por ello escudriñar la universalidad de las leyes de la Naturaleza. No lo hacen con fines esencialmente utilitarios o para aplicaciones industriales, como acontece en la Tierra, sino solamente con el afán de descubrir y conocer las verdades existentes en la Creación, en las cuales se evidencian objetivos predeterminados que emanan de la Absoluta Inteligencia.

"Una ciencia de mayor magnitud y pureza que la existente en la Tierra cultivan y enriquecen los habitantes de este mundo; ella comprende las grandes verdades y los grandes misterios de la Naturaleza en relación con el progreso y perfección intelectual y moral de los seres. Sondean los profundos abismos de la Creación buscando la composición y la relación íntima de las cosas, habiendo descubierto hasta ahora que todas ellas tienen como finalidad suprema la virtud de desarrollar el espíritu para elevarlo al perfeccionamiento indefinido.

"Así, el sentimiento adquiere en este mundo, por el contacto afectuoso de los seres, un refinamiento, una pureza tan pronunciada que es todavía superior a los grandes modelos de amor que ha creado la fantasía de los poetas y novelistas de la Tierra.

"La verdad es el fundamento de la sinceridad de los habitantes de este mundo, en el cual no se conoce la hipocresía, ni las segundas intenciones. Reinando soberanamente la verdad, la justicia es consecuencia inmediata de ella y es también el móvil de todas las acciones de estos seres superiores que por su propio esfuerzo alcanzaron sus altas cumbres de progreso.

"Desde el punto de vista físico, esta humanidad ha conseguido también un grado de perfección que no se observa en los habitantes del planeta Tierra.

"En primer lugar, su organismo es más perfecto, menos grosera la materia que lo constituye, y está exenta de enfermedades, en razón de que la pureza de su *psiquis* inmuniza la parte material del ser.

"Por un esfuerzo de la voluntad, pueden neutralizar la ley de atracción de su mundo y deslizarse en el espacio a cierta altura de la superficie planetaria, con el objeto de trasladarse de un lugar a otro.

"El alimento de estos seres lo constituyen especialmente las frutas, que se cosechan todo el año, a causa de la benignidad del clima, y es ese uno de los objetos de las inmensas vegetaciones que alternan sucesivamente con las vastas ciudades que cubren toda la parte libre de agua del planeta, que alcanza a la mitad, poco más o menos. Por un procedimiento especial de la ciencia Química, que aventaja en desarrollo a su homónima de tu mundo, los habitantes de éste sacan de su atmósfera una substancia eterificada que también emplean en su nutrición.

"Como un reflejo del desarrollo admirable de su *psiquis* y de su semimaterialidad orgánica, está la expresión de alta belleza de su rostro, cuyas líneas, de incomparable perfección, te embargan en este momento.

"Obsérvales, sin temor. Yo te he envuelto en una atmósfera prakrítica que te hace completamente invisible. Mira esos ojos, por donde parece que se desborda la pureza de su espíritu; mira esa nariz semejante a la materia delicada del pétalo de la rosa; observa esos labios, que, al sonreír, se mueven con una expresión tan artística que tienen algo de un arpegio musical.

"En los habitantes de este mundo no existe el artificio, ni en lo moral ni en lo físico; el amor y la verdad constituyen la ley de su conciencia, y es por eso mismo que no hay ni códigos ni legislación que los gobierne.

"En el orden social la vida es realmente admirable. El trabajo está considerado como una ley natural inherente a la existencia personal y colectiva. Cada uno de los seres se considera solamente como parte integrante de la unidad que la constituye el conjunto de esa humanidad, y así es cómo nada es de propiedad particular, sino de la colectividad.

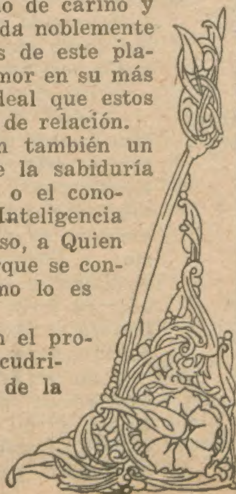
"La Mecánica y la Electricidad dominan soberanamente en la producción. Ningún trabajo es penoso, sino más bien un medio de conservación natural de las energías y armonía físicas.

"Como no existe el comercio, ni dinero, ni la fabricación de joyas, ni la de instrumentos guerreros, la producción se calcula proporcionalmente al consumo.

"El gobierno de la colectividad, que tiene un carácter diferente a las distintas formas usuales en el planeta Tierra, lo ejercen temporariamente los habitantes que se destacan por su inteligencia, por su bondad y sabiduría, siendo sus objetos principales regir la organización y propulsar el progreso científico y moral de la comunidad.

"La humanidad terrestre llegará también algún día a este grado de perfeccionamiento, que es solamente una etapa del progreso eterno, cuando los hombres comprendan que no son solamente materia, y que la muerte del cuerpo es la vida libre del espíritu.

"Y ahora que has contemplado una humanidad más adelantada que la terrestre, volvamos a la Tierra, donde te reintegrarás a tu organismo, quedando en tu espíritu un ansia de perfección que comunicarás a tus compañeros de peregrinación de la vida."



Alguien vestido de gris...

POR

MARGOT GUEZURAGA

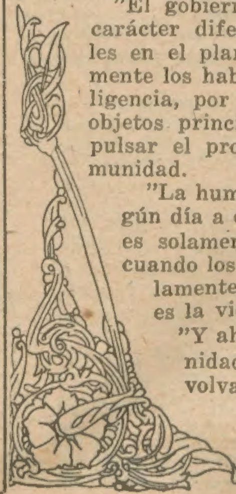
En mis noches solitarias
alguien vestido de gris
se pasea, se pasea...
llevando siempre en la mano
encendida una candela...
avanza como una sombra,
como una sombra se aleja...
¡Es una sombra que tiene
la rigidez de la piedra!

Alguien vestido de gris
se pasea, se pasea...
Tan insensible a mi dicha,
tan inmutable a mis penas.
¡Como si fuera el espíritu
de la tierra!

Alguien vestido de gris
se pasea, se pasea...
llevando siempre en la mano
encendida una candela.
¡Y esa candela es mi vida
que lentamente se quema!

Alguien vestido de gris
como una sombra se allega,
y en mis noches solitarias,
solitariamente vela...
Algo siniestro sugiere
la fría boca sin mueca:
¡Esa boca esconde el soplo
con que apagar la candela!

Alguien vestido de gris,
en un ángulo me acecha..





Los conquistadores de mujeres

Por

MARIA ESTHER VALVERDE



NADIE mejor que nosotras, "las pobres mujeres", estamos autorizadas para juzgar a los conquistadores de mujeres con imparcialidad. Un conquistador es siempre un traje elegante con un cretino dentro.

Y si es un cretino, preguntarán algunos, ¿por qué la mayor parte de las mujeres se dejan seducir por la fascinación de los tenorios?

No todas las mujeres aceptan al conquistador. Hay en nuestra naturaleza una especie de inconsciencia preventiva que defiende nuestra debilidad. Basta que nos hablen de un Don Juan, con muchas aventuras, para que nos declaremos sus enemigas más encarnizadas. Aunque sea buen mozo — en el sentido de belleza física, — somos capaces de encontrarle defectos. A veces, sin conocerlo, hasta lo odiamos...

— ¿Y las que se dejan envolver por el sortilegio de Don Juan?

— Vamos por partes.

En relación al número de mujeres conquistables, son pocas las conquistadas por Don Juan. Y las que caen en sus garras no son víctimas del conquistador, sino víctimas de su propia vanidad. Se creen las mujeres mas irresistibles del mundo, y suponen que si Don Juan se ha fijado en ellas no es para agregar un nombre más a la lista famosa, sino porque Don Juan se siente fascinado y vencido. Todas las víctimas del conquistador creen que el Don Juan que las domina, ya no saldrá en procura de otras nuevas conquistas... La verdadera tragedia de "Doña Inés del alma mía" no es perder el honor sino pensar que el "fementido", según el lenguaje cursi de la época de Zorrilla o de Larreta, arrastra el ala a otra...

Pero este no es el punto que desearíamos dilucidar en esta crónica. Se trata de saber si el conquistador de mujeres, el Don Juan, el Lovelace, el Caburé, el "lindo Julián", o como quiera llamársele, conquista en realidad el amor de las mujeres o conquista simplemente mujeres. Afirmamos lo segundo... El conquistador es como los ingleses que van al África a cazar leones. Regresan a su país con los cueros solamente de los leones, comprados en alguna peletería de Mozambique o del Cabo, y cuando los ataca el reumatismo escriben un libro narrando sus aventuras... Eso es el conquistador. Un narrador de aventuras que saca el cuero a los leones y que termina casándose a la fuerza con la peor de todas sus aventuras; la peor porque es la última: el reumatismo que adquirió comprando cueros en África...

No negaremos, en homenaje a la verdad, que el conquistador conquista mujeres; pero no conquista amor...

Don Juan es siempre gallardo y suele, sobre todo, tener ojos de profundas miradas muy tristes. Y como las mujeres seguimos viviendo en la literatura de Manuel Acuña, de Juan de Dios Peza, de Martínez Zuviría y de Enrique Rivarola, proseguimos creyendo que los ojos son "ventanas del espíritu" y "espejos del alma"...

Pero, el conquistador no conquista amor. No triunfa sobre el verdadero Amor. Triunfa debajo del amor y nada más.

Edmundo Rostand, en "La dernière nuit de Don Juan", expone bien a las claras esto que decimos.

Don Juan está en un banquete femenino, que le dan sus admiradoras. Son muchas y, aunque don Juan está viejo, ellas saben que él tiene dinero todavía: lo aman.

De pronto el Diablo interrumpe la fiesta. El rey de los infiernos se burla del conquistador, diciéndole que es un farsante:

— Tú no has conquistado a ninguna mujer.

— Eres estúpido, — le responde don Juan, — pues te niegas a reconocer que con las lágrimas que hice llorar a mis víctimas puede formarse un río.

El diablo se endiabla a carcajadas. Y se ofrece para analizar en sus retortas las lágrimas de las víctimas del conquistador. Al instante regresa:

— ¿Has visto? — dice Satanás a don Juan, ante su prueba química. — Todas las mujeres que lloraron por ti, no lloraron de amor, *sino de rabia... ¡de odio!* La única mujer que ha llorado por ti, de verdad, no figura en tu lista de conquistador. Te amó en silencio y nunca te buscó, ni te lo dijo. La única conquista de verdad que has hecho en tu vida, — conquista de amor, — no pudiste saborearla nunca.

Un psicólogo eminente, Mr. Ribot, cuya seriedad científica no le ha impedido hacer incursiones a la literatura, estudiando la personalidad psicológica de don Juan, trazó una especie de balance analítico por gremios, de las aventuras de aquellos que conquistan corazones. Para tal fin tomó como puntos de información a individuos de todas las profesiones y de todas las categorías sociales.

He aquí el porcentaje de las conquistas amorosas que han tenido, durante tres años, los hombres consultados por M. Ribot:

Hombres ricos, con carruaje o automóvil	75
Chauffeurs	75
Peluqueros	70
Ministros (especialmente de Instrucción Pública)	70
Tenderos	60
Mucamos	55
Maestros de escuela	(ninguna)
Militares	(ninguna)
Niños bien	2
Niños tontos	48
Escritores	2
Oradores famosos	(ninguna)
Empleados de banco	(ninguna)
Gerentes de banco	40
Diputados de la oposición	(ninguna)
Diputados oficialistas	50

....

La lista es extensa. Como fué hecha en Francia, entresacamos las partes que tienen más interés para los argentinos. Es curioso que los más favorecidos sean los hombres ricos que poseen automóvil y los propios chauffeurs. Esto demuestra que el auto tiene una gran influencia sobre el sentimentalismo de las mujeres. La fortuna de los ministros no nos sorprende tanto como la preferencia de las mujeres por los diputados oficialistas y el olvido en que arrojan a los opositores. En cuanto a las muchas conquistas de los niños tontos, nos las explicamos sin dificultad. Los que no nos convencen son los peluqueros y los oradores... ¡Los oradores! Bien dicen que el amor no se provoca con la elocuencia, porque el amor es más elocuente que todos los oradores.

Desgraciadamente, según lo demuestra Ribot, el amor no existe en las conquistas amorosas, porque los afortunados no lo son por el amor que inspiran, sino por los bienes que poseen o por los beneficios de su empleo.

Córdoba, febrero del XXVI.



Una vista del pueblo de Humahuaca

FOTO H. M.

Miércoles de ceniza en Humahuaca

Por

DORA ESTHER CASTILLO DE VILLAMAYOR



N la grande y espaciosa quebrada norteña donde se asientan los pueblos a su resguardo y regazo, unos fáciles de encontrar a nuestra vista, otros tímidos, al pie de los cerros, ocultos por la exuberante arboleda, otros hoscos y huraños más escondidos aún y despistando a quien los busca, con las vueltas intrincadas, audaces y peligrosas de sus caminos, hallamos al viejo pueblo de Humahuaca.

A él vamos a pasar los carnavales.

Años y años llegó para esa época todo el gentío de los pueblos vecinos ávido de fiesta, diversión, baile, música, alegría.

Llego también yo.

Cuentan este pueblo y sus habitantes con mi simpatía. Nace ésta de haber sido Humahuaca lugar donde mi padre vivió los serenos años de su niñez. Allí fué donde junto con las primeras letras incubó sus sentimientos de amor a la patria, a su hogar, a sus semejantes, para reflejar más tarde en sus obras los frutos del embrión humahuaqueño.

Las casas de Humahuaca tienen, aun las más nuevas, la romántica visión de las antiquísimas que formaban las villas españolas de la provincia de Navarra, recostada contra los Pirineos; el rojizo tejado que tiene por fondo una montaña o el cielo azul, la ventana del patio con el curvilíneo dibujo de sus hierros, su ancho alféizar que sirvió tantas veces de abrigo al enamorado, que a pesar del relente penetrante e incómodo siguió formando con los barrotes de la reja el eterno celoso guardián de los encantos de su amada.

Hay también claveles en los patios y las rejas. Claveles reventones que en carnaval regalan a sus dueños las novias pálidas. Claveles que se cuelgan entre rizos y en ojales y se miran aumentando sus sonrojos, recordando que el galán al dárselo a la dama puso un beso tan ardiente y ella lo miró de una manera...

Son estrechas sus calles de piedra, las casitas cariñosas ponen entre una acera y otra el espacio breve y justo para rodados y peatones; son unidas y tranquilas como sus habitantes. Frente a la plaza, con dos torres gruesas pero no altas, la iglesia ha cerrado sus puertas porque el bullicio de carnestolendas la avergüenza, la entristece. Duerme dentro, en murales vigorosos que la fuerza de la fe levantó, la colección de enormes cuadros retratando en cada uno un profeta: David, Moisés, Elías, Saúl, Samuel, Eliseo, Jeremías pintados en la famosa capital del imperio de los Incas, el Cuzco.

¿Qué cristiana mano creyente perpetuó, en los gigantescos profetas de colores nítidos, el arte religioso del año 1664? ¿Fué acaso un joven Hijo del Sol? ¿Un neófito civilizado por las misiones que obraban junto a los conquistadores? Su fe fué el bermellón, tal vez, que luce en los sayales el profeta, y no se apaga su luz de sangre a pesar de los años que han corrido y del polvillo destructor que vuela rozando sin estropear la tela antigua y firme.

Seguimos en el afán de dar un vistazo ligero al pueblo de piedra y teja. Detrás de la iglesia está el cementerio viejo, donde descansa abuelita. Separado por unos centenares de metros, un portón da paso al nuevo camposanto.

Pero dejemos todo esto, que hoy cierra a nuestra intromisión las puertas de sus sagrados recintos.

Nosotros tenemos hoy olor a pomo; en nuestros rostros la fatiga del baile se pinta en el negro tizón de las ojeras; nuestros corazones impresionistas laten acelerados aún, enormes en sus diástoles, que causó el beso robado por aquel lindo payaso audaz, lleno de valentía detrás de su pintura de albayalde. Aprovechó un descuido fugaz, se acercó, rodeó el talle con sus brazos de acero e, imprimiendo dulzura en sus modales, atraía: luego, el beso; después, nada...

A las ocho horas, un grupo de vecinos, los más fuertes, no los más jóvenes, se aprestan a la colecta de botellas. Me explicaré mejor: botellas llenas. No hay en los rostros de los recolectores mayor entusiasmo ni alegría, una que otra salida de algún chulo, algún chiste oportuno, una indirecta, un defectillo puesto en evidencia con ingenio.

Están todos listos y parten. Una bolsa vacía va con ellos.

Llegan a la puerta de un vecino cualquiera. Todos serán recordados, no hay duda. No se escapa nadie. Unos llevan guitarras, otro lo acompaña con la armoniosa caparazón del charango; una caja suena, suena, y es el alerta, al que aun no ha pagado tributo. "Don, don, don, ahí voy", parece anunciar en su redoble seco e insistente. Se detienen todos frente a una casa, y a coro cantan:

Mi amigo don Avertano
hecho de pura firmeza,
le pedimos nos convide
Una copa de cerveza.

Sus voces son dulces, zalameras. Sale don Avertano y ofrece varias copas. Seis botellas son el primer aire con que comienza a hincharse la bolsa. Otras seis toma el coro después de un ¡salud! Y, agradeciendo, dejan al donante hasta "más de un rato". Se encontrarán para disfrutar de los líquidos donativos en un gran baile familiar.

En cada casa se repite la música con el consiguiente canto peticionario.

Son las doce. Brilla el sol, y sus destellos apaga un pedazo del querido azul de mi patria, del verdadero azul que baña estos pueblos del norte y de donde sacara nuestro héroe dos pedazos, que uniera con la blancura con que concibió la idea de tener un pabellón para los hombres grandes, libres y fuertes que nacieran bajo esta adorada insignia.

Son las doce; la comparsa es ahora bulliciosa, reidora, marea su continuo movimiento, sus cantos se confunden, son oportunas las bromas, y ya más seguros y ligeros, sin mirar a quien *siguen marcando.*

En uno de los extremos de un corcho han cavado una cruz, y las cuatro partes salientes están embadurnadas con carbón o negro de humo. Varias niñas se acercan; una de ellas divisa la barra, quiere disparar, da la voz de alarma a sus compañeras. Pero del grupo alguien también las descubrió. ¡Mostrencas!, ¡mostrencas!, gritan los muchachos y los viejos, y como las aludidas quieren evadirse evitando la marca, un gordo bonachón y jaranista con voz ronca atronadora llama ¡pialadores! Unas corriditas de las niñas. Más listos los pialadores, han rodeado a las asustadas gacelas, que alzan sus adorables cabezas, haciendo a un lado los rizos de sus melenas, para presentar libre la frente, donde el afortunado marcará con el corcho, suavemente, el sello, nombrándolo dueño y señor mientras dure la negra señal, que se esfuma al terminar el gracioso miércoles de ceniza.

En este día alegre de carnaval, el optimismo y la locura tienen su reinado. Van en su juerga cantando, cuando a un chusco se le ocurre tirar cohetillos, revientan aquí y allá, entre las patas de los caballos, entre grupo de collitas, que asustados corren dentro de una chichería, alborotando a los bebedores. No hay puerta cerrada para el antojadizo señor de los cohetes; entra hasta en las habitaciones donde descansan las jóvenes del pueblo o veraneantes, descarga una gruesa encendida, que brinca de rin-

(Continúa en la pág. 22)



FOTO H. M.

Rueda de carnaval, formada por gente del pueblo. Se ve en el centro a los dos queneros bolivianos; las dos mujeres que van con sombrero son dos cholas



La mina de plata

Por

R. ROBERTO ROCHAIX

Ilustración de López



BAJO la inclemencia del sol de la pampa puntana marchaban despaciosamente las bestias tirando de los carros cargados con sendos barriles llenos de agua.

El viejo Romualdo rezongaba, calcinado por el sol de mediodía.

— Parece maldición, che, Moiso.

— ¿Qué, don Romualdo?

— ¡Po! Que tengamos qui hacer veinte leguas pa surtirnos de un poco de agua...

— Endeveras.

— Con sol y con lluvia, tiritando como embrujaos o sudando igual que redomón a pasto'e. alfalfa tierna... ¡Cha digo con la suerte!

— ¿Y di ahi? ¡Si no se encuentra media damitajuana de agua en toda la pampa!

— ¡Sí, po! ¡Nadie dice que no tenís razón!

— Bastante plata si ha gastao el patrón haciendo cavar pozos. ¡Trabajo pal diablo! ¡Ansina es la vida, don Romualdo.

— Y todo pa tener que matarnos cada día por medio, tragándonos la tierra 'e los guadales de veinte leguas de pampa.

Siguieron andando en silencio, pensando ambos en el problema angustioso del agua, que esteriliza el trabajo y el afán de los hombres de la pampa puntana; en la maldición de la entraña árida de esa tierra que niega a los seres el venero tonificante; en la tortura de las haciendas sedientas, que bajan de noche a refrescar las fauces en el hilo de agua del Talita; en la aridez de los campos muertos de sed, como los animales.

Moiso, enhorquetado en la sillera del primer carro, azuzaba a las mulas sudorosas.

— ¿Por qué no cuenta algo, don Romualdo? — preguntóle el muchacho al viejo, después de media hora de marcha. — Ansina el camino nos va a parecer más corto.

— ¡Como pa cuentos estoy! Los cuentos son pa la noche.

Volvió a hacerse el silencio, y siguieron andando leguas y leguas en medio de la gran monotonía de la llanura ardiendo.

Un rezongo, un juramento o una observación fué todo lo que dijo don Romualdo hasta llegar a la estancia, cuando el sol enrojecía el horizonte.

El capataz estaba en el patio.

— ¿Y, don Romualdo?

— Como siempre, no más: que güey s'iso pal trabajo, y el hombre pa reemplazar al güey.

Cuando el viejo se hubo refrescado con los mates que le servía Lupercina, empezó a recobrar su jovialidad.

— Paece que se le va pasando — atrevióse a decirle la moza, mirándole de reojo, mientras daba vuelta al asado, chirriante sobre el parrillón de hierro.

— ¿Qué más? Ia vienen iegando los muchachos.

Ocho o diez caballos detuviéronse junto al palenque, y pocos minutos después la peonada llenó la cocina, abrillantada por el negro de humo.

Acomodáronse los peones como todas las noches lo hacían.

— Aquí, don Romualdo — dijo el andaluz Rodríguez, indicando un sitio junto a él.

Aceptó el viejo, y sentóse. Y, como todas las noches, mientras Lupercina distribuía el apetitoso asado, don Romualdo dió principio a su cuento fabuloso.

A medida que se complicaba la trama, desenvuelta inteligentemente por el narrador, mostraba mayor curiosidad y sentíase más dominado el auditorio por lo maravilloso de la fábula.

Ramón, parado frente a la puerta de la cocina, oía, regocijado, los embustes que, diestramente, hilvanaba el viejo.

Los oyentes, hombres crédulos hasta el extremo de creer cualquier concepción fantástica, permanecieron en silencio cuando don Romualdo hubo terminado la narración.

— ¡Parece mentira! — atinó a decir Moiso, después de unos minutos de meditación.

— ¿Mentiras? ¡Pero vean el atrevimiento de esta mostacilla! ¡Apenas ha salío de guagua y ya quiere quitarle el cuchillo a un viejo!

Ramón soltó la carcajada.

Todos se dieron vuelta hacia la puerta, sorprendidos de su presencia.

— ¿De qué se ríe, patrón? — preguntóle don Romualdo, con la mayor tranquilidad del mundo.

— De las mentiras de un cuentista.

— Siguro que lo dice por mí. Pa indiretas, el patrón es más listo que argolla 'e lazo curtido.

El andaluz Rodríguez recobró su dominio.

— Pa mí, don abuelo — le dijo, — que uzté ez un poquito ezagerao.

Ramón volvió a reírse. La credulidad de Rodríguez, aun arguyendo de exagerada la narración, le hizo más gracia que el silencio de los otros peones.

— Alguna vez el patrón me va a creir las mentiras — dijo Romualdo, confesando de inmediato el engaño en que mantenía a los oyentes.

El capataz púsose de pie, malhumorado por haberse dejado engañar una vez más.

— Este don Romualdo no tiene rimedio — rezongó. — ¡Cuándo nos dejará de mentiras!

El viejo rióse gangosamente, moviendo la sedosa barba salpicada de pelos blancos.

— Hasta dispués de muerto io, van a tener qui hacer con mis mentiras.

Y no podía dudarse que sus embustes vivirían más que él, porque el viejo era el hombre más embustero que pudo nacer de vientre de mujer.

Al siguiente día aun comentaban los peones los pasajes emocionantes del cuento.

— Don Romualdo es un maiśtro pa mentir — afirmaba el capataz.— Tiene la cencia de hacernos sonsos toditas las noches.

El sol tórrido de la tarde de noviembre caldeaba las espaldas y las pantorrillas de los peones que se ocupaban en destroncar de alpatacos y piquillines el ángulo norte del campo.

Ramón sentía que el sol le calcinaba las carnes debajo de la camisa blanca y que le escocía las piernas dentro de la caña de la bota.

— ¡Cosa bárbara el calor! — exclamó de pronto el capataz, aproximándose, jadeante, a Ramón. — ¡Bonito día de cama v'a pasar don Romualdo con su mal de pecho!

Mordió la colilla del cigarro, que le manchaba la comisura de los labios, y miró en dirección de las casas. Hizo pantalla con la siniestra mano y observó el campo.

— Viene Moiso en el petizo, patrón — díjole a Ramón. — Siguro qui ha lligao gente.

Moiso sofrenó junto a ellos.

— ¡Patrón: don Romualdo está boquiando, y ha pedío hablar con usté! Io creo que no vamos a iegar antes de qui si haya cortau.

— ¿Qué, está tan mal? — le preguntó Ramón, estribando para montar a caballo.

— Estaba en las últimas cuando salí.

Ramón y Moiso cruzaron el campo al galope de sus caballos. Cuando entraron en el rancho, don Romualdo tenía la vista fija en la desmedrada puerta.

— ¡Ah, patrón! — exclamó el viejo. — Creiba que no m'iba a alcanzar.

— Usted no tiene nada, Romualdo. A la vejez se ha puesto flojo.

— Io sé lo que tengo. Ia los voy a dejar tranquilos, patrón. Está visto qui se me acabaron los tientos pa atar mi vida. No hay qui hacerle, patrón; no si ponga triste ansina... Lo hi hecho hablar pa encargarle que reparta mis trastecitos entre los muchachos...

— ¡Vamos, Romualdo! Hace mal en entregarse así, tan resignadamente.

— A la Lupercina le dejo el mate'e plata... Pa el capataz, las espuelas y el puñal con cabo'e asta, que tanto codiciaba...

Parecía que hacía grandes esfuerzos para hablar. Tomó la mano de Ramón y lo obligó a aproximarse más al catre.

(Continúa en la pág. 27)





FOTO CAV. G. FELICI

Ilmo. Señor Obispo Auxiliar de Santiago de Chile, Rafael Edwards

De Chile

Las ideas del obispo de Santiago de Chile, monseñor Rafael Edwards

Historia nueva de cosas muy viejas. Una previsión del doctor Rawson

Por

JUAN JOSE DE SOIZA REILLY





He aquí un vibrante caudillo popular. Su elocuencia debe ser escuchada con el alma fría para no apasionarse. Monseñor Rafael Edwards es el obispo auxiliar de Santiago de Chile. Hombre de abolengo, aunque de sólida cultura, se parece, en el heroico revoleo de la sotana, a los curas de nuestra Independencia. Junto al nombre de Dios, jamás olvida el nombre de la patria.

—*¡Tararí! ¡Tarará!*

Habla de la patria siempre en letra mayúscula... Va y viene recorriendo el país al son del himno nacional. De pronto está en Arica o en Tacna. De repente, en los archipiélagos del sur, hablando a los chilotas. Nada le arredra. Ni siquiera lo amedrenta lo que está más allá de lo sublime. Esgrime su clarín desde los púlpitos, lo mismo que desde una ventana o desde la capota de cualquier automóvil. Su elocuencia, como la de Castelar, eleva a nivel de montaña los terrones que pisa. Desde allí se empeña en demostrar que en el conflicto de Chile con Perú, Dios ha estado siempre de parte de Chile.

— *¿Es cierto, monseñor* — le pregunta un curioso, — *que Dios está con Chile?*

— *¿Por qué no había de estarlo? ¡Ciertísimo! Dios está de parte de los chilenos porque Dios y la Justicia son una misma voz de las alturas...*

El obispo Edwards es, también, un hombre de su tiempo. Conoce a su país. Sabe que el pueblo ha aceptado, filosóficamente, la separación de la Iglesia y el Estado. Y después de hablar de Dios, trata de convencer a sus oyentes con la historia en la mano.

— La cuestión de Tacna es, para mí, ante todo, un caso de conciencia... He leído cuanto se ha escrito de uno y otro lado sobre este problema. He verificado los datos históricos. He analizado todo a luz de la filosofía y del derecho. Puedo decir con honradez: *la actitud de Chile es la única justa. Chile en Tacna y Arica, es el único litigante que tiene razón...*

En seguida, monseñor Edwards cuenta sus recuerdos históricos. Empieza desde los incas. Evoca con talento de artista las luchas de los indios peruanos con los indios chilenos. Una lucha ancestral que no termina aún...

— No creo — dice — que esas luchas tengan algo que ver con el conflicto actual. Sin embargo, interesa al curioso saber que jamás hubo paz entre los habitantes de las tierras tropicales en que el inca imperó. Donde había un inca hubo siempre guerra con el vecino... Es por ello, señor, que, suponiendo el disparate de creer que el Perú triunfara en el plebiscito, el fantasma de la guerra no desaparecería de nuestra frontera. En efecto: si entregamos Tacna y Arica al Perú, quedaría siempre en pie el conflicto de su aliada — Bolivia, — que pide un puerto. ¡Una salida al mar!... Vencida Chile en el litigio, Bolivia se sentiría animada a urgir sus exigencias. ¿Qué saca Chile con sacrificar sus provincias del norte? Aguzar el apetito de sus enemigos. ¿Vale la pena el sacrificio? No...

— *Pero... ¿vale Tacna la pena de?...*

El obispo, bondadoso y sonriente, mueve la cabeza:

— ¡Oh! Sí, señor. Tacna es la única zona fértil que existe después de un enorme desierto de doscientos mil kilómetros cuadrados. Es una región agrícola que favorece el abastecimiento de las salitreras. Es el único sector del actual territorio chileno donde se produce la caña de azúcar. Además, militarmente, como guarnición militar, Tacna es una posición estratégica que nos permite garantizar la seguridad exterior y la paz interior...

(Luego de una pausa, monseñor recuerda los hechos históricos. Habla, a cada instante, de la ingratitud de los peruanos que no han sabido apreciar todo cuanto los chilenos hicieron por ser agradables al Perú:)

— En 1819, Chile organizó la Expedición Libertadora para independizar a los peruanos. Cuatro años más tarde, Chile envió al Perú un nuevo contingente de soldados, prestándole, además, unos cuantos millones de pesos... No pasaron cinco años. El Perú solicitó de nuevo el apoyo de Chile. Pero en esta ocasión no se trataba de trabajar por la independencia americana. El Perú pedía el apoyo de Chile *para pelear contra Colombia...* Dos veces formuló el pedido y dos veces Chile le contestó que únicamente haría alianzas para defender la independencia de los pueblos de América... Perú insistió en pelear, sola, contra Colombia. Fué a la guerra. Y Colombia la venció. Sin embargo, Perú no podía permanecer en paz con nadie. En 1830 *arrojóse contra Bolivia.* Era una guerra imbécil. En aquella ocasión hízose célebre una frase del gran ministro don Diego Portales:

— *¿Están locos los jefes de las repúblicas del Perú y Bolivia?*

— Gracias a Chile — continúa monseñor Edwards — se evitó que la guerra continuara. El 8 de noviembre de 1831 firmóse el tratado de paz, por mediación chilena. Sin embargo, Perú no podía estarse quieta. Pasaron dos años. No pudiendo hacer una guerra a Chile por insuficiencia de poder militar, Perú *nos declaró una guerra de tarifas,* que terminó dos años después, con el tratado del 28 de julio de 1835. ¡Poco duró el tratado! Antes de un año — el 14 de enero de 1836, — Perú declaró nulo todo lo pactado... En 1837, el general Santa Cruz, cruel y sanguinario, invadió el Perú, su propia patria. Los peruanos pidieron socorro, con los brazos tendidos, a Chile... Chile se condolió. Mandó sus soldados. Organizó, además, batallones de "rotos" que en la batalla de Jungay — 20 de enero de 1839 — termina con el salvaje Santa Cruz. Y fué el "roto chileno" — a cuya memoria hemos levantado una estatua en Santiago — quien libró a los peruanos de su tiranuelo... ¿Pudo con eso tranquilizarse el Perú? No, señor. ¡No podía con su sangre!... Dos años después, en 1841, aprovechando que en Bolivia había estallado una revolución política, los *peruanos declararon la guerra a Bolivia.* Con revolución y todo, Bolivia se defendió. Y salió victoriosa, destrozando a los peruanos en las llanuras de Ingaví... Había ocurrido como con Colombia. ¡Y como siempre! El espíritu belicoso y agresivo del Perú despertó en España el deseo de restaurar la monarquía en América. Enviaron entonces los españoles al Pacífico una escuadra, al mando del almirante Pareja.

Una pausa.

— Perú — agrega el obispo — pidió ayuda a Chile. Y Chile — cómo no, si se trataba de la independencia sudamericana — se alió con el Perú. Y sufrió, como consecuencia de esta alianza, el bombardeo de Valparaíso por la escuadra española. Podría haberse esperado que con el enorme sacrificio hecho por Chile se hubiera sellado para siempre la amistad con Perú. ¡Al contrario!

(El señor obispo frunce el ceño. Se enoja. Y sonríe con amable elegancia.)

— ¡Al contrario! En agradecimiento, Perú conspiró contra Chile. Sus conspiraciones culminaron con el Tratado Secreto de 1873. Este tratado fué propuesto, con malicia, precisamente a las dos naciones que tenían cuestiones limítrofes pendientes con Chile: *Bolivia y ustedes, los argentinos...* Ese tratado iba contra Chile. El gobierno argentino lo aceptó, pero el Senado lo rechazó ruidosamente en nombre de la lealtad argentina.

(Nos ponemos de pie. Pero, monseñor el obispo, nos detiene con su mano extendida...)

—Y fué precisamente un gran argentino quien descubrió que aquel tratado del Perú—inocente en apariencia — era el resultado de una maniobra diplomática de los peruanos para conseguir dos aliados poderosos y pelear con ellos en contra de Chile...

— ¿Quién era ese argentino?

— El grande y genial estadista doctor Rawson. Los chilenos debiéramos levantarle un mármol rodeado de copigües. En aquella ocasión Rawson dijo en el Senado:

" — El objeto de esta alianza que el Perú busca con los bolivianos y con los argentinos, es, simplemente, Chile. Y una guerra con Chile será su consecuencia. El Perú inicia la negociación del Tratado de Alianza, sólo por un espíritu de rivalidad y por razones de prepotencia marítima en el Pacífico. El Perú busca aliados para mantener en jaque a su rival y para humillarlo en caso de que estalle la guerra. Esa alianza es impolítica e imprevisora porque significa una provocación. Es una política cobarde"... Gracias a estas valientes palabras del doctor Rawson, el Tratado Secreto de 1873 fué rechazado por la Argentina. Y como lo había previsto el cerebro clarividente del doctor Rawson, la guerra del Perú contra Chile no se hizo esperar... Y en 1879 se nos vino la guerra, que nos costó cinco años de duras batallas. Ganamos la guerra, y el 23 de octubre de 1883 firmamos el Tratado de Ancón, mediante una de cuyas cláusulas las provincias de Tacna y Arica serían sometidas al actual plebiscito...

(El obispo termina evocando algunas palabras de otro gran obispo chileno: Ramón Angel Jara, célebre orador que fué a Perú, hace ya muchos años. Jara trataba de unir, por medio de su elocuencia castelarina, a los dos países, en un abrazo de confraternidad. Volvió a Chile, diciéndole a Edwards:)

— *Traigo un convencimiento. El asunto de Tacna y Arica no podrá arreglarse. El Perú no necesita de esos territorios. No tendrá con qué mantenerlos. Pero el gobierno peruano — todos los gobiernos peruanos — necesitan, para prolongarse en el poder, que el litigio subsista. Es el arma patriotera que esgrimen los gobiernos para vencer a los adversarios políticos del comité de enfrente...*



Papeles póstumos del señor de Perogrullo

Por

ENRIQUE MENDEZ CALZADA





A vanidad profesional — decíame cierta vez Perogrullo — hace creer a los escritores que la Literatura es una cosa importante, y no falta alguno que piense este dislate: que la Literatura constituye la razón de ser del idioma, que el idioma no tiene otro objeto que el de dar origen a una Literatura. Y bien: estos individuos incurren en un profundo error. Un idioma es un conjunto o sistema de signos convencionales, y su único objeto es el de hacer que los hombres se entiendan entre sí. Por tal razón, el idioma ideal sería un idioma sin palabras habladas ni escritas; un idioma de señas, como el de los mudos. ¿Es que acaso los mudos no se entienden entre sí? Como veis, un idioma es una cosa tan despreciable que ni siquiera es indispensable, y sólo las cosas indispensables merecen que el filósofo las tome en consideración. Juzgad, hijo mío, cuál será la importancia filosófica de la Literatura, que no es sino un forúnculo del idioma.

EL "flirt" es al amor lo que el "punching-ball" es al boxeo.

ES un día triste entre todos aquel en que el filósofo llega a la conclusión de que todo es cierto.

DENOMÍNANSE vicios aquellas virtudes que, beneficiando al prójimo, perjudican a quien las posee; y se llaman virtudes aquellos vicios que favorecen principalmente a quien los practica.

EL pueblo de Israel no ha producido nunca grandes generales, sin duda para no disminuir la clientela de sus prestamistas.

O eres un "dilettante", y entonces no eres nada, o eres un especialista, y entonces eres un imbécil.

Y ahora que el tiempo ha pasado, señora, permítame confesarle que la he amado a usted con un amor entrañable y avasallador; que la he querido como a ninguna otra mujer; que durante largos años no alimenté otro sueño que el de llegar a hacerla mi esposa.

— ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no habló usted cuando aun era tiempo?... Porque yo también le he querido, amigo mío; le he querido a usted desde la época ya remota en que nos conocimos, y aun no he conseguido borrar de mi alma los recuerdos de aquel amor. Pero lo ocurrido es irreparable. ¿Por qué, por qué no habló usted?

— Señora, porque a estas horas estaríamos casados; y eso sí que hubiera sido verdaderamente irreparable.

KURT Marchenhaft, catedrático de Derecho Penal en Tubinga, dijo un día a sus alumnos: "Los elementos del asesinato son dos: un asesino y una víctima. Hay casos en que la condición de víctima y la de asesino concurren en una misma persona, y entonces tenemos lo que vulgarmente se denomina suicidio."

YO no tengo alma de Quijote. Yo soy un hombre práctico, absolutamente materialista. Estoy mucho más cerca de Sancho Panza que de su amo"... He ahí la ingenua falacia que, para persuadirnos de la propia cordura, nos repetimos a menudo. Pero lo cierto es que todos llevamos dentro esa tragedia grotesca de haber visto alguna vez en Aldonza Lorenzo a doña Dulcinea del Toboso.

JESÚS desinfla el globo de la teogonía pagana, y derriba, de paso, el poderío de Roma; Spinoza desinfla el globo de la teología medioeval; Heine desinfla el globo de la grandeza germánica; Carlos Marx desinfla para siempre el globo de la organización capitalista, lo que significa echar abajo el edificio de la sociedad moderna; Einstein desinfla el globo de la mecánica newtoniana. En cuanto a Rothschild, desinfla la bolsa de media humanidad.

Y aun se pretende que debemos amar al pueblo de Israel. ¡Eso sí que estaría bueno!

LA costumbre de estrecharse la mano por vía de saludo, está muy lejos de constituir una práctica caprichosa, como puede serlo acaso el hábito que tienen los chinos de saludarse frotándose mutuamente las narices. El apretón de manos reconoce profundos fundamentos atávicos. A poco que se piense, se convendrá en que el hecho de que el individuo que se me aproxima me ofrezca su diestra para que la aprisione, constituye para mí la prueba más elocuente de que entre sus propósitos inmediatos no figura el de echarme las manos al cuello para estrangularme.

EN el espíritu del hombre urbano, como en el del hombre rústico, el tedio es como un árbol inmenso, de ramazón frondosa, cuyo follaje denso ensombrece el horizonte visible, cuya sombra esteriliza la tierra más fértil. Pero el hombre urbano, hábil y previsor, se ha dado maña para reducir las proporciones de esa fronda malsana, ha arbitrado innumerables expedientes para eliminar el hastío. No ha podido talar el árbol, pero la verdad es que ha conseguido podarlo notablemente. A ese fin, la mente del hombre urbano no se ha cansado de inventar juegos apasionantes, graciosas farsas, pasatiempos físicos y mentales que momentáneamente absorben por entero las potencias del organismo y las del intelecto. El hombre urbano se divierte, esto es positivo; pero, ¡cómo se aburre cuando se aburre! Es que la ley del equilibrio que rige las cosas se cumple aquí por manera fatal y tiránica. Es ella quien quiere que al podar el Árbol del Hastío, el hombre no consiga otra cosa que robustecer su tronco y hacer más letal el zumo de sus amargos frutos.

DESDE su primera juventud — casi podría decirse que desde su infancia — el maestro padeció ese grosero error de concepto, por desgracia tan difundido, que consiste en no ver el amor sino bajo el aspecto de un fenómeno pura y exclusivamente fisiológico, rodeado de complicaciones espirituales por la estupidez de los hombres. Según su doctrina, la platónica concepción erótica de un Abelardo, que para el vulgo pasa por sublime, y el fogoso apasionamiento de un Casanova, que causa el asombro de algunos, no serían sino las manifestaciones exteriores de meras anomalías orgánicas, ya congénitas, ya adquiridas. Sin llegar a esos límites extremos de la frialdad y del ardor amorosos, la generalidad de los enamorados no haría otra cosa que exteriorizar, en su particular manera de sentir el amor, las singularidades de su constitución orgánica. Era el maestro, según puede apreciarse, un materialista irreducible.

A su discípulo y amigo el profesor Pérez y Pérez, que en cierta ocasión le anunció su propósito de consagrar diez años de su vida a escribir un tratado sobre el amor, díjole Perogrullo:

— La de amar, mi joven amigo, es una necesidad exclusiva y absolutamente corporal, como lo son la de comer y la de dormir; y corporales son, por consiguiente, las respectivas funciones, con la única diferencia de que la primera exige colaboración. Un tratado de la ciencia de amar no es más útil, a mi entender, que un tratado de la ciencia de dormir, pongo por caso.

— De modo, maestro, que a vuestro juicio el "Ars amandi" de Ovidio, los trabajos de "Stendhal", de Senancour, de Mr. Paul Bourget, del profesor Mantegazza, del doctor Ingenieros...

— Son trabajos meritorios, no cabe la menor duda. Son tan meritorios, en el peor de los casos, como el "Traité de la science culinaire", como "Les Plaisirs de la table" y como el "Vademécum du parfait pâtissier", de mi excelente amiga la Comtesse de Clermont-Latour; la cual, dicho sea entre paréntesis, no sólo carecía de títulos nobiliarios, sino que había nacido en la provincia de Pontevedra.

UN furioso patalear contra la fatalidad de la muerte"...

— ¿Qué es eso, amigo mío? ¿Una definición, tal vez?

— Es una definición, en efecto.

— ¿Acaso una definición de la Vida?

— De la Vida, del Amor, del Pensamiento, de la Religión, del Placer, de la Gloria, de lo que usted quiera.

JAMÁS leo novelas—solía decirme el señor de Perogrullo. — Las antiguas son demasiado absurdas, y mi amor a la lógica me aparta de ellas instintivamente. Son absurdas y monstruosas como los regímenes aristocráticos bajo los cuales fueron concebidas. En cuanto a las novelas modernas, son rastreras, des-

(Continúa en la pág. 49)

Dostoiewsky

Por

A. BEAUNIER


Fedor Dostoiewsky

FOTO N. M.


FEDOR Dostoiewsky es un hombre terrible y admirable. No puede pensarse en él sin espanto, sin una especie de amistosa compasión por ese valor con el cual afrontó su destino y supo vencerlo.

Toda su vida es una incesante calamidad que no pudo eludir, pero intentó dominar. Un sentimiento muy natural al espíritu ruso le acompañó en su martirio. Sentimiento extraño, casi inhumano, difícil de concebir para nosotros: el amor del sufrimiento.

Creen los rusos en la virtud redentora del dolor. Es una idea cristiana en abierta oposición con el paganismo antiguo y moderno. Suelen llevarlo hasta lo sublime, hasta lo peligroso a veces.

Este sentimiento los torna enérgicos o pacientes, según las circunstancias. Dió poder indomable a Dostoiewsky, comunicándole ardor espléndido en la desgracia.

Por un azar que parece símbolo de profecía, nació hacia 1821 en un hospital de pobres, en Moscú, donde el padre, antiguo médico del ejército, desempeñaba un modesto empleo. El primer espectáculo ofrecido a los ojos de Fedor fué el de la muerte, las enfermedades y miserias humanas que más tarde pintó con mano maestra.

Admitido con su hermano Miguel en la escuela de ingenieros militares de Petrogrado, salió a veintidós años con el grado de subteniente. Pidió la baja al año siguiente para abrazar resueltamente la carrera literaria.

Necesitaba mucho valor para ello. Era, por entonces, en Rusia, dura tarea la del literato y expuesta a grandes riesgos.

No solamente debía ganarse el pan, si era pobre, sino resolverse a pasar por sospechoso y ser estrechamente vigilado, a menos de ser un escritorzuelo servil. Debía, pues, emprender abierta lucha con un gobierno, para el que siempre resultaba sospechoso.

Fedor Dostoiewsky era pobre. Pertenecía a una familia de escasa nobleza, propietaria de una pequeña tierra, con unos pocos siervos, en la gobernación de Tula. Nada podía darle. Toda la vida sufrió de esta privación de fortuna. Sus quejas se le escapan en muchas cartas.

"No puedo pagar mis deudas — dice — ni partir por falta de dinero para el viaje. Estoy desesperado."

En otra ocasión:

"Mi situación es tan apurada que estoy por ahorcarme."

"¿Qué será de mí de aquí a fin de año? Mi cabeza se parte. A nadie puedo pedir prestado" — gemía otra vez.

Y luego, a cincuenta años, escribía:

"He trabajado por dinero toda la vida, y siempre he estado en la miseria. Más ahora que nunca."

Soñaba con su próxima novela, una de sus obras más originales: "Los hermanos Karamazoff".

"Esa novela me atormenta desde hace tres años; pero no la comienzo porque quisiera escribirla sin aprémio, como escriben los Tolstoi, los Tourgueneff, los Gontcharoff. Que al menos haya una de mis obras que no se haga a plazo fijo."

Fatigoso por demás es el trabajo continuo, impuesto por la necesidad. Dostoiewsky temía que esa precipitada producción dañara su obra. En su correspondencia no puede evitar una suerte de envidia hacia los escritores que tienen todo el tiempo, comodidad, reposo y libertad para perfeccionar sus escritos.

Son ricos a quienes no ata compromiso alguno con editores o directores de revistas.

A veinticuatro años, siendo autor de una sola obra notable, "Pobres gentes", expresa:

"Suceda lo que suceda, juro no escribir por encargo ni aun llegado al último límite de privaciones. El encargo mata, lo echa todo a perder. Quiero que cada una de mis obras sea buena."

Jamás gozó de plena libertad, pero su genio se arregló en forma tal que cada uno de sus libros fué obra maestra.

Así salvó su orgullo; pero su vanidad estaba profundamente herida por la "vergonzosa levita" que estaba obligado a vestir.

De todos modos era hermoso bajo la vieja levita sin forma, descolorida, con su melancólico rostro temblando de emoción, húmedos los ojos y con sus taras físicas. ¡A pesar de todo era hermoso! Desde muy joven sufría ataques epilépticos, y solía recogérsele de la calle rígido, con espuma en los labios. Su belleza era extraña, singular; belleza de pensamiento y de sufrimiento, digna de todo su orgullo, pues era la belleza de su obra.

Su primera novela, a que hicimos referencia, es profundamente triste. Causó a su autor vivísima alegría, la más grande de su vida, según confesara él mismo.

Habíala escrito durante el invierno 1844-1845, cuando a nadie conocía en el mundo de las letras. Por intermedio de su amigo Grigorovitch obtuvo que el gran poeta Nékrassoff se interesara en leerla. Llevósela sin esperanza, y esa velada Dostoiewsky se pasó leyendo a Gogol, suprema adoración de la juventud de entonces.

Las noches de primavera son de particular encanto en Petrogrado, claras como el día, invitando a la contemplación. Fedor abrió la ventana y bañó sus ojos en la bella noche que no dormía. El timbre de la puerta sonó en el silencio. ¿Quién podrá ser a semejante hora?

Eran Grigorovitch y Nékrassoff, quienes se precipitaron a su encuentro, con los ojos húmedos de lágrimas, y le abrazaron como locos. Habían leído toda la novela "Pobres gentes", turnándose, en alta voz, sin suspender una página, y tal fué su entusiasmo que al terminarla corrieron a felicitar al autor.

— ¿Dormirá? — preguntó Nékrassoff.

— ¡Lo despertaremos! — repuso Grigorovitch, y partieron.

Esta anécdota pinta con vivos colores la entrada del primer rayo de gloria en la humilde habitación de un joven escritor pobre y desconocido.

— ¡Duerma, duerma ahora! — le gritaba el poeta sacudiéndole por los hombros; — pero mañana venga a verme.

Dostoiewsky no pegó los ojos esa noche. Era dichoso; soñaba, al menos, con serlo, como no tuvo ocasión de repetirlo en adelante.

El manuscrito fué llevado por Nékrassoff al crítico Bielinsky.

— ¡Nos ha nacido un nuevo Gogol! — le anunció.

— Los Gogoles nacen ahora como los hongos — contestó aquél, a quien llamaban "crítico espantoso y terrible".

Con desconfianza emprendió la lectura; y, al atardecer, rogó le presentaran inmediatamente al autor de "Pobres gentes", al cual recibió en forma grave y llena de reserva al principio, para estallar luego en esta confidencia:

— ¿Sabe usted bien lo que ha escrito? Solamente se explica por la inspiración de un gran artista. Pero, ¿comprende la verdad de los hechos expuestos? ¡No! Un hombre tan joven como usted no puede comprenderlos. Ha ido usted al fondo de las cosas. Nosotros, los críticos, razonamos; ustedes, los artistas, con una imagen, con un rasgo muestran las profundidades del alma.

"¡He ahí el misterio del arte y la magia del artista! Ese don le pertenece: guárdelo. Joven: usted será un gran escritor."

Describe Dostoiewsky que salió de la entrevista como si estuviera ebrio.

"Me detuve junto a la casa de Bielinsky. Miré al cielo, al radiante día, a los pasantes, y comprendí que acababa de vivir un momento solemne, jamás esperado en mis sueños fantásticos, con ser entonces impenitente soñador. ¿Será verdad que valgo? — me preguntaba con una suerte de cortedad y de tímido entusiasmo."

Y agrega para sus lectores:

"¡Por favor, no os riáis de mí!"

¿Cómo reír cuando se sabe que esta alegría del célebre ruso fué la última de su vida?

"Pobres gentes" es la historia lamentable de un viejo empleado cuya vida se consume en menudas tareas de escritorio.

Cierto día parece iluminarse esta existencia con un bello amor. Se enamora de una parienta lejana, tan pobre como él, pero joven, a la cual frecuenta poco para evitar comentarios. Pero, en cambio, se escriben. Son sus cartas las que constituyen la novela.

Dievouchkine ama a la joven con una ternura mucho tiempo contenida; la ama con dulzura y abnegación sin límites, con toda la timidez de un hombre que nunca tuvo suerte. Luego la niña se casa con un solterón rico, y el viejo Dievouchkine retorna a su monótona vida sin alicientes ni esperanzas. Eso es todo. Pero, conmovedora en su sencillez, la narración nos impresiona por su carácter de realidad.

La publicación de "Pobres gentes" colocó a su autor en primera fila entre los jóvenes literatos rusos. La moda se inclinaba entonces a esa literatura desolada y realista. Aun los poetas rompieron viejos moldes para buscar inspiración en sentimientos lúgubres.

La prosa y el verso eran tristes; Dostoiewsky estaba de cierto modo condenado a la tristeza. No le sentaba la alegría. Todo su genio desenvolvíase en la atmósfera favorable del desconsuelo, que el destino supo prodigarle con atroz generosidad.

Formaba parte de un círculo de jóvenes escritores, publicistas, profesores y estudiantes, que se reunían los viernes en casa de Petracheusky.

El 23 de abril de 1849 se hizo esta reunión sospechosa al gobierno, y sus miembros fueron encarcelados unos, otros desterrados.

Fedor Dostoiewsky fué remitido a Siberia.

La vida transcurrida en el duro destierro está contada en su novela "Recuerdos de la casa de los muertos". Es uno de los libros más sombríos que se hayan impreso. Sometido a los trabajos rudos del forzado, mucho se resintió la salud del novelista, precaria desde la infancia.

Diez años después obtuvo su libertad, al contar treinta y ocho de edad. Casóse con la viuda de un antiguo compañero, y para subvenir a las necesidades del hogar hubo de trabajar febrilmente.

Fundó dos periódicos, sin ningún éxito pecuniario.

En los momentos libres escribía "Humillados y ofendidos", curiosa obra donde se hallan muchos episodios personales.

Hasta el matrimonio se ofreció difícil al escritor. La mujer elegida no estaba segura de sus sentimientos con respecto a él. Para desbancar a un rival afortunado desplegó tales virtudes que se convirtió en la bondad misma frente a su rival.

Rara posición, tema de sutilísimo dolor, que expone precisamente en "Humillados y ofendidos".

Dostoiewsky publicó en 1866 "Crimen y castigo", terrible novela, cuyo extraordinario poder sugestivo envuelve al lector en una pesadilla horrorosa.

Sus menores detalles son tan concretos y minuciosos, tan magistrales las pinturas y situaciones, que nos dominan por completo. Nos entregamos a su lectura como poseídos de irresistible fuerza; seguimos su desarrollo con ansiedad de fiebre.

Un estudiante pobre, inteligente, llamado Raskolnikoff, se ve precisado a empeñar una joya en casa

(Continúa en la pág. 84)



"...Dedicado con inocente fruición al burgués regocijo de trenzarse en una partida de dominó o de truco..."





La moral y las zapatillas

Por

TIRSO LORENZO

Ilustraciones de López



SI para muchos no ofrecía reparos ni suscitaba escrúpulos la conducta del señor de Santillana, para doña Obdulia el proceder de su esposo era el colmo de la injusticia, de la desconsideración y de la ingratitud.

No se crea por eso que el señor de Santillana, el inspector jubilado don Favonio de Santillana, fuese un marido desalmado y cruel, un hombre depravado y vicioso, un carácter molesto y atrabiliario, ni siquiera un viejo impertinente y rezongón. Por lo contrario, el veterano y robusto consorte de doña Obdulia era un ciudadano pacífico, ordenado, circunspecto, celoso, amable, y poseía un corazón que parecía hecho de terroncitos de azúcar. Pero hay en las personas defectos insignificantes, que no tienen, en apariencia, valor positivo alguno, que se escapan a la órbita sensible de la ética más susceptible y minuciosa, y que, sin embargo, son capaces de afectar los cimientos de la felicidad conyugal y de la más sólida paz doméstica. En el caso particular de don Favonio de Santillana ese defecto de tan convencional trascendencia lo era para la quisquillosidad de doña Obdulia, la incurable manía, arraigada en el sedentario y adiposo inspector jubilado, de olvidar su casa para pasarse las horas muertas en el club, dedicado con inocente fruición al burgués regocijo de trenzarse en una partida de dominó o de truco.

¡Habráse visto cuestión más insignificante!... Sin embargo, para la señorial dignidad de doña Obdulia aquello era un principio de disolución, un grave, insoportable indicio de despego y de infidelidad.

Al señor de Santillana costábale un trabajo ímprobo tener que permanecer en su casa algunos minutos más de las horas indispensables para comer y dormir; y esta desdichada condición mantenía en un estado de irritación y protesta a su celosa consorte. Después de haber dejado de tener que asistir puntualmente a su empleo, había hecho del Club Social su refugio; dijérase que, mecánicamente habituado a la cotidiana salida a la calle no podía ya privarse de esa función orgánica, que el paseíto le era imprescindible, y que le vencía la inclinación a dejar, aun sin motivo, su casa y buscar el rumbo más accesible. Éste lo había hallado hacia el club, donde la propicia amistad de un grupo de desocupados, como él, sirviérale para incorporarse a una peña de contertulios inofensivos aficionados al plácido holgar de la baraja.

Apenas don Favonio se había desayunado, ya estaba pronto para lanzarse a la calle. Dábase una vueltecita por algunos parajes donde la ampulosa silueta del inspector jubilado era bien conocida, y a eso de las once, a jugar el "vermouth" al truco con sus habituales compañeros de partida. Al despertar de la siesta, lo mismo; los pies del señor de Santillana sentíanse impacientes por correr a la calle. Y así todos los días.

No extrañó doña Obdulia en un principio la ingenua manía de su esposo. Dábase cuenta de que, habituado a concurrir todos los días a su empleo, no podría ni le convenía privarse así, de buenas a primeras, de aquella cotidiana costumbre. Consideraba, por otra parte, saludables para su esposo aquellos ejercicios que le evitaban caer en una postración sedentaria perjudicial a su físico, cada vez más pesado y obeso.

Confiaba, sin embargo, en que aquel hábito de su marido iría modificándose poco a poco, y en que no tardaría en verlo menos impaciente y más casero, como deseaba en su celo de esposa cariñosa, aburrida, sin hijos, que siempre había envidiado a las mujeres que podían darse el gusto de tener a sus maridos arrimados a sus polleras. Pero sucedió todo lo contrario, pues la manía callejera del señor de Santillana se fué acrecentando, y sus tenidas del club haciéndose cada vez más prolongadas, con lo cual marchitáronse las ilusiones de doña Obdulia, y comenzó la abatida mujer a dar suelta a la explosión de sus reproches, y la paz del hogar de los esposos Santillana entró en un grave período de crisis.

HABRÁSE visto hombre semejante!... — solía exclamar la esposa de don Favonio. — ¡Dios traiga la hora en que arda el club y con él todos los que allí pierden el tiempo! ¡Tantas mujeres como hay que reniegan porque tienen siempre a sus maridos a la cola, y yo no puedo darme el gusto de tener el mío a mi lado! No viene más que a comer y a dormir, y eso porque no le conviene quedarse a hacerlo por ahí. ¡Si dijéramos que lo entretiene algún trabajo, algún negocio, algo, en fin, de importancia!... Pero nada de eso; se lo pasa perdiendo el tiempo con cuatro ganapanes como él, desocupados aburridos que no saben qué hacer en sus casas. ¡Ay, Dios mío!..., comprometerse, casarse una, para que el marido le salga de esa manera!

Los amigos de la familia, que asistían a estas frecuentes catilinarias, trataban de sacar importancia al motivo, aun cuando en el fondo no dejaban de reprobar la excesiva despreocupación de don Favonio. Éste, por su parte, no dejaba tampoco de reconocer la responsabilidad de su inocente falta, y para acallar los reproches de su cara mitad solía prometer, con ciertas reservas, cambiar de conducta; pero, en realidad, no podía corregirse. Ahogábanle las cuatro paredes de su casa, y reincidía en sus escapatorias, bien fuera para huir a las recriminaciones de su ofendida mujer, o bien simplemente después de haber aplacado sus arrebatos biliosos con cuatro gentiles zalamerías melosamente propinadas, que también lograban a veces aplacar la cólera de la impaciente doña Obdulia.

Porque es de advertir que no era tan honda la desavenencia conyugal suscitada por el liviano pecado de don Favonio. Los esposos se querían como en los buenos tiempos; y aquellos arrebatos de celo y los reproches furibundos de la agraviada esposa servían frecuentemente para templar mejor las cuerdas sensibles del amor conyugal.

Así iba pasando el tiempo para el señor de Santillana, y con los años aumentaban ciertos achaques comunes a la edad provecta cuando se complica con la vida sedentaria de un organismo flemático y adiposo.

Don Favonio engordaba siempre más, circunstancia ingrata que más de una vez le hacía sentirse fastidiado y molesto ante los impertinentes amigotes que solían ir a sacarle de la paz de su hogar, y que doña Obdulia odiaba con odio femenino. Pero, ¡qué diablos!, la casa le ahogaba, atraíale el club con su peña, y allá se iba el hombre, arrostrando fatigas y reyertas.

LEJOS de secarse por tales rabietas y contrariedades la fuente del amor conyugal, éste tenía de cuando en cuando sus florecimientos. Doña Obdulia aprovechaba ocasiones propicias para demostrar a su descastado esposo que ella, a pesar de los disgustos que de él recibía, manteníase incólume y leal en su amor; y la oportunidad de esta prueba tenía su punto culminante en la fecha del cumpleaños de don Favonio, en la cual nunca doña Obdulia había dejado de reservarle a su esposo un obsequio de circunstancias, que aquél recibía con júbilo inmenso y sincero.

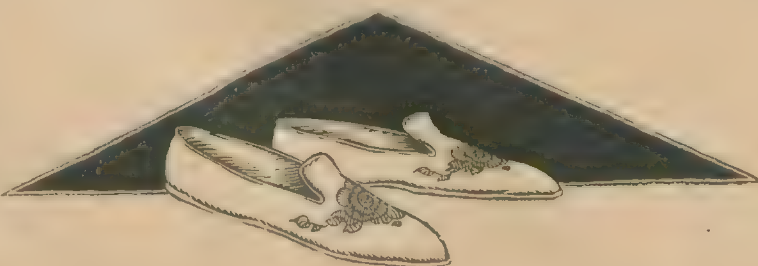
Así sucedió que, al llegar el nuevo cumpleaños de don Favonio de Santillana, a pesar de su quebrantado estado de ánimo, no dejó doña Obdulia de pensar en el consabido y obligado regalito; con él conseguiría, como todos los años, poner una tregua a las querellas cotidianas. Y si bien la elección del regalo era siempre motivo de algunas preocupaciones, de esta vez pudo la buena señora ver fácilmente resuelto el asunto. Al recorrer ciertas tiendas del centro, dió de pronto en una de ellas con unas preciosas zapatillas que tentaron su codicia. Eran de terciopelo, finamente bordadas en seda, y justamente a la medida del pie de don Favonio; la cosa, ni soñada. El precio le convenía, y calculó que con tan linda y práctica prenda llenaría decorosamente el compromiso. Reflexionó, asimismo, en la circunstancia de que a su esposo, que iba empezando a sentirse excesivamente fatigoso y pesado vendríale a maravilla aquella comodidad, que, en rigor de verdad, no merecía un hombre tan despejado, que se pasaba el día fuera de su casa.

EL regalo fué acogido con regocijo por el obsequiado; las zapatillas pareciéronle preciosas y veníanle tan cómodas y holgadas que, para disfrutar de su primicia y para testimoniar a su cara mitad su agradecimiento en "fecha tan señalada", el señor don Favonio de Santillana resolvió no salir aquel día de su casa, con gran contento de su querida consorte.

Cuando al día siguiente vinieron algunos de los contertulios de don Favonio a buscarlo para trasladarse al club, aquél, que se hallaba con las zapatillas puestas, encontrábase tan cómodo que no pudo menos de confesarles el fastidio que le daba tener que despojarse de ellas y ponerse los zapatos para acompañarlos. Hízolo, sin embargo, a expensas de una angustiosa molestia que a doña Obdulia llenaba de íntimo regocijo.

Justo es consignar que las zapatillas pasaron a tener en la moral del obeso inspector jubilado una influencia trascendental. Si por ventura se las calzaba al saltar del lecho, fuese a la siesta o por la madrugada, difícilmente se desprendía ya de ellas en el curso del día. El tener que calzarse hacíasele odioso, insoportable.

De esta manera sencillísima, cautivado, vencido por aquella deliciosa comodidad burguesa,



(Continúa en la pág. 52)

Antología de los grandes poetas

EL HOMBRE, EL CABALLO Y EL TORO

A un Caballo dió un Toro tal cornada,
Que en todo un mes no estuvo para nada.
Restablecido y fuerte,
Quiere vengar su afrenta con la muerte
De su enemigo; pero como duda
Si contra el asta fiera, puntiaguda,
Arma serán sus cascos poderosa,
Al hombre pide ayuda.
"De mil amores—dice el hombre.—¿Hay cosa
Más noble y digna del valor humano,
Que defender al flaco y desvalido,
Y dar castigo a un ofensor villano?
Llévame a cuestas tú, que eres fornido;
Yo le mato, y negocio concluído."
Apercibidos van a maravilla
Los aliados; lleva el Hombre lanza;
Riendas el buen Rocín, y freno, y silla,
Y en el bruto feroz toman venganza.
"Gracias por tu benévola asistencia —
Dice el corcel: — me vuelvo a mi querencia;
Desátame la cincha, y Dios te guarde.
—¿Cómo es eso? ¿Tamaño beneficio
Pagas así? — Yo no pensé... — Ya es tarde
Para pensar; estás a mi servicio;
Y, quieras o no quieras,
En él has de vivir hasta que mueras."
Pueblos americanos,
Si jamás olvidáis que sois hermanos,
Y a la patria común, madre querida,
Ensangrentáis en duelo fratricida,
¡Ah! no invoquéis, por Dios, de gente extraña
El costoso favor, falaz, precario,
Más de temer que la enemiga saña.
¿Ignoráis cuál ha sido su costumbre?
Demandar por salario
Tributo eterno y dura servidumbre.

ODA

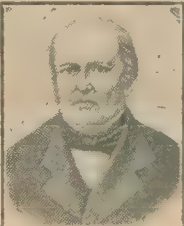
Imitación de Horacio

(O navis referent...)

¿Qué nuevas esperanzas
Al mar te llevan? Torna
Torna, atrevida nave,
A la nativa costa.
Aun ves de la pasada
Tormenta mil memorias,
¿Y ya a correr fortuna
Segunda vez te arrojas?
Sembrada está de sirtes
Aleves tu derrota,
Do, tarde, los peligros
Avisará la sonda.
¡Ah! Vuelve, que aun es tiempo,
Mientras el mar las conchas
De la ribera halaga
Con apacibles olas.
Presto erizando cerros
Vendrá a batir las rocas,
Y náufragas reliquias
Hará a Neptuno alfombra.
De flámulas de seda
La presumida pompa
No arredra los insultos
De tempestad sonora.
¿Qué valen contra el Euro,
Tirano de las ondas,
Las barras y leones
De tu dorada popa?
¿Qué tu nombre, famoso
En reinos de la Aurora,
Y donde al sol recibe
Su cristalina alcoba?
Ayer por estas aguas,
Segura de sí propia,
Desafiaba al viento
Otra arrogante proa;
Y ya padrón infausto
que al navegante asombra,
En un desnudo escollo
Está cubierto de ovas.
¡Qué! ¿No me oyes? ¿El rumbo
No tuerces? ¿Orgullosa
Descoges nuevas velas,
Y, sin pavor, te engolfas?
¿No ves, ¡oh malhadada!
Que ya el cielo se entolda,
Y las nubes bramando
Relámpagos abortan?
¿No ves la espuma cana
Que hinchada se alborota,
Ni el vendaval te asusta
Que silba en las maromas?
¡Vuelve, objeto querido
De mi inquietud ansiosa;
Vuelve a la amiga playa
Antes que el sol se esconda!

ANDRES BELLO

NACIÓ en Caracas el año 1781 y murió en Santiago de Chile en 1865. En su juventud se dedicó a los estudios clásicos, griegos y latinos especialmente, de los cuales hizo muy acertadas traducciones e imitaciones. También comenzó sus estudios gramaticales, que constituyeron una de sus especialidades predilectas y a la que dedicó algunas de sus obras más famosas, entre estas el "Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana", trabajo en que empleó algunos años de su vida.



Enviado en una misión diplomática de su país a Inglaterra, Bello abandonó tal carrera y se radicó en Londres, para dedicarse exclusivamente al estudio y a la enseñanza. En esta época se distinguió mucho por sus trabajos de crítica, colaborando en los principales órganos hispanoamericanos. Comenzó también entonces un poema sobre América, del cual solamente se conocen algunos fragmentos.

En 1829 el gobierno de Chile lo llamó para ofrecerle la dirección del diario oficial "El Araucano", que aceptó, trasladándose a la capital chilena, donde fundó el colegio de Santiago, en el cual ejerció la enseñanza de humanidades y sociología. No descuidó por ello el cultivo de la literatura, alternando sus estudios filológicos y gramaticales con su vasta e inspirada producción poética.

Entre sus principales obras de este carácter pueden mencionarse su "Alocución a la poesía" y "Silva a la Agricultura". En 1843 tradujo algunos poemas de Víctor Hugo, tales como "Los fantasmas", "Moisés sobre el Nilo", "Oración para todos", etc. Entre sus obras sobresalientes cuéntanse su "Teoría del Entendimiento", "Sobre los orígenes de las novelas de caballería y la influencia de la poesía germánica sobre la poesía romana", y su famosa "Gramática de la lengua castellana", que le valió ser nombrado miembro de la Real Academia Española. La colección más completa que de sus obras se conoce es la que se hizo en Santiago de Chile por los años 1881 al 1885, con el título de "Obras completas".

EL CAMPO

Fragmento

¡Al campo! ¡Al campo! La ciudad me enoja.
Esas tristes paredes do refleja
La luz solar, intensa, ardiente, roja,
No quiero ver ni del balcón la reja,
Donde una flor cautiva se deshoja,
E inclinándose lánguida, semeja
Suspirar por la alegre compañía
De sus hermanas en la selva umbría.
¡Al campo!, digo yo como Tancredo;
Mas no, en verdad, al campo de batalla
Donde el tronar del bronce infunde miedo
Y el zumbar de la bala y la metralla;
Ni al campo donde el bárbaro denuedo
De un falso honor, teutónica antigualla,
Dos pechos pone a dos contrarias puntas
Por ofensas reales o presuntas,
Sino al campo que alegra fuente pura
Con el rumor de su cristal parlero;
Y de la selva a la hospital verdura,
De paz y holganza asilo verdadero;
Do el aura entre los árboles murmura
Y la diuca revuela y el jilguero;
Y de trémulos iris coronada
Salta del monte al valle la cascada.
A la colina, que al rayar la aurora
La ciudad nebulosa me descubre.
Mientras el suelo en derredor colora
De azules lirios genial octubre;
Do fresco baño, el río, y mugidora
Vaca me ofrece su repleta ubre,
O salgo envuelto en poncho campesino
A respirar el aire matutino.
A la animada trilla y al rodeo,
De fuerza y de valor muestra bizarra;
Del pensamiento al vago devaneo,
Bajo el toldo frondoso de la parra;
Al bullicioso rancho, al vapuleo,
Al canto alegre, a la locuaz guitarra,
Cuando chocan caballos pecho a pecho,
Y en los horcones se estremece el techo.
Pláceme ver en la llanura al guazo
Que, al hombro el poncho, rápido galopa,
O con certero pulso arroja el lazo
Sobre la res que elige de la tropa.
Pláceme ver paciendo en el ribazo
Que una niebla gentil tal vez arropa,
La grey lanuda, y por los valles huecos
De su ronco balido oír los ecos.
Pláceme penetrar quebrada umbrosa,
Y dando suelta al pensamiento mío,
Fijar la vista en la corriente undosa
Con que, apacible, se desliza el río,
A cuyo murmurar visión hermosa
Arroba el alma en dulce desvarío,
Visión de alegres días que corrieron
Sobre mi vida, y para siempre huyeron.
Y se desvanecieron cual la cinta
De aéreo iris que en la azul esfera
Deshace el viento, o cual la varia tinta
Que, cuando el sol termina su carrera,
Blanco vellón o vagas nubes pinta,
O cumbres de nevada cordillera,
Y el soplo de la noche las destiñe,
Y parda franja al horizonte tiñe.
Viéralos otra vez, aquellos días,
Aquellos campos, encantada estancia,
Templo de las alegres fantasías
A que dió culto mi inocente infancia;
Selvas que el sol no agosta, a que las frías
Escarchas ni aun embotan la fragancia;
Cielo... ¿más claro acaso?... No, sombrío,
Nebuloso tal vez... ¡Así era el mío!
Naturaleza da una madre sola
Y da una sola patria... En vano, en vano
Se adopta nueva tierra: no se enrola
El corazón más que una vez. La mano
Ajenos estandartes enarbola...
Te llama extraña gente ciudadano...
¡Qué importa! ¡No prescriben los derechos
Del patrio nido en los humanos pechos!
¡Al campo! ¡Al campo! Allí la peregrina
Planta, que floreciendo en el destierro,
Suspira por su valle o su colina,
Simpatiza conmigo; el río, el cerro
Me engaña un breve instante y me alucina,
Y no me avisa ingrata voz que yerro;
Ni disipando el lisonjero hechizo,
Oigo a nadie decir: "¡Advenedizo!"

LA COMETA

Por la región del viento
Una bella cometa se encumbraba,
Y ufana de mirarse a tanta altura
Sobre el terreno asiento,
Que habita el hombre y el servil jumento,
De esta manera entre sí misma hablaba:
"¿Por qué la libertad y la soltura,
Dada a toda volátil criatura,
Esta cuerda maldita
Tan sin razón me quita?
¡Ah! ¡Qué feliz estado fuera el mío,
Si espaciarme pudiese a mi albedrío
Por esa esfera luminosa y vaga
Del aire, imprescriptible patrimonio
De lo volante, en brazos de Favonio,
Que amoroso me halaga;
Y, ya a guisa del águila altanera
Al sol me remontase, ya rastrera
Girase, como suelto pajarillo,
De jardín en jardín, de prado en prado,
Entre el nardo, la rosa y el tomillo.
¿A qué el instinto volador me es dado,
Si he de vivir encadenada al suelo,
Juguete de un imbécil tiranuelo
Que, según se le antoja,
O me tira la rienda o me la afloja?
¡Pluguiese a Dios viniera
Una ráfaga fiera
Que os hiciese pedazos,
Ignominiosos lazos!"
Oyó el Tonante el temerario voto:
Viene bufando el Noto:
La cuerda silba, estalla... ¡Adiós cometa!
La pobrecilla da una voltereta;
Cabecea, ya a un lado,
Ya al otro; y mal su grado,
Entre las risotadas y clamores
De los espectadores,
Que celebran su mísero destino,
De cabeza fué a dar en un espino.
De esta pandorga, tú, vulgo insensato,
Eres vivo retrato,
Cuando a la santa Ley que al vicio enfrena
Llamas servil cadena,
Y en licenciosa libertad, venturas
Y glorias te figuras.

MIS DESEOS

¿Sabes, rubia, qué gracia solicito
cuando de ofrenda cubro los altares?
No ricos muebles, no soberbios lares,
Ni una mesa que adule el apetito.
De Aragua a las orillas un distrito
Que me tribute fáciles manjares,
Do vecino a mis rústicos hogares
Entre peñascos corra un arroyito.
Para acogerme en el calor estivo,
Que tenga una arboleda también quiero,
Do crezca junto al sauce el coco altivo.
¡Felice yo si en este albergue muero,
Y al exhalar mi aliento fugitivo
Sello en tus labios el adiós postrero!

EN UN ÁLBUM

La joven beldad que quiera
Ceñir su frente de flores,
Pídalas a la pradera
Cuando de varios colores
La esmalta la primavera.
Mas no vaya al bosque yerto
Que el crudo invierno despoja,
Árido y triste desierto,
Do apenas de mustia hoja
Está algún ramo cubierto.
¿Ves aquel árbol que escrita
Lleva en sí la edad inerte
que lo postra y debilita?
¿Qué don pudiera ofrecerte?
Una guirnalda marchita.
Pero en ese tronco exhausto
Que sin sombra y sin verdor
Es del tiempo estrago infausto,
Puede, tal vez, el amor
Encender un holocausto;
No aquel amor, niño ciego,
Que de centellas armado,
Para turbar el sosiego
De un corazón descuidado
Prende en tus ojos su fuego,
Sino aquel que en poesía
Pintan sin alas ni redes,
Misteriosa simpatía,
Blando cariño, Mercedes,
Que arrastra tu alma a la mía;
Que con póder halagüeño
Me aficiona a la dulzura
De ese amor jovial, risueño,
Que transparenta la pura
Felicidad de su dueño.

Santiago Rusiñol

Por JUAN TORRENDELL



DIB. DE VÁZQUEZ DÍAZ

Santiago Rusiñol



DESPUÉS de algunos años de apartamiento teatral, Santiago Rusiñol ha triunfado nuevamente en la escena catalana con su comedia "El casament per conveniencia", que ha tenido la suerte de fundir en caluroso aplauso los entusiasmos de su fiel y apasionado público y los del renovado y más exigente de la generación que le sigue. Con tal motivo, un popular homenaje de admiración y cariño ha sido tributado al poliédrico artista en Barcelona, cuyo teatro Romea ha celebrado una semana rusiñolesca con enorme éxito, y en Sitges, la blanca villa mediterránea que un día él lanzara a la nombradía universal con el monumento al "Greco" y el establecimiento de su "Cau Ferrat".

Tiempo hacía que la afortunada Sitges no había sido agitada con una de aquellas fiestas de alegre atolondramiento que Rusiñol organizaba en la calma monótona de la apacible villa. Tanto el monumento singular consagrado al pintor cretense, como el museo de las cosas raras, años hace entraran en la corriente normal de los viajes turísticos sin ninguna necesidad de los reclamos estridentes, por otra parte difíciles desde que su creador y "menager" se ha alejado de la edad turbulenta, y no se siente sacudido por las exaltaciones de la renovación artística.

Los públicos que aplauden sus dramas, de corriente teatralidad, y admiran sus poéticos jardines de clásica factura, muchas veces ignoran que su autor fué un tiempo renovador violento de las formas expresivas del Arte, un avanzado de la sensibilidad, inquietador de los bien hallados y banderín de enganche de los jóvenes ansiosos de cambios y novedades, de divergencias y discusiones ardientes. La vanguardia modernista fué iniciada en Cataluña por Santiago Rusiñol, Ramón Casas, Miguel Utrillo y José M. Jordá, después de haber probado la vida bohemia de París y trabado conocimiento con los artistas singulares, que luego escalaron la celebridad.



Caricatura de Rusiñol por Marco

El "Cau Ferrat" de Sitges — pueblito que Rusiñol descubrió en una visita hecha a su compañero Casas, adonde éste había ido a pintar, — fué la madriguera de las reuniones, conciliábulos y desahogos artísticos de los modernistas. En aquel museo — un día viejas casitas de pescadores, — que iba atesorando las obras admirables de arte, los objetos de maravilla, los hierros forjados de la Edad Media catalana (la primera colección de la península y una de las más ricas del mundo), se han realizado asambleas artísticoliterarias de toda clase. Allí se efectuaron las fiestas modernistas que constituyen fecha memorable (1894) en la evolución de las letras catalanas, las más agudas en la nueva sensibilidad de la época. Maragall dijo allí su anticipada declaración del audaz movimiento reformista. "El "Cau" — cuenta un contemporáneo — era el centro de atracción de toda la intelectualidad catalana, y en su ambiente cristalizaban las más audaces sugestiones artísticas. Una noche experimentamos el placer de admirar las danzas que había imaginado la célebre yanqui Loie Füller, ejecutadas sobre una plataforma flotante, situada a la salida del "Cau"..."

Cuando la empresa reclamaba un local más amplio, se invadían las salas de espectáculos públicos. Entonces todo el pueblo vibraba al unísono con los forasteros de incontenible fantasía. Se dieron, pues, conciertos de música moderna con grandes orquestas; se representó a Maeterlink por primera vez en Cataluña; se estrenaron ensayos atrevidos de teatro revolucionario. Nada era imposible contando con el entusiasmo de Rusiñol, que todo lo removía con su charla inagotable y contagiosa. Con esa fuerza de simpatía consiguió la hazaña de levantar el monumento del Greco que costó cinco mil pesetas, con las modestas cuotas de las gente del pueblo que creía en el resucitado Theotocópuli por la palabra indiscutible y arrolladora de Rusiñol. Con razón se ha dicho que el caso no cuenta con precedentes ni ha sido imitado. Para conseguir un estallido de fe y de generosidad popular cual ese monumento, el primero que ha tenido en el mundo el gran pintor de Creta, se precisa un apóstol como Rusiñol y un pueblo de creyentes en el arte como el pueblo de Sitges.



FOTO N. N.

El museo de Lo Cau Ferrat. Estudio de Rusiñol

De los años vividos en París, Rusiñol había captado sus aficiones y entusiasmos por las novedades artísticas de aquel inquieto y batallador postrer tercio de la centuria. La aureola de bohemio rico — socio pasivo de una fábrica de tejidos, — la figura, naturalmente elegante, alto, desenvuelto, ojos negros, pelo desordenado, palidez de trasnochador, sombrero de anchas alas, pipa o habano en la boca constantemente risueña, daban a Rusiñol renombre de artista interesante, simpático, fascinador. Era el jefe del movimiento reformista, sin quererlo, sólo por su dinamismo natural.

Ésta ha sido, evidentemente, una de sus más eficaces condiciones para imponer su talento y variadas manifestaciones artísticas. Ha trabajado siempre sin descanso. De día pintaba; escribía de noche. Para ello sabía abandonar a tiempo la revuelta ciudad y refugiarse en la soledad de los pueblos, donde podría permanecer largas temporadas porque en ninguna parte se aburría. Por lo contrario, se ha divertido en cualquier paraje y con cualquier clase de gentes. No hay sitio donde a su paso no haya dejado amigos y apasionados admiradores. Esa facilidad en el trato, su excelente y dicharachero humor, sus cuadros tan atrayentes para todos los gustos, sus prontas iniciativas para fiestas y diversiones, las lecturas de sus manuscritos ante los más diversos auditorios, han contribuído a crear un ambiente de alegría, de vivacidad, de consideración y camaradería, que no se desvanece nunca, antes bien aumenta y se poetiza a medida que se aleja y agranda con el eco de sus triunfos en las grandes ciudades, que aplauden aquello producido y admirado primero en los lugares recónditos.

No es de extrañar, pues, que cada victoria artística o literaria haya obtenido dilatadas resonancias, de las que daban inmediata cuenta telegramas y artículos periodísticos; y que ahora, en la cumbre de su bien conquistada gloria, Cataluña entera, buen parte de España, el mismo París se hayan adherido con entusiasmo a un homenaje excepcional. Ha sido León Daudet, quien ha proclamado desde "L'Action Française" a Santiago Rusiñol, príncipe de los catalanes. "Ya he señalado otras veces — escribe — aunque brevemente el triple genio pictórico, dramático y narrativo de ese único ejemplar de humanidad irónica, melancólica y regocijada que ha formado, en cincuenta años, la sangre catalana... El autor de "L'alegría que passa", representa para mí lo culminante de esa imaginación latina y mediterránea, ante la que toda otra resulta densa y brumosa. Él mismo es un poema en acción. La literatura moderna castellana, en la que hay tan bellas cosas, puede estar celosa de la literatura catalana, su hermana, a la que pertenece Santiago Rusiñol..."

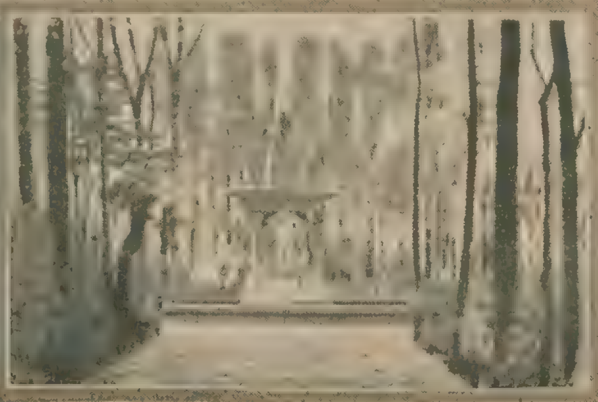
Pintor, literato, "causeur", la simpatía humanizada, libre e independiente, ha podido dar rienda suelta a su extraordinario ingenio con el beneplácito de todo el mundo, aun del difícil mundillo de los renovadores, a quienes ha sometido de vez en cuando con algunas obras que volvían por sus antiguos fueros de artista exquisito, de escritor avanzado, del autor, en suma, de "L'Alegría que passa" la más admirable de sus primeras producciones teatrales.

El teatro ha sido, por otra parte, el medio artístico que más popularidad ha conquistado al nombre de Rusiñol. Es cierto que sus telas le han conseguido altas recompensas en las exposiciones internacio-

(Continúa en la pág. 68)



Jardín valenciano de Monfort



Jardín de Aranjuez


CUADRO DE GUSTAVO SURAND

"Los elefantes de Amílcar"

Salambó

Por LUIS BERTRAND

CUANDO Flaubert anunció su intención de "resucitar" a Cartago, encontró consejeros que querían disuadirlo de su proyecto. Él mismo había repetido mil veces que era necesario "estar absolutamente loco para emprender semejante antigüedad", estaba contento de creer en sus mismas palabras, diciendo que su novela *Salambó* era una simple fantasía de "dilettante".

En voz baja se le buscaron los embrollos más injustos.

No veían en *Salambó* más que una novela arqueológica como "Le Jeune Anacharsis" del abad Barthélemy.

Se le combatió en nombre de la verdad local más importante que su tratado de cosas antiguas de una simple reconstrucción histórica.

Flaubert no era ni un benedictino ni un miembro de la Academia de Inscripciones.

Quiso, ante todo, escribir una obra de imaginación, donde el sentido del pasado se combinara con el sentido general de la vida.

Desde aquí hay que partir para juzgarlo.

En medio de tantas invenciones donde el valor estético o moral es de todos los tiempos y de todos los países, ¿qué le resta a *Salambó* de estrictamente africano o cartaginés?

Creo que la respuesta no es bien difícil y que vale la pena leerlo a Flaubert sin otro interés que el de comprenderlo.

Desde luego, vió netamente que en el vasto imperio del África del Norte, sumiso a la dominación púnica, la cuestión de razas dominaba todo.

A través de la uniformidad de los textos latinos y griegos se distinguen en Cartago elementos étnicos de todas procedencias, que no se extinguen nunca y cuyos choques explican la mayor parte de sus revueltas y guerras.

De un lado los ricos, los patricios de origen fenicio, avaros y tristes; del otro, como hoy día aún, en las grandes ciudades marítimas, todo un pueblo mezclado, donde el historiador encuentra la sangre de los antiguos y misteriosos Bechères, raza autóctona que, se sabe, ocupó el país antes que los fenicios.

Luego, atravesando todo este mundo sin confundirse con ellos, los nómades de regiones pastorales o desiertas que vinieron de la Lilye o del país de Gétules, los eternos enemigos del agricultor y del habitante de los pueblos. En fin, la plebe confusa y caótica de los esclavos en que el negro poblaba la campaña y donde el íbero encuentra al griego del Asia.

Esta variedad de pueblos entraña variedad de costumbres y de colorido.

De ahí viene todo lo de rudo y grosero del pintoresco africano.

Cuando los Goncourt reprochaban a Flaubert lo que ellos llamaban su "grueso Oriente", no veían más que estas discordancias, y sus crudezas son simbólicas y propias de la naturaleza misma del país.

Que Flaubert tiene un gusto inmoderado por la violencia y por cierta salvajería de costumbres, es necesario reconocerlo. Pero, en su género, esas crudezas y esas violencias son necesarias a su dibujo o bosquejo. No es en *Salambó* esto más que un colmo exagerado de verdad.

Viviendo al margen de cierta sociedad instable y confusa, era, sin embargo, Cartago un verdadero pueblo de mercaderes venidos de todas partes del mundo antiguo. Esta es la locura brutal que llena con su tumulto las páginas de *Salambó*. Flaubert no la representó a la manera de Zoa en su simplicidad de elemento desencadenado.

Ensayó desenredar los caracteres particulares correspondientes a las diversas razas.

Cada una conserva los hábitos y hasta las modas de su país. Los griegos no accionan como los galos.

La crudeza bestial del ligur o del hombre de Baleares, excitan el horror de los otros pueblos.

Pero, donde hay que aplaudirlo y felicitarlo a Flaubert es en la intuición clara de las grandes corrientes étnicas del antiguo mundo occidental.

Siempre los hombres del Norte y asimismo los de países mediterráneos, respiraron voluptuosamente el aire de África. Hoy mismo, todavía, los descendientes de Zarzas y de Antharite, los mahoneses, los catalanes, los provenzales, los españoles de Valencia y de Alicante se precipitan hacia el África con el mismo afán de conquista...

Así, las locuras viven en *Salambó* con un decorado espléndido.

Flaubert no olvidó por eso (como lo admiten fácilmente) las almas individuales. Lo confesó él mismo, y es necesario notarlo cuidadosamente: lo que más lo atormentó en esta supuesta novela arqueológica es su psicología.

Es fácil, sin duda alguna, contestar una exactitud histórica — para los textos no faltan datos sobre Amílcar ni sobre Mâtho — pero, atendiendo a las indicaciones históricas, no se llega a hacer actuar a los personajes como ellos lo hicieron, verdaderamente, y como los hace actuar Flaubert. ¿Puede pedirse más a un novelista?

Estas son las hipótesis más admisibles que aquellas que nos proporcionan diariamente de tal época obscura, y de la cual no queda ni un texto positivo.

En resumen: Flaubert deseaba hacer una "Cartago" posible, y podemos afirmar, serena y osadamente, que la hizo.

Miércoles de ceniza en Humahuaca

(Continuación de la pág. 12)

cón en rincón, quema, arde y se apaga.

El dueño de una de las casas acohetadas se disgusta, sale a la calle, pasa un peatón siguiendo la farándula, y, ¡zas!, una trompada en pleno rostro, sin más trámites. Inútil protestar, lamentarse; la equivocación ha sido contundente, imposibe retirarla.

El de los cohetillos, el viejo Dalmacio, sigue encendiendo pólvora por aquí, por allá, asustando a todos; se divierte, contemplando los gestos de terror o de fastidio.

La alegría cada vez brilla más en los ojos, suelta la lengua, aguza el ingenio.

Se ha señalado la casa que los recibirá. Ahora con la bolsa reventando en su grotesca hinchazón, parece encerrar un erizo con los pinchos listos al ataque.

Son los pinchos los picos de las botellas, por donde se atacará nuestra apática tristeza, transformándola por el miércoles de ceniza en una sonora carcajada.

La romaza es sacada de las plantas por kilos. Los varones, mientras las hijas, madres y hasta abuelas bailan o charlan, se llegan sigilosamente, y tomando por el escote del vestido, rozan sus manos el cuello, descargando un puñado repleto del verde vegetal. Este divertido juego tiene instantes de emoción para los que, sin querer, descubren, al levantar la tela de un escote, los encantos de un busto color mate, suave en el roce fugaz a los dedos indiscretos y atolondrados del inadvertido jugador.

Se oye la chilena que ejecutan dos guitarras, un charango, la caja, las quenas, y que acompañan cantando.

El bastonero ordena, alzando la varita de mano: "¡A bailar!" Elige parejas, y comienza el significativo canto de un bailecito, cuyo estribillo es como sigue:

Virgen del Rosario
favoréceme;
que me lleva el diablo,
yo no se por que.

— ¡Otro bailecito, el segundo! — vocea el bastonero atronador.

Se fué mi negra,
yo también me iré.
¡Ay!, mi palomita
dónde la hallaré.
¿Qué haré?,
¿Con quién me consolaré?

Los mozos, haciendo alarde de sus mejores zapateos y posturas más arrogantes, mueven las piernas al compás del bailecito, dibujando arabescos en el aire sus continuos movimientos. Las mozas levantan graciosas sus pañuelitos, y el aleteo imperceptible, acariciador, juega en el aire y rumorea los arrullos de paloma que su dueña no se atreve a declarar ni con sus ojos, que apaga bajando los párpados o mirando lejos, en éxtasis de ensueños y delirios.

Vuelven éstos a sus lugares. Entretanto, otros arrancan en un gato malicioso lleno de sutileza. Sus brazos como alas de pájaros extendidas, sus cuerpos cimbreantes.

Arbolito, arbolito
de verdes hojas,
¡qué bonita te pones, mi vida,
cuando te enojas.

Y es de ver el derroche de las posiciones en el zapateo, demostrando a su sorprendida pareja y a los "mosqueteros" sus habilidades de bailador criollo. Mientras bailaban, una estridente palabra anunció el bastonero: ¡Zuncho! Cesó la música, apareciendo la criada entre la concurrencia con una bandeja llena de copas con chicha, aloja, cerveza o singani. Pronto son apuradas, porque hay sed y hay alegría.

Y el baile sigue, en la jarana del danzar y del reír.

Unos queneros bolivianos entonan un

(Continúa en la pág. 27)

La aventura de Marta

Por

ANIBAL RAVAGNAN



"...Se acurrucó a sus pies..."



OMO todas las noches, a las doce, llegó a su casa el doctor Montóraz. Hasta que transpuso el dintel de la puerta de un pequeño aposento, siguió sus pasos, casi sin hacer ruido, una vieja criada. Permaneció silenciosa, mirando con ojos entristecidos el semblante pálido del recién llegado, y, en esa actitud, esperó a que éste se despojara del abrigo.

Osvaldo Montóraz poco después se dejó caer en un sillón de cuero, cerca de la estufa, cuyos carbones ígneos se agitaban dejando escapar un penacho de fuego que hacía en el aire tibio el simulacro de una fuga vertiginosa, inundando de luz rojiza los anaqueles de la biblioteca y el sillón donde se había sentado el médico. Su silueta se dibujaba como una gran sombra, abarcando casi toda la pared posterior. El resto del gabinete se esfumaba en una penumbra violácea que se hacía muy sutil cerca de la ventana al recibir el tímido reflejo de la claridad lunar que lamía los cristales empañados por el hálito glacial.

La criada, con ademanes suaves, cerró los postigos de la ventana y corrió la cortina de felpa azul, alejándose segundos después, con pasos muy cortos, como para no interrumpir el éxtasis de su amo. Caído sobre el brazo, llevaba el abrigo y el bastón.

Antes de desaparecer, volvió la cara, y al recibir el resplandor de las brasas, sus ojillos grises parecían hundirse en las cuencas ensombrecidas, llevándose el dolor que envolvía el espíritu del que muchos años atrás cargara en sus brazos antes de dejarlo dormido sobre la cuna. Se detuvo, y ahogando un consuelo que no se atrevió a ejecutar, desapareció.

La noche iba pasando, y cuando los carbones, ya casi fríos, se deshacían, haciendo un ruido muy débil en los hierros de la hornalla, Osvaldo también había consumido el fuego que abrasaba su corazón, y un letargo profundo separaba su mente de la realidad. Sus brazos caían perpendiculares al suelo, y su cabeza, por la cual había pasado la farándula de crueles visiones, se inclinaba sobre su hombro, ocultando el gesto doloroso de su cara demacrada.

Nada se oía en torno, sólo de cuando en cuando la respiración del joven se hacía jadeante, como si de nuevo volviese a desfilar por su imaginación algún tropel rezagado de pesares que quisiera ponerle sitio para impedir la entrada a una remota esperanza que desbaratara la fiesta del tormento de esas efigies inverosímiles.

Junto con las primeras luces del alba, se detuvo frente a la puerta de aquella casa un automóvil. La portezuela se abrió y bajó apresurada una persona. El coche, aun con el motor en marcha, esperó, y los ancianos que en él iban, asomando la cabeza por la ventanilla, hablaron al chofer.

La puerta de la casa volvió a cerrarse.

Breves segundos transcurrieron desde la llegada del automóvil hasta que la persona que bajó de él entró al gabinete de Osvaldo. Al aparecer delante de la cortina que cubría la puerta, se perfiló en la media luz una figura de mujer. Era hermosa, y su cuerpo lo cubría un tapado grisáceo, de piel. Con pasos suaves se acercó al sillón, y, al hacerlo, sus ojos negros brillaban emocionados. A través del velo turbio de las lágrimas contempló el rostro de Osvaldo. Su mano fría, cubierta de sortijas, se posó sobre la frente de su esposo, y acomodó, cariñosa, una guedeja que ocultaba sus ojos. Después se despojó del abrigo de piel y lo fué dejando caer lentamente, evitando que su peso lo despertara. En seguida se acurrucó a sus pies, aprisionando entre las suyas una mano de Osvaldo. Con ademanes tímidos fué acercando su boca pequeñita, y sobre ella puso sus labios de filigrana, besándola con un enternecimiento que hacía estremecer su corazoncito arrepentido.

Al contacto de aquella silenciosa caricia, abrió los ojos el esposo de Marta, y con torpe entendimiento fijó en ella la mirada indecisa, creyéndose alucinado por la constante evocación de esa carita cuyas pupilas negras parpadeaban tremolando un lacrimeo que se deslizaba por la anhelante expresión de su fisonomía, sobre la que su alma ponía la duda de un dolor más amargo o la victoria de una rebelión de esperanzas. Pero al oír su voz, que era más armoniosa que la melodía de los ángeles, musitando el perdón de una culpa que había sacrificado la dicha de ese nido, Osvaldo sintió que a su espíritu lo envolvía un torbellino que lo arrastraba hacia una inefable felicidad, y extendió los brazos, apoderándose de la cabecita de Marta, que estrechó contra su pecho, al mismo tiempo que aquellos ojos, sublimemente bellos, lo contemplaban en un éxtasis triunfante, que recibía el cálido fulgor de un amor inmortal.

Arrullándose con el eco de múltiples frases tiernas, sus sentidos se sugestionaban, creyendo percibir en esa armonía el hechizo poético de algún madrigal. Y así fué cómo llegaron hasta la ventana. Las manitas blancas de Marta se agitaron en el aire, descorriendo el cortinaje de felpa azul. Abrió, y, al asomarse, en su cara risueña se pintó vagamente una inquietud. El automóvil ya no estaba. Y, abstraída, pensó que aquella distancia era el abismo definitivo que la separaba de sus padres. Algo nerviosa, trató de disipar el gesto que ensombrecía su alegría, y considerándose conquistada por Osvaldo, se rió de aquel deseo vehe-

(Continúa en la pág. 70)

Dostoiewsky

(Continuación de la pág. 16)

de una vieja usurera, y se dice: "Un hombre de inteligencia, con la fortuna de esta mujer, llegaría muy alto. ¿Qué hace falta para eso? Suprimir a esta vieja inútil, perjudicial más bien a la sociedad."

Es una teoría, una hipótesis como otra cualquiera. Al formularla, el estudiante ruso no se propone nada abominable ni admirable. Luego, obsesionado por la idea del buen empleo que un ser inteligente podría hacer de tales riquezas, se cree señalado para obtenerla.

Abreviando: Raskolnikoff, sin ser otra cosa que un soñador imprudente, comete el crimen.

Desde ese instante es un desgraciado portador de un recuerdo atroz, verdadero suplicio de todas sus horas.

¿Ha obtenido ventajas? Ninguna. Todo su poder residía en su espíritu, ocupado ahora en buscar subterfugios para escapar a la justicia.

La lucha, ingeniosa y ardiente, contra el juez de instrucción, que todo lo adivinó y carece de una prueba solamente para establecer la culpabilidad del estudiante, es acaso la parte más emocionante del libro.

Ambos adversarios son fuertes. El juez tiene la ventaja de la verdad, mientras el criminal está aguijado por el deseo de salvar el resto de su vida.

Raskolnikoff ama a Sonia, muchacha fácil que cayó acosada por el hambre.

Su alma alberga nobles sentimientos, pese a la vida que lleva, tal vez gracias a ella. Advierte la tortura de Raskolnikoff y, sin expresarle dudas, sufre. No obtiene confidencia alguna; pero su intuición de mujer cariñosa le hace exclamar:

—Hay que sufrir..., sufrir juntos... Orar... y expiar... ¡Vamos a la cárcel!

Como Dostoiewsky, Sonia cree en la virtud redentora del sufrimiento.

Raskolnikoff cae de rodillas al oír tales palabras, para decirle:

—No es ante ti que me prosterno. Me inclino ante el sufrimiento de la humanidad entera.

Desde el momento en que acepta su redención por el sufrimiento, está salvado. Se presenta al juez y confiesa su crimen. Lo destierran. Sonia le enseña el gran arte de la oración. Parten juntos a Siberia para purgar en común el crimen de Raskolnikoff.

Incomparable belleza encierra todo esto: belleza de forma, de sentimientos, de pinturas, de grandes ideas.

Toda la obra de Dostoiewsky está animada de máximas cristianas, como el "Sermón de la Montaña", último apostolado de Tolstoi. Pero así como éste trazó reglas de vida imposibles de seguir, Dostoiewsky forja una espantosa idea de la vida, cuya mayor intensidad destácase en "Crimen y castigo".

Alguien ha declarado malsano a este libro del gran ruso, y Vogüé añade que, al aparecer impreso, "se enfermó Rusia entera", y se produjeron casos semejantes al del estudiante.

Pero no olvidemos que Rusia ha estado siempre enferma. Es injusto culpar a esta obra de influencia alguna sobre crímenes acusados por la estadística policial.

No fué esa la idea del autor al escribir el vigoroso relato cuya tendencia moral se inclina a mostrar que, una vez cometida la culpa, puede redimirse por el sufrimiento.

Dostoiewsky no es sólo moralista. Sincero patriota ruso, prevé y anuncia un magnífico futuro a su pueblo cuando escribe:

"La nueva Rusia tiene conciencia de su suerte. Vive y palpita en el corazón, en las aspiraciones de todos los rusos.

"Comprende cómo se hará la fusión de todos los elementos. Sabe la educación conveniente a su genio natural... Ha demostrado ya que una moralidad nueva germina en su suelo.

"Cada día se aclaran sus ideales. Sabe que está en el comienzo, y produce mucho en el mundo de las ideas. No ignora estar guiada por la tutela europea, y sabe que avanza por un camino nuevo e inmensamente largo..."

(Continúa en la pág. 28)

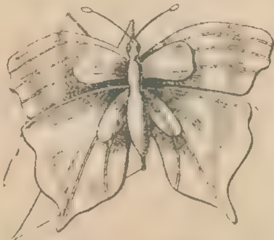
El antepasado del aeroplano

LOS tarentinos y los chinos se disputan la invención de la cometa. Si hemos de creer a un curioso tratado histórico de la China, llamado "Tching-Tchai-Tsa-Ki", la primera aplicación de la cometa a un objeto útil se debe a un general llamado Han-Sin, que 206 antes de Jesucristo estableció por cometas comunicaciones con una ciudad sitiada. Otros historiadores atribuyen el invento a Arquita de Tarento, sabio amigo de Platón, que vivió del 490 al 348 antes de Jesucristo. Si esto es cierto, tendría éste la prioridad de la invención sobre el estratégico chino.



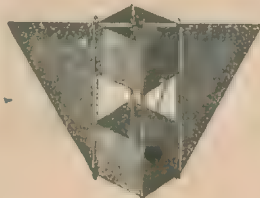
Cometa japonesa

Pasan después algunos siglos sin hablarse de la cometa, hasta los tiempos de Leonardo de Vinci, en que éste hizo algunos experimentos con ellas. Posteriormente, en 1609, Fausto Veranzio, estudiando las cometas inventó los paracaídas; pero la efeméride gloriosa de este sencillo artefacto pertenece a la segunda mitad del siglo XVIII, en que se ve ligado el barrilete con uno de los mayores descubrimientos científicos modernos: la identidad del rayo con la chispa eléctrica. Porque, si bien es cierto que su empleo con propósitos científicos fué preconizado en 1748 por el doctor Wilson, de Edimburgo, la aplicación práctica debía hacerla algunos años después Benjamín Franklin.



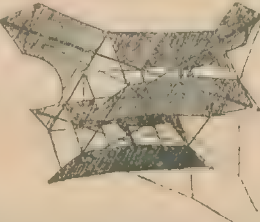
Mariposa japonesa

El 10 de mayo de 1752, dos sabios franceses, Dolibart y Delor, habían comprobado experimentalmente que la chispa eléctrica de la máquina era la misma cosa que la del rayo. Franklin, participando de esta opinión, quiso comprobarla sin dejar ninguna duda, y para ello se sirvió de una cometa con que exploró nubes tempestuosas.



Cometa celular con aletas, inventada por el australiano Hargrave

La cometa de Franklin no podía ser más sencilla. Dos varillas cruzadas, cubiertas de seda, y una aguda punta metálica en comunicación con un largo hilo de cáñamo, empalmado con un cordón de seda. Habiendo aproximado a la cuerda una llave, saltó inmediatamente una chispa eléctrica, y el experimentador sufrió una violenta conmoción.



Barrilete usado en Inglaterra para elevar personas

Entre los chinos la cometa es un pasatiempo nacional, dedicándose a él con entusiasmo hombres y mujeres. Desde Pekín hasta la aldea más pequeña, desde Tientsin y Shanghai a Corea y en las floridas islas del Japón, el viajero que observe el cielo a ciertas horas del día, quedará sorprendido al ver tantas, tan multiformes y multicolores cometas. Mariposas, dragones inmensos y monstruosos, imágenes, deidades budísticas, pájaros, hombres, mujeres y animales fantásticos se balancean al soplo de la brisa.

El uso milenario de estos juguetes ha dado a sus constructores una pericia extraordinaria. Con delgadísimas varillas de bambú, con pequeños pedacitos de madera, bien elegidos, atándolos y combinándolos bien, y cubriéndolos con ese papel fino y resistente que es especialidad de aquel país, consiguen crear maravillas de ligereza y solidez.

Entre los variadísimos tipos de barriletes japoneses, los hay tan curiosos como los musicales y los de figuras movibles. Los primeros tienen una disposición especial que los hace vibrar con el viento, emitiendo unos sonidos plañideros de variadas tonalidades. Estos aparatos se emplean más bien con propósitos religiosos, para preservar a alguien de una desgracia, para conjurar un peligro, para alejar una tormenta, para ahuyentar a los espíritus malignos, etcétera. Para eso pintan un sol en el centro de la tela, y en medio del disco y en contorno escriben el voto que desean elevar al cielo.

En los barriletes de figuras movibles se llega a los más fantásticos resultados. Colocando diestramente unos pedazos de papel o de tela, que el viento mueve, se ven monstruos que abren y cierran la boca, que mueven los ojos feroces, que agitan alas descomunales, o se entregan a bailes extravagantes.

Las cometas luminosas son otra variedad notable. Cada una lleva en la cola una linterna coloreada, y produce un efecto mágico la vista de estas luminarias.

En 1884 el sabio australiano Lorenzo Hargrave hizo un descubrimiento de importantísimos resultados. Substituyó a la forma monoplana de la cometa antigua, la forma celular, fundándose en la ley establecida por Samuel Longley, que sirvió de punto de partida a los constructores de los modernos aparatos de aviación.



Aplicación del barrilete a la pesca

"En aparato volante — dice — pueden suponerse planos diferentes sin que el aparato pierda su fuerza de sustentación en el aire, siempre que las distancias entre los planos sobrepuestos sean proporcionales a la máxima velocidad del aparato."

Así surgió la cometa en figura de caja, que posee las cualidades de estabilidad y equilibrio indispensables para elevar hombres, y aparatos fotográficos y de observación meteorológica.

Cuando aun apenas se hablaba de la aviación, ya el capitán Dausset en 1804 ensayaba el procedimiento de elevar personas en barriletes. El aparato medía nueve pies de altura, y estaba cubierto por tela de Holanda; su superficie era de cinco metros cuadrados, y pesaba cuatro kilogramos y medio, sin

(Continúa en la pág. 73)

La caricatura en el extranjero



LAMENTABLE ERROR

—¡Usted perdone, señor ladrón; creí que era usted mi marido!...

(DE "BUEN HUMOR", MADRID)



PREVENIDO

—*El chico.* — Qué te parece, abuelita, si me compraras el regalo para mi cumpleaños, adelantado... Tú sabes... hay tantos accidentes de tráfico hoy en día...

(DE "LONDON OPINIÓN", LONDRES)



DIFERENCIA

La madre. — Me está pareciendo que eres una chica muy vanidosa. Siempre te estás mirando en el espejo.

La chica. — Es que tienes una ventaja sobre mí, y es que puedes verme sin mirar en el espejo...

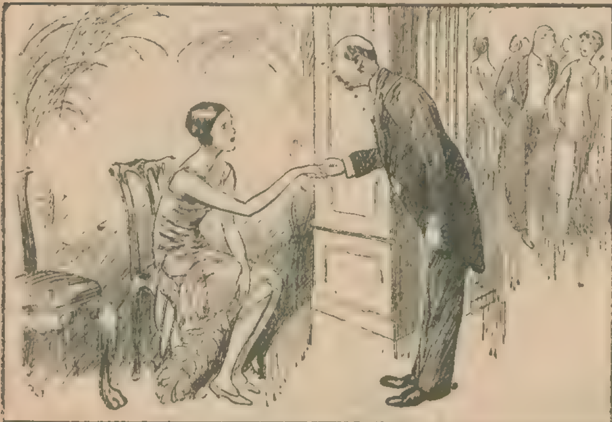
(DE "LONDON OPINIÓN", LONDRES)



INCONVENIENTE

—¡Por Dios, Juan, no te ahogues! ¡Que no tengo un mal traje negro que ponerme!

(DE "BUEN HUMOR", MADRID)



UN PAPEL MUY AIROSO

Ella. — ¿Que si me acuerdo de usted?... Ya lo creo. ¿No me fué usted presentado en aquella horrible fiesta de los Smith?

Él. — Posiblemente sea así, señorita; yo soy el señor Smith.

(DE "LONDON OPINION", LONDRES)



LOS NUEVOS RICOS

La visita. — ¡Qué linda chimenea y qué antigua!

El nuevo rico. — Sí, siempre me ha parecido que está un poco fuera de moda, y he resuelto cambiarla este mismo verano...

(DE "PUNCH", LONDRES)



ACCIDENTE INCOMPLETO

—Querido: mi madre ha sido atropellada por un carro, y del susto está medio muerta.

—Siempre te lo dije: esa vieja no sabe hacer las cosas más que a medias.

(DE "GAIETY", LONDRES)



ESPECIALIDAD PROFESIONAL

—Qué lujosa peluquería, ¿verdad? El dueño posee un yate.

—Sí, como es especialista en ondas permanentes...

(DE "GAIETY", LONDRES)

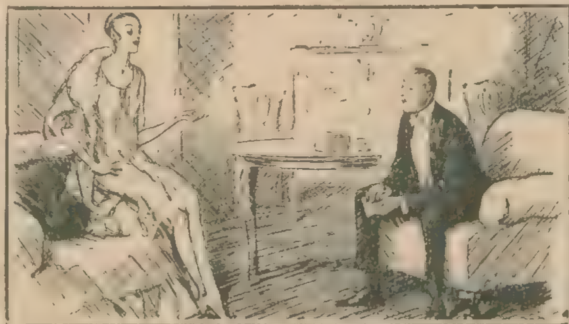


ENTRE RECIÉN CASADOS

Él. — Bueno, esta es la última pelea..., ahora me voy para siempre...

Ella. — Imposible, querido; te quemé el pantalón.

(DE "LONDON OPINION", LONDRES)



MUJERES MODERNAS

Ella. — Esta noche salgo con un amigo. Iré a cenar y, después, al baile. ¿Qué piensas hacer tú?

Él. — Dentro de diez minutos tengo que salir para ir a jugar al póker en el club.

Ella. — Bueno, justo; nos queda bastante tiempo para fumar un cigarrillo y conversar un rato..., siempre que no te parezca eso demasiado anticuado entre esposos.

(DE "PUNCH", LONDRES)



DIFERENCIA

El pad[illegible]ndo informes sobre su hijo. — ¿[illegible] que mi hijo d[illegible]erme y desayuna [illegible]?

La dueña de la pen[illegible]. — No, señor; por lo común se desayuna y duerme.

(DE "PUNCH", [illegible])



SERENIDAD DE ESPÍRITU

—¡Hola! ¿Hablo con la ferretería? Bueno, ¿se acuerda de ese aparato que me vendió el otro día, para extinguir incendios?... Bueno, no me acuerdo de las instrucciones. ¿Quiere mandarme oportunamente a alguien que me enseñe de nuevo su manejo?

(DE "GAIETY", LONDRES)

Miércoles de ceniza en Humahuaca

(Continuación de la pág. 22)

triste con sus quenas, y son realmente conmovedores y tristes sus cantos. Por un momento cesa la risa, y un gesto se ha estereotipado en mi cara, ellos con sus lamentos prolongados, como un filo estilete introdujeron en mi risa mascaril un llamado, un alerta, y volvió la tristeza de mis días opacos, de mis amores sin hallar cariños, de mi poca fuerza para alcanzar audacias de mi fantasía.

Y en quichua cantan:

Cay soncko, ckanllas yachanqui
Soncko, sonckoipa cackta
Soncko, sonckoi quihuanckta
Cay soncko musppachilmaita. *

¡Qué música extraña tiene tus quenas, quenero!

No suenes hoy los tristes de tus cantares, deja que siga el carnaval alegre haciendo con sus ritos y sus juegos, reír un poco a esta mascarada. No sea que después de tanta risa salgamos "llorando a carcajadas".

* *Sólo tú sabes que este corazón*
Es tu corazón.
Mi corazón estando con el tuyo
Sólo sabe hacerme soñar.

La mina de plata

(Continuación de la pág. 13)

—Veia, patrón... En el Alto'e los Molles, como media legua'e la Cañada Panda, derecho al poniente, hay tres piedras blancas y retaconas, ansina como ovejas... La piedra'el poniente es overita por el lao de abajo... Ahi, bien projundo, hay enterrao...

Se detuvo, fatigado.

—Hay enterrao un montonazo'e plata en barras, del tiempo'e los indios, patrón...

Hizo un movimiento en el catre, dejó caer la cabeza sobre la almohada, y expiró, mientras Moiso se ponía de rodillas y comenzaba una oración.

Al día siguiente, temprano, los peones envolvieron el cuerpo del viejo en las colchas del catre, cargáronle en un carro y lo cubrieron de pasto recién cortado, para emprender el viaje a la ciudad. En San Roque, antes de pasar el río, colocaron el cadáver en el cajón que acababa de clavar el carpintero, y, bajo el bochorno del sol, el carro fúnebre continuó la marcha escoltado por los cincuenta o sesenta jinetes que iban evocando las veladas en la cocina de la estancia, refrescando en la memoria los cuentos fabulosos del viejo, y afirmándose más y más que don Romualdo había sabido mentir con ciencia.

—Al único que nunca metió en el pial, jué al patrón —dijo Moiso.

—Porteño tenía que ser, pa no creer ni en las luces malas —afirmó el capataz.

Después de seis horas de marcha llegaron a la ciudad. En el cementerio, el cementerio de los pobres, la operación fué sencilla y rápida. Mientras algunos hombres, ebrios ya por las libaciones hechas en el camino, decían irreverencias de la muerte y se reían como estúpidos, los terrones golpeaban sordamente en las mal unidas tablas de álamo de la caja, y parecían decir con humildad: "Ya murió, ya murió."

En los primeros días de la semana siguiente, Ramón se decidió a hacer una exploración al Alto de los Molles. Salió al campo con Moiso y el capataz, y dió, sin dificultad, con las tres piedras que le había indicado don Romualdo.

Al mover la piedra del poniente, quedó a la vista la base manchada de color ladrillo.

Ramón golpeó el suelo con el taco de la bota, explorando la superficie, en la creencia de que algún sonido hueco denunciaría el sitio preciso en que debían cavar.

—Don Romualdo dijo que el tesoro estaba muy projundo —indicó Moiso.

El capataz tomó un pico y empezó a romper la tierra, mientras el muchacho sacaba los terrones removidos.

—El finao dijo que el tesoro estaba

enterrao muy projundo — advertía Moiso a cada instante. — Hay que cavar más, patrón. Acuérdese de lo que dijo el finao.

E, incansable, se alternaba con el capataz en el manejo del pico.

Las primeras sombras de la noche los sorprendieron en la tarea a que estaban entregados. La profundidad del pozo alcanzaba ya a esconder a Moiso, sin que se hubiera hallado indicio alguno de las barras de plata.

Al salir el sol del siguiente día, estaba Ramón en el Alto de los Molles. El trabajo fué infructuoso. Ramón empezó a dudar de las palabras del viejo. Acaso don Romualdo divagara en el momento de la agonía. Era imposible que el tesoro estuviera a tanta profundidad.

Por la noche, el andalúz Rodríguez sonreíase maliciosamente en la cocina al oír comentar el resultado negativo de la búsqueda.

— Puz, yo no creo ni una miaja en er cuento der tezoro — decía. — Er finao prometió siempre que arguna vez el patrón le creería arguna mentira. ¿Por qué no sería la úrtima la que se le metiera en el celebro ar patrón?

— En la agonía nadie se pone a hacer chistes, por pícaro que sea — afirmó el capataz. — Pa mí, ni duda que tengo de que don Romualdo ha dicho la verdad. Sería cosa'e piños perder esa fortuna por no tener un poco más de trabajo.

Ramón no pudo convencerles a Moiso y al capataz de que estaban sufriendo las consecuencias de la última mentira del viejo, y vióse precisado a darles permiso para que continuaran hasta el sábado la búsqueda del tesoro.

Transcurrieron dos días sin que ocurrieran novedades.

Moiso y el capataz eran las víctimas en la cocina. La peonada les hacía blancos de sus traviesas pullas.

— Che, Moiso — decíale uno al muchacho. — A ver si me tomás de capataz de la estancia que vas a comprar con la plata'e los indios.

— No te olvidés que me tenís que regalar un güen caballo—agregaba otro, — porqui mi malacara no sirve ya pa dir al pueblo.

A media tarde del sábado, cuando el calor amodorraba a Ramón en la hamaca de mimbre, un galope precipitado le hizo despertar.

Moiso entró en el patio. Prestamente saltó del petiso al suelo.

— ¡Patrón, patrón! — gritó.

— ¿Hallaron las barras de plata?

— ¡Agua, patrón, agua!

— ¿Agua? — preguntó Ramón, sorprendido, poniéndose de pie.

— ¡Agua a ocho metros, apenas, patrón!... El finao le echó una mentira, pa que usté no pudiera dicir que nunca le había creido, y...

— Y nos hizo encontrar la mina de plata de la pampa. ¿Sabes lo que vale eso para nosotros, Moiso?

— ¡Agua, patrón, agua! — volvió a exclamar el muchacho, sin contener su júbilo.

Y Ramón, desde el interior de su ser, agradeció al más grande embustero nacido de vientre de mujer la mentira que le dijo en la hora de la agonía.

Dostoiewsky

(Continuación de la pág. 24)

No podía presentir Dostoiewsky adónde conduciría el interminable camino, ni menos adivinar el actual estado de Rusia, cuando agregaba:

"Creo que la nación rusa es un fenómeno extraordinario en la historia de la humanidad.

"El carácter de los rusos difiere tanto de las otras naciones europeas, que nuestros vecinos están en la imposibilidad de comprendernos..."

¡Pobres naciones europeas! Dostoiewsky las compadece, mientras yo las felicito si su incomprensión del alma rusa las dispensa de imitar a esa nación para llegar al infortunado estado en que se encuentra hoy.

Circunstancias de toda especie en nuestros días facilitan el contacto con todas las naciones. A ninguno de nosotros gustaría encerrarnos en nuestro país. Pero guardemos como natural defensa nuestro buen sentido común.

Él nos preservará de sucumbir, víctimas de extrañas infecciones.

El guardarropa de una mujer elegante o la letanía de los trajes

Por BIJOU

EN el suntuoso armario con regias aplicaciones de marqueterie y bronce se encuentran alineados los trajes de la estación, semejando, colgados en esa forma, visiones fantasmagóricas. Están inmóviles, con la tristeza indecible de un cuerpo sin alma,



Sigue imperando la tendencia de los trajes con vuelo disimulado. Este modelo lleva tablas encontradas y botones de fantasía en el canesú

esos trajes sin cuerpo que anhelan la exhibición de sus cintas y cortes impecables remarcados por adornos y colores donde se hermanan los más diversos y originales gustos.

La puerta del armario se abre de pronto, y una irradiación de luz acaricia los trajes.

En el marco luminoso aparece la figura de la mucama que viene a buscar la toilette del día y del momento.

Ansiosas palpitaciones agitan a las asiladas. ¿Cuál será la elegida? ¿Cuál de todas saldrá del retiro obscuro a conocer la satisfacción de una vanidad siempre renovada al comparecer en ese día, desplegando toda su gracia ondulante sobre la silueta esbelta y gentil? Todas quisieran ser elegidas, admiradas, recordadas.

Los trajes se agitan airosamente en sus perchas, ostentando con sus movimientos su belleza y donaire particular.

La mucama ignora ese drama secreto que se desarrolla a su alrededor; además tiene órdenes estrictas que cumplir.

"L'ensemble" fué el favorecido; el gentil tapadito de kasha natural, que es descolgado juntamente con el vaporoso traje de crêpe de Chine. Lleva inflado en sus godets un orgullo imposible de suponer; acompañaron a su dueña en una íntima cena. El traje, de un color blanco ópalo, luce con gran soltura pequeños godets divididos por franjas derechas.

La puerta del armario se ha vuelto a cerrar; una obscuridad desalentadora llena de amargos desengaños, y la rebeldía anima a los desairados; y si un oído sutil escuchara la voz de las cosas, atendería la letanía en que cada uno afirma poseer cualidades excepcionales, méritos indiscutibles.

—Yo soy el "sweater", el encanto de la mujer elegante, y me he impuesto por mi sencillez y discreción; mi falda tableada le da ese aire sin arte, al parecer, pero cautivador para aquellos que saben mirar, aprecian la línea impecable de mi corte, la originalidad de los pespuntes y la simpleza del corbatín. Comprenderán que es necesario ciencia para realzar con ese rebuscamiento mi mentida sencillez.

—Yo soy el "pyjama", el traje íntimo, tierno, del "far niente", de la taza de te, del cigarrillo perfumado, del buen libro; y soy también, en el calor del hogar, el que espera al ser deseado.

—Yo soy el traje de las cinco...; es sobre mí en quien la modista despliega toda la elegancia permitida a un traje de tarde; se me ve en los "dancings", en las carreras y exposiciones, en toda mi minucia perfecta; la caída "souple" del crêpe georgette favorece el movimiento ondulante que le da la amplitud de los frunces hábilmente dispuestos, por delante y por detrás; con mi ingenio color rosa lleno la misión de ser particularmente desagradable a las amigas de la que me lleva; y si las miradas pudiesen hacer daño, ya estaría hecho jirones.

—Yo soy el traje de sport con bordados "moscovitas" en tonos vivos, rústicos y francos; conservo aún en mi falda plegada el viento que acaricia el césped de la cancha de golf. Soy libre, cómodo, amo los movimientos amplios, el aire fuerte, la brisa del río, los golpes de raqueta...

—Yo soy el traje del momento, de múltiples colores. No podría asegurar si mi reinado será efímero; el cubismo puso en mí su sello original y soy fantástico. Me aman y me codician; siento la satisfacción del éxito.

—Yo soy el traje de verano, de encaje frágil, cuya blancura cándida de nieve hermana con la muselina de los comulgantes. Yo evoco con mis dibujos los jardines y las flores más exóticas; soy el símbolo del calor.

—Yo soy el traje "tailleur", buen muchacho, sobrio y franco, cuya simpleza no está en concordancia con la



Tapado de playa en kasha color ocre con adornos de "lafin" del mismo tono

vida actual; por eso que salgo únicamente en las mañanas frescas o nubladas. Completa mi atavío el clásico blusón, y la flor en el ojal.

Tímidamente, como un niño que desea ser admirado, se yergue el "mallot" de fina seda color verde, adornado con motivos más obscuros:

(Continúa en la pág. 67)

Actualidades gráficas

Nuestro gran mundo



Señorita Josefina Díaz Vélez y Escalada

La llegada a Montevideo



El "Plus Ultra" se acerca a Montevideo escoltado por un aparato del Centro de Aviación



El glorioso hidroavión en el preciso momento de acuatizar en aguas del Plata

(Únicas fotografías que han sido tomadas desde un aeroplano, especialmente para "El Hogar" por nuestro repórter gráfico señor Adami)



La primera fotografía del héroe, obtenida por nuestro corresponsal a bordo del crucero Montevideo, minutos después del acuatizaje. Junto a Franco el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Blanco, y el ministro plenipotenciario de España



Los autos de la Casa de Galicia esperando a Franco. Uno de ellos fué el que lo condujo al Parque Hotel



El público en la dársena, esperando impacientemente el arribo del "Plus Ultra"

¡Franco!...



El héroe

Nuestro repórter gráfico, señor Manuel A. Louzán, en el instante de dirigirse el glorioso aviador desde el puerto a la Casa Rosada, gritóle con toda la fuerza de sus pulmones: "¡Franco!" El aludido volvióse, sonriendo, al llamado, y a dos metros escasos de distancia le fué tomado este excelente retrato, en el que puede apreciarse, mejor que en ningún otro, la expresión característica del héroe

Gente conocida en la rambla marplatense



Señora Lola Naón de Echagüe y su esposo, don Juan Pablo Echagüe



Señora María Luisa Constanzó de Malaver y señor Luis Blaquier



El doctor Isaac Arriola y su señora esposa



Señora Silvestra O. de Sojo y su hijo el doctor Carlos M. Sojo



Señora Lola Cornejo de Arias y su esposo, doctor Tomás Arias



Don Juan Girondo acompañado de su hijo Eduardo



El doctor Pedro O. Luro y dos amigos de la ciudad



FOTO BAY BAUDOIN

El doctor Tomás Otaegui y el señor Bayona, en amable plática

Las actrices bonitas



FOTO HENRI MANUEL

La celebrada actriz francesa Gina Palerme

La llegada a Buenos Aires



FOTO CABADA

El "Plus Ultra" en el sitio en que acuatizó



FOTO PADILLA

El comandante Franco y sus compañeros se dirigen en una lancha a la cañonera "Paraná"



FOTO LOUZÁN

Franco desembarca de la cañonera "Paraná". La mano que se ve en su brazo es la del ministro de Marina



FOTO CABADA

En tierra argentina. Franco, con un ramillete de flores, entre el ministro de España y el Intendente Municipal

Los dos símbolos

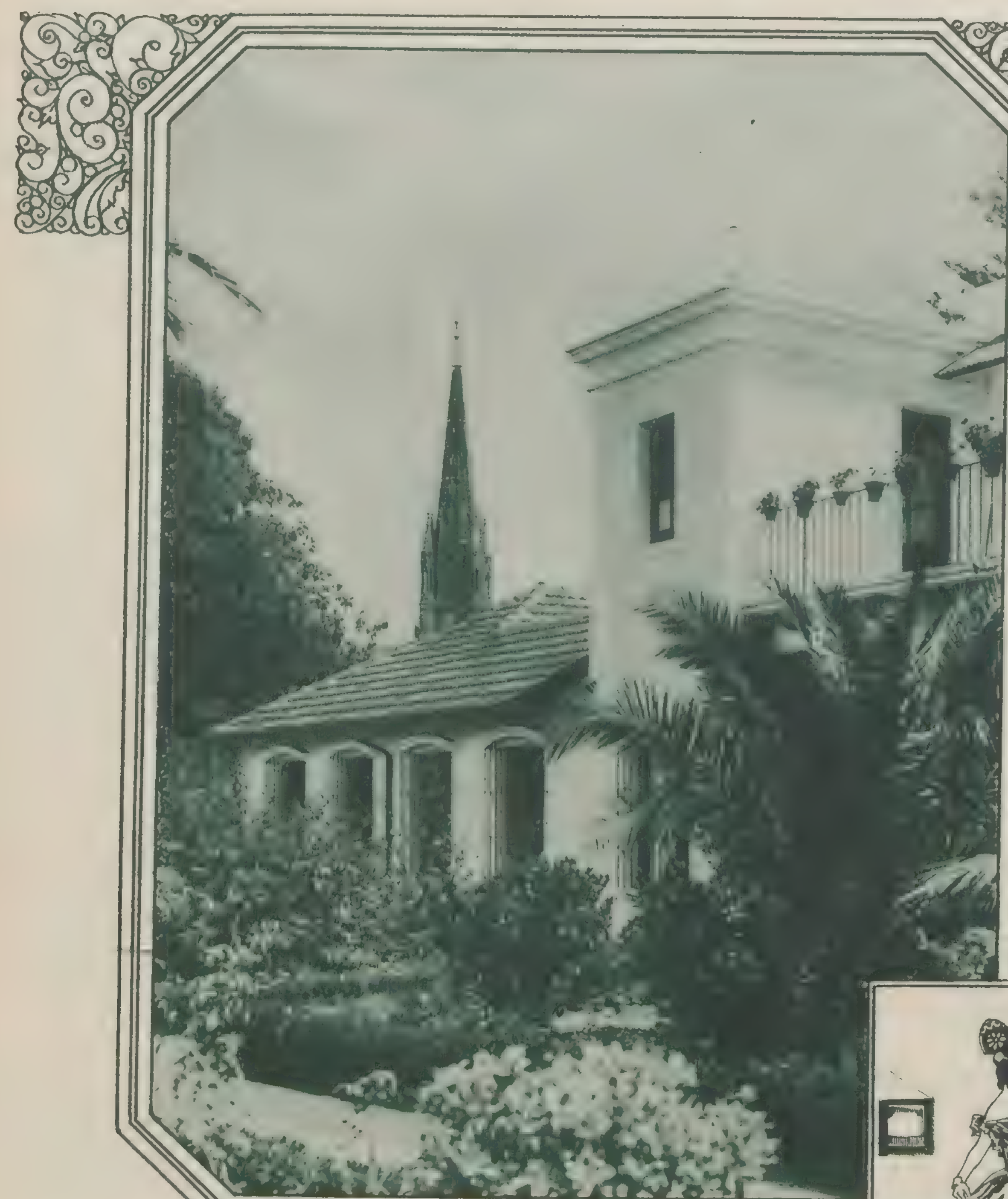


FOTO CABADA

El hidroavión de Franco, símbolo del heroísmo y de la gloria inmortal de España, segundos antes de acuatizar, vuela alrededor de nuestra enseña patria izada en el Arsenal de Marina. Fotografía obtenida por nuestro repórter gráfico señor Luis S. Cabada

La arquitectura de nuestras viejas casas: El pasado les da un estilo peculiar

Por MARIO TAMARIT



Un delicioso aspecto de la casa, perdido entre la profusa arboleda, con la aguja de la iglesia parroquial asomando por el fondo



El aljibe de mármol, en el patio de los naranjos donde se bailaron minués y gavotas hace ya casi un siglo...





Los jardines interiores ofrecen encantadoras perspectivas



La galería con sus mosaicos y azulejos, su artesonado sencillo, sus blanqueadas paredes, recibe al visitante con un gesto de antigua hospitalidad



La quinta de Gramajo, en San Isidro, con sus naranjos seculares, conserva el encanto típico de nuestras viejas casas solariegas

TODO eso, es verdad, se halla muy mezclado. Pero un sello de familia parece imprimirles cierto carácter propio, que surge sobre todo de las amplias líneas hospitalarias. Las casas antiguas, con sus arcos moriscos, sus tejados españoles y balaustradas italianas, son algo bien típico y justifican, en gran medida, ese renacimiento arquitectónico que se realiza con el nombre de arte colonial.

Este tiene un entroncamiento más profundo y más antiguo — también es verdad, — y habiéndosele agregado algo de la factura indígena, se ha eliminado de él todo lo que no es típicamente hispanoamericano.

Yo soy un partidario decidido del arte colonial. Lo hallo tan adecuado para la ciudad como para el campo. En aquélla, cuando está noblemente ejecutado, tiene toda la grave honestidad de un edificio hogareño, sin que por eso falten la gracia y el color. En el campo, sobre una loma verde, entre árboles frondosos, no hay una mancha de blancura y de rojo vivo que pueda comparársele. Es la única arquitectura que parece brotar espontáneamente de esta tierra.

Quedan aún muchas casas antiguas. Algunas han sido muy estropeadas por esa ola de progreso y destrucción que nos aturdió durante treinta años. Otras se conservan bastante bien. Una de ellas es la quinta de Gramajo, en San Isidro, sobre la barranca que mira al río. Todos la conocen. No hay

(Continúa en la pág. 48)



Un rincón del gran patio interior, lleno de frescura y de luz



La vieja sala, donde la señora Sánchez de Mendeville realizaría sus reuniones sociales en tiempos de Rosas

El entusiasmo público



FOTO PADILLA



FOTO LOUZÁN

En la noche del arribo de Franco, una manifestación como jamás se ha visto otra en Buenos Aires, desfiló desde las 8 de la noche hasta la 1 de la madrugada frente a "La Prensa", vitoreando incesantemente a los aviadores españoles. En el instante en que las banderas de todas las naciones de América saludan al héroe

El clamoreo del público se eleva hasta el "Plus Ultra", que evoluciona gallardamente sobre la ciudad



FOTO CABADA

La Avenida de Mayo, invadida y cubierta literalmente por la multitud, espera el paso de los aviadores



Entre los miles de regalos anónimos que recibió Franco al pisar tierra argentina, uno de los más delicados fué éste de un hidroavión de orquídeas, guiado por dos palomas

FOTO PADILLA

Nuestros ilustres huéspedes





Ramón Franco, con el Presidente de la Nación y los miembros del Poder Ejecutivo, saluda, desde los balcones de la Casa de Gobierno, al pueblo argentino que lo aclama

FOTO LOUZÁN

He aquí al simpático Rada, el ídolo popular. Rada es el símbolo vivo del pueblo de nuestra raza. Ninguna condición falta en su personalidad: es leal, trabajador, inteligente, honrado, y... juerguista. Es, pues, perfecto



FOTO GONZÁLEZ ARRILI

En la embajada de España. Entre Ruiz de Alda y Franco, el ministro del Uruguay



FOTO PADILLA

Al dirigirse al Tedéum oficiado en la Catedral, Franco es estrujado por la muchedumbre, que lo vitorea incansablemente. Obsérvense, en primer término, los brazos femeninos que se elevan entusiastas aplaudiéndole y saludándole

El chic femenino



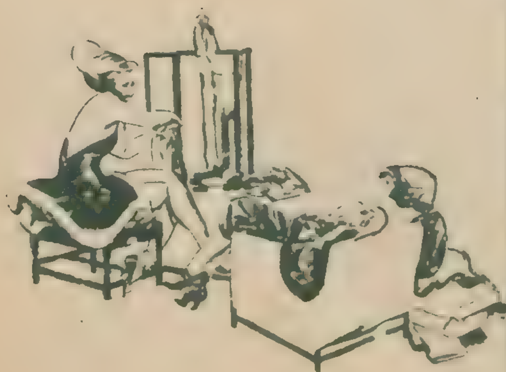
Original modelo de vestido de tarde, en crepe satin azul, creación de la casa Ayber de París



Vestido de calle, de reps escocés en la falda y liso en el saco; cuello y adornos del mismo dibujo que la falda



Vestido de paseo, para jovencita, en crepe de dos tonos, modelo de la casa Melnotte - Simonin



Las lindas bañistas de Mar del Plata



Señorita Adela Alemán



La playa Bristol, a la hora del baño



Señorita Esther Roca



Señorita Graciela Effio





Señoritas Luisa Rodrigué y Susana Irigaray



Señorita Delia Sívori



Señorita Celina Smart



FOTO RAY BAUDOIN

Señorita Margarita Bonthux

Detalles del glorioso arribo



FOTO CABADA

El comandante español, señor Antonio Iglesias, viejo camarada de Franco, abraza a éste a su llegada



FOTO CABADA

En la casa del doctor Noel, residencia oficial de los aviadores. Entre Ruiz de Alda y Franco, el popularísimo mecánico Pablo Rada



Ruiz de Alda, de paseo por nuestras calles

FOTO CABADA



Franco baja del auto oficial frente a la casa española del Intendente Municipal

FOTO PADILLA

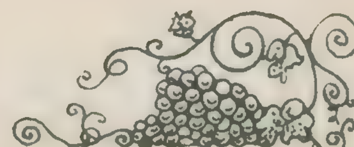


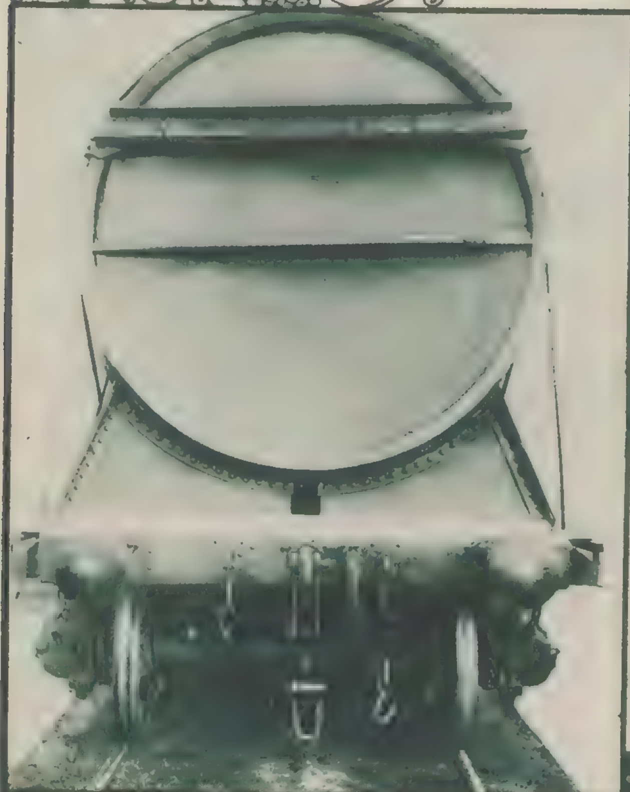
FOTO CABADA

Los conscriptos argentinos del "Pueyrredón" aclaman entusiasmados a Franco en el momento en que acuatiza el "Plus Ultra"



TOMBA





La más grande y perfecta bodega del mundo

Tres bodegas que producen: 35.000.000 de litros de vino de pura uva. La "Sociedad Anónima Bodegas y Viñedos Domingo Tomba" está terminando su nueva bodega en "La Paternal", última palabra del progreso vinícola. La "Sociedad Anónima Bodegas y Viñedos Domingo Tomba" ha ideado y estudiado el transporte de **vino a granel** en nuestro país, y el Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico, prestándole su valioso apoyo, ha armado los primeros 4 vagones que hoy corren entre las bodegas Tomba de Mendoza y la bodega Tomba de "La Paternal".

Frente de cada tonel de 20.000 litros.



Los dos toneles en un vagón, o sean 40.000 litros.



El vagón con los dos toneles, que se descargan por la puerta que se ve al costado del vagón y por **cañería de aluminio** que lleva el vino a los depósitos subterráneos.



Depósito subterráneo (piletas de cemento armado y vidrio donde se deposita el vino que ha de embotellarse).



Frente de la bodega "Tomba" en "La Paternal".



Fondo de la bodega "Tomba" en "La Paternal" y desvío donde se ve los vagones-toneles descargando vino al subterráneo.

NOTA. - Lea los avisos de Tomba que aparecerán en esta revista y le interesarán.

En el mundo del cine



Owen Moore y Constance Bennet en una escena de la película "El Código del Oeste", interesante drama del Far West norteamericano, en que aquéllos actúan de protagonistas, y que se estrenó días pasados en esta capital



El conocido actor William S. Hart, que acaba de terminar el film "Tumbleweeds", para Artistas Unidos, después de haberse acreditado de excelente jinete, aparece aquí actuando de arriesgado ciclista

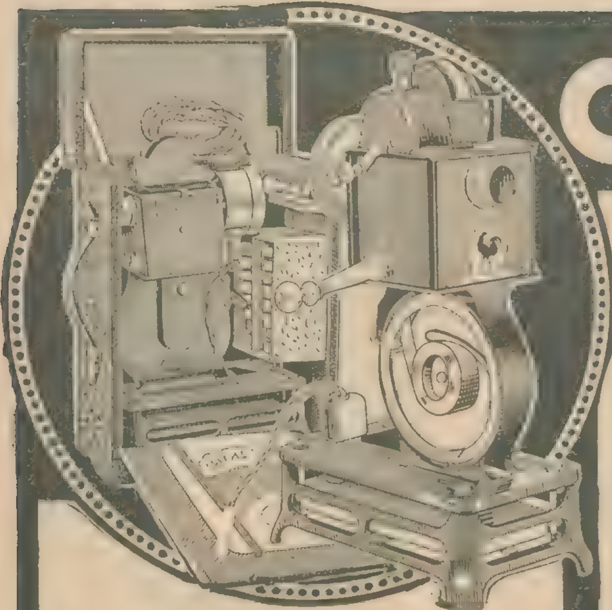


La celebrada y hermosa estrella Bebe Daniels, de la Paramount, luciendo una tan rica como original "toilette"



Bella Bennett, en "Stella Dallas", de Samuel Goldwyn, presentada por Artistas Unidos, y que ha sido uno de los recientes éxitos de los cinematógrafos de Nueva York

COMPARE y DEDUZCA



EL CINE EN EL HOGAR

PROYECTOR CINEMATOGRAFICO "CONTINSOUZA"

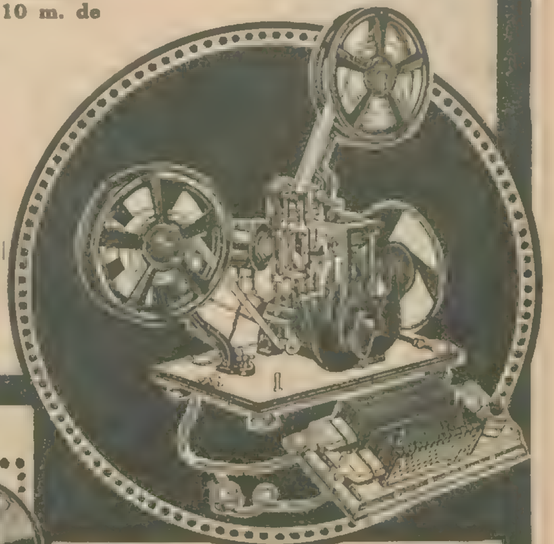
Para toda película universal. Se conecta a cualquier tomacorriente. Cuadro luminoso y fijo de 2 m. por 2 ½ a 10 m. de distancia. Puede manejarlo un niño.

EL EQUIPO PROYECTOR "CONTINSOUZA" Nº 2 SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES ELEMENTOS:

1 Proyector con obturador, porta obturador y manija	$ 425.-	1 Lámpara, 12 vlts. 2 amp. con reflector	$ 5.-
1 Porta objetivo	„ 15.-	1 Resistencia con amperómetro e interruptor, acoplados	„ 50.-
1 Linterna acoplada al proyector, con condensador	„ 25.-	1 Tabla caoba, 0.45 × 0.30	„ 10.-
1 Brazo potencia	„ 20.-	1 Tapa de hierro pintada	„ 10.-
1 Brazo devanadera	„ 20.-	1.000 metros de película	„ 100.-
2 Bobinas de 300 metros	„ 20.-		
1 Correa metálica	„ 2.-		
1 Objetivo, serie superior	„ 55.-	Total	$ 757.-

TODO POR SOLO $ m/n **530**

CRÉDITOS POR MENSUALIDADES



EL CINE EN EL HOGAR

Nuevo Proyector "PATHE-BABY"
MODELO D

PERFECCIONADO para films de 20 metros. Es el CINEMATÓGRAFO DE LA FAMILIA. Precio, en su estuche de madera forrada $ **95**

Cámara "PATHE-BABY"

Para tomar pequeños films para el hogar. En su estuche, a



$ 115

GRATIS. Prospectos y Catálogos.

El Fonógrafo ideal "NIRONA"

Marca Registrada. Con 200 Púas "CONDOR", $ **20**

UN HERMOSO APARATO DE VOZ SONORA Y ASPECTO SIMPÁTICO. Peso: 2 kilos. Tamaño: 21 ½ × 23 ctms. Cabe en una mano. Motor y diafragma de primera calidad. Bocina amplificadora "NIRONA" patentada. Es una máquina parlante de construcción sólida y sumamente práctica. EMBALAJE GRATIS.

DISCOS DOBLES NACIONAL

SON LA FIEL EXPRESIÓN DEL ARTE CRIOLLO

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA

D. D. "NACIONAL", de 25 ctms., $ 3.25
EL ÚLTIMO GRAN ÉXITO POR EL DÚO GARDEL-RAZZANO

DUO GARDEL-RAZZANO
con acompañamiento de 4 guitarras RICARDO-BARBIERI

18107 { Claveles mendocinos. Zamba. Dúo. A. Pelaia. / Macachín, Flor de los Llanos. Tango canción. Solo Gardel. Obligado-Aranaz.

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA
D. D. "NACIONAL", de 25 ctms., $ 3.—

ROBERTO FIRPO
Orquesta Típica y Jazz-Band

6429 { La chica de Mar del Plata. Tango. S. Lombardo. / Irum. Pasodoble. L. Baigorri.
6430 { Flor de París. Tango. M. Nasso. / María. Vals. J. de Dios Filiberto

FRANCISCO CANARO
Orquesta Típica y Jazz-Band

4142 { Recuerdo Cuyano. Tango. R. Tuegols. / My Best Girl (Mi mejor chica). Fox-Trot. Donaldson.
4143 { Arlequín. Tango. A. R. Marengo. / Chicas... ¿Quién me besa? Shimmy. César Petrone.

OSVALDO FRESEDO
Orquesta Típica

5018 { El abrojito. Tango. L. Bernstein. / Obsesión. Tango. J. Rezzano.
5020 { Besos falsos. Tango. J. M. Rizzuti. / Una ilusión. Tango. L. N. Visca.

JUAN MAGLIO
Orquesta Típica "PACHO"

7470 { El gualicho. Tango. F. Matino. / Hastío. Tango. J. Ghio.

D. D. "NACIONAL", de 25 ctms., $ 3.—

MARIO PARDO
con acompañamiento de guitarra

6602 { Adiós, palomita ingrata. Tonada. / Made in Buenos Aires. Fox-Trot. (solo de guitarra). E. Delfino.

ELEUTERIO YRIBARREN
American Jazz-Band

8096 { Yo amo a usted. Shimmy. A. Di Girolamo. / Sing a Song (cantando). Fox-Trot. E. Chaplin.

FRANCISCO LOMUTO
Orquesta Típica y Jazz-Band

7660 { Chola. Tango. A. Polito. / Yo también tuve un amor. Shimmy. J. Duval. (Ambos del 2º Concurso Grand Splendid.)

ADOLFO R. AVILES
Jazz-Band

8224 { Llorabas y reías. Fox-Trot. R. Caselli. / Susie. Fox-Trot, con canto por Hope. De Silva.

D. D. "NACIONAL", de 25 ctms., $ 3.25

ANA S. DE CABRERA
con acompañamiento de guitarra

17003 { Amorosa. Zamba riojana. A. S. de Cabrera. / Vidita. Aire cuyano. A. S. de Cabrera.

JOSÉ BOHR
con acompañamiento de Jazz-Band FRANCISCO CANARO

16125 { Era una rubia. Fox-Trot. Caruso-Pataro Conte. / La Frotada. Fox-Trot. Bohr-Hillier.

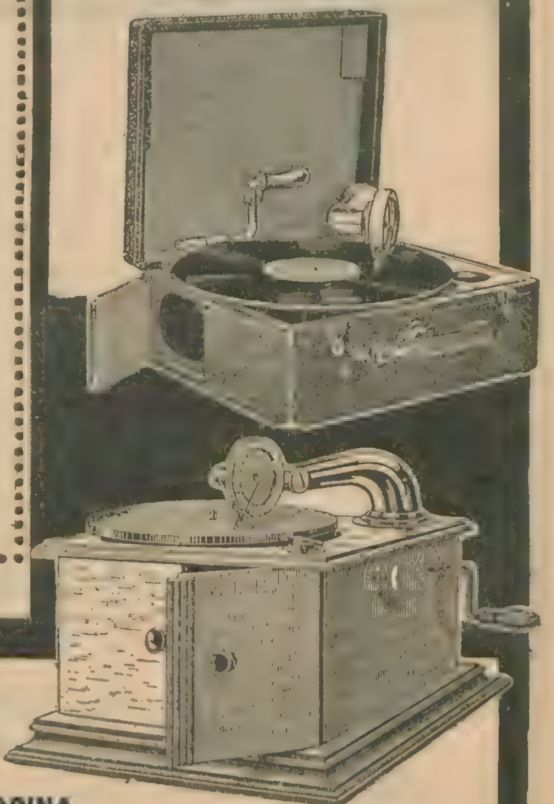
CONDOR — LA MEJOR PÚA En cajas de 200 $ m/n 1.—

VALIJA PARLANTE "PALACE"

Marca Registrada

Lo mejor y más barato en Máquinas Parlantes transportables. Tamaño: 28 × 24 por 11 ½ ctms. Caja de madera forrada en tela imitación cuero. Es de voz fuerte y nítida. Se le puede dar cuerda mientras funciona. Cerrada, parece una valija. Con 200 PÚAS "CONDOR" $ **38**

EMBALAJE GRATIS



AFICIONADOS FOTÓGRAFOS..!

KODAK DE BOLSILLO, ULTIMO MODELO

LA MAQUINA FOTOGRAFICA MAS PERFECTA, MAS COMODA, MAS SENCILLA, MAS EFICAZ Y MAS BARATA. Autográfica, formato 4 ½ × 6 $ m|n. **20.-**

SE REVELAN Y COPIAN TRABAJOS DE LOS AFICIONADOS **EN 6 HORAS**

FONOGRAFOS GLÜCKSMANN
CON Y SIN BOCINA

De roble o caoba, 38 × 36 ctms. Con puertas graduadoras del sonido. Cuerda de 22 milímetros y plato giratorio de 25 centímetros. Con 200 PÚAS "CONDOR" $ 45.-

Puede dársele cuerda funcionando. EMBALAJE GRATIS.

MAX GLÜCKSMANN

ROSARIO CORDOBA 1048 — MONTEVIDEO 18 DE JULIO 966

CALLAO y Bmé. MITRE · B. AIRES · FLORIDA y LAVALLE

La arquitectura de nuestras viejas casas

(Continuación de la pág. 39)

veraneante ni turista que nó se pare a contemplarla cuando llega a ese mirador de los Cuatro Ombúes, el balcón más lindo que pueda uno imaginarse para mirar la cercana playa lamida por nuestro gran río azul.

Sí, se frata de una quinta que tiene un sello muy característico. Se comprende, al verla, que allí hay un amable trozo de historia, de vida antigua. El portón y sus pilares blancos; el patio poblado de naranjos, tan viejos y tan verdes aún, con sus frutas maduras. La galería, con su alto friso de mosaicos de Talavera. Y las anchas paredes que miden casi un metro, los pisos de baldosas, los aleros de tejas...

No resistimos a la tentación y golpeamos. Se nos recibe amablemente. Los dueños de casa comprenden nuestra natural curiosidad y tienen la gentileza de facilitarnos los medios e informes para que nuestro interés de paseantes se convierta en una información periodística.

El señor Patrón Costa, yerno del doctor Gramajo, y su cultísima esposa, veranean en la casa, y demuestran particular agrado en referirnos lo que saben y lo que se dice de la linda y antigua mansión, a la que han rodeado de un ligero confort sin destruir las líneas patriarcales que la caracterizan.

La señora nos refiere que cuando su abuelo don Uladislao Gramajo la compró, hace ya más de sesenta años, era de propiedad de los Molina...

—¿Qué Molina, señora? — preguntamos, pensando en varias personas de este apellido.

— Un antepasado de Ángel Molina, el que fué ministro en Alemania.

—¡Ah! ¿Y antes?

— Antes, según se afirma, la casa fué de aquella célebre señora... Usted la habrá oído nombrar mucho.., la Sánchez de Mendeville... o Thompson, su segundo marido, que era el ministro inglés...

—¡Ciertamente, señora! Y eso le da un penetrante y particular interés... Uno piensa que aquí pudo haberse celebrado alguna de aquellas amables reuniones, de una cultura tan exquisita, que según dicen eran proverbiales...

— Sí, así es... — confirma la señora de Patrón Costa. — Y hasta se afirma que aquí se dió un baile, haciéndose alusión, precisamente, a estos naranjos del patio, según una carta de familia que conserva Enrique Lezica...

Eso nos hace suponer que los naranjos son tan antiguos como la casa. Estos árboles se han estilizado hasta convertirse en una cosa decorativa. Se hallan agrupados junto al antiguo aljibe de brocal de mármol, y son un puro y natural adorno, porque su fruta es amarga y resulta imposible de saborear. Y así, como un bello adorno, verde, fresco, perfumado, ya van cumpliendo un siglo de vida, y todos los años expresan su alegría de vivir con delicados azahares y redondeadas frutas de oro.

La mañana parece de fuego; sin embargo dentro de la casa hay una frescura deliciosa. Hablamos de este deseo que se manifiesta en nuestra sociedad de restaurar los restos dispersos de un pasado que tendía a desaparecer. El señor Patrón Costa recuerda a ese respecto a su Salta natal.

— Allí también hay edificios muy valiosos, y ya con ese sello arquitectónico que en Bolivia llegó a manifestarse plenamente. Hubo una época, no muy distante. en que también nos aquejó el ardor de destruirlo todo. Se llevó la antipatía hasta los aleros de teja. Una ordenanza mandó cubrirlos con paredes... Aquello quedó hecho un adefesio...

— Aquí también se ha querido hacer algo por el estilo... — interviene la señora. — Había el empeño decidido de que echáramos abajo parte del frente y los costados para construir la vereda, por esa manía de regularidad que entre nosotros impera como base de toda belleza...

— Hubiera sido algo irreparable — convenimos. — Eso se explica en un lu-

gar de tránsito urbano. Aquí no es imprescindible, habiendo la vereda de enfrente. Así como está fuera de línea, tiene un encanto nuevo este edificio. Impone su originalidad en todas las formas.

—Por otra parte — arguye sutilmente la señora, — esta casa debió tener alguna tierra a sus costados. Así, pues, es de suponerse que ya la calle se abrió a sus expensas... Lo que es muy probable.

—Y esos ombúes ¿siempre estuvieron allí? — inquirimos, señalando los cuatro árboles nudosos que, ya en la vía pública, parecen una prolongación de la casa.

—Mi abuelo plantó uno de ellos en los tiempos en que la barranca estaba poblada de higueras... Otro, aquel de la izquierda, que se había secado, brotó de sus propios retoños...

Hacemos un recorrido por el interior de la casa. Las anchas puertas tienen trancas de hierro. Algunos muebles de corte antiguo dan su nota de ambiente, con el apagado brillo de sus rojos damascos entre tallados marcos de ébano. Una habitación bañada de sol, con profusas cortinas blancas, su ventana de ancho alféizar, el piso de baldosas cubierto por la estera, sus muebles y santos, me recuerda vivamente un rinconcito de Sevilla. Con una gota de alhucema perfumando el aire, la ilusión hubiera sido completa.

En el segundo patio de la casa ya existe una labor de restauración. Verdes festones de arrayán orillan los arriates. Altos y señoriales cipreses encuadran el camino central, que los tejados del fondo rematan con una nota de color. Allí se está construyendo una fuente, y en el fondo dos bancos, que serán revestidos de azulejos.

Todo esto, como es fácil percibirlo, tiende a crear el gusto y la preocupación por el estilo de las cosas que más amamos: las de la casa. Íbamos viviendo en una forma apresurada, sin arraigo, en la más completa desorientación. Así habíamos llegado a realizar cosas horrendas — como una fachada, que yo recuerdo, en la calle Azcuénaga, cuyas molduras (art nouveau) estaban hechas imitando una soga, — y, en el mejor de los casos, sólo habíamos realizado facturas bonitas..., y ya se sabe que "le joli c'est le laid"...

Agradecemos a los amables dueños de casa su exquisita cordialidad, y con las impresiones recogidas llenamos estas carillas de papel.

Papeles póstumos del señor de Perogrullo

(Continuación de la pág. 15)

coloridas y vulgares como la democracia. La novela, es evidente, se ha democratizado. Cualquiera puede ser hoy héroe de novela. Las pequeñas tribulaciones domésticas de cualquiera de los millares de individuos que en la calle pasan a nuestro lado, pueden constituir una novela moderna, lo que llaman por ahí una "novela psicológica". Los millares de expedientes que se amontonan en el archivo de los tribunales podrían suministrar un número incalculable de novelas psicológicas. En la crónica policial de los periódicos hay todos los días media docena de novelas psicológicas. Ese individuo ensimismado y distraído, que va hablando solo por una calle céntrica y que acaba de tropezar conmigo al pasar, dejándome un brazo dolorido, ese imbécil a quien de buena gana hubiera dado un puntapié, es, casi con seguridad, un personaje potencial de novela psicológica. Ahora bien: ¿por qué van a interesarme a mí, puestas en diálogo, las cosas que le ocurran a ese despreciable individuo, a quien en la calle hubiera dado un puntapié de buena gana?

Y por otra parte, amigo mío, nunca podría ya ser feliz. He padecido en esta vida demasiados desengaños.

—Querrá usted decir, señora, que ha padecido demasiados engaños. No es correcto, desde el punto de vista de la sindéresis, decir que se han padecido muchos purgantes para indicar que se ha sufrido mucho de indigestiones.

Dante y los argentinos



Parte inédita de la Divina Comedia

Escrita 600 años, después

Recogida por DAVID PEÑA

VII



HALLÁBAME en un sitio muy parecido al que en otra ocasión yo visitara, único que en algo me hiciera recordar al de mi viaje anterior, especie de estepa desabrida y estéril, sin un arbusto ni una planta — mar de tierra, — cuando sentí a mi espalda la presencia del Maestro.

— Henos aquí — me dijo, — en una de las regiones desoladas del Infierno. Por allí vienen las almas que el Eterno ha condenado a habitarlas: almas de seres infecundos, improductivos, agrios, hechos como para este lugar, a pesar de sus reconcentrados cálculos, de su extremada ambición.

Yo miré aquellas sombras apenadas, y pregunté:

— ¿No experimentan dolores en su carne?

— No. La carne fué para ellos como una leve envoltura con que cubrieron su personalidad moral. No habría para qué castigarlos en su carne. Su pena consiste en tener que vivir aquí como vivieron allá, sobre una tierra sin musgo, hostil, tal como fueron sus corazones y tal como el concepto que tuvieron de la vida.

— ¿Quiénes son?

— Gente mezquina — díjome Virgilio. Y agregó: — Doble mezquindad, sin duda, porque lo fueron de dones materiales y de afectos. Pocos, muy pocos de los que van a cruzar a nuestra vista tuvieron hijos, y a pocos les debió la sociedad en que vivieron un socorro, ni siquiera una iniciativa altruísta. Cuando figuraban en una de las tantas asociaciones o juntas de caridad accidental, no los guiaba el propósito de ir al fondo del problema social, que ellos no hubieran comprendido, sino el empeño de que sus nombres fueran dados a la publicidad. Aquí los tienes. Ostentosos y vanos: todos huecos. Inflados de candor estúpido: todos vacíos.

Y comenzó a avanzar una legión de sombras, caravana lenta y mustia, formada por hombres de toda edad, aunque predominando los ancianos. Entre ellos distinguí algunos con heridas espantosas. Señalándomelas, me dijo el Maestro:

— Esos han sido asesinados.

Otros, con semblantes plácidos, sonreían tenuemente.

— Esos son aquí lo que en el mundo — díjome Virgilio: — seres beatos. Su quietud exterior es imagen de su simplicidad interior.

— Y ¿por qué están en el Infierno, si no cometieron faltas graves?

— Grave falta es, sin duda, no haber dado al corazón que Dios puso en su seno una dirección hacia el bien. Grave falta es haber hecho el papel de misericordiosos, sin la práctica de la misericordia. Ningún dolor los detuvo en la jornada. Pero representaron a maravilla el papel de los piadosos. Sobre no ejercer la caridad, cometieron la falta de engañar al prójimo, en comparsa.

— Y ¿aquel tonsurado que los guía?

— Ese es uno de tantos que los ha explotado. Allá, como ahora acá, poníalos en fila, los conducía en procesión hasta Roma u otro sitio, y vivía a sus expensas, llenándose él de riquezas. Aquí ejerce la misma función de capataz en este arenal seco y sin límites. Así como ahora, extendió y ejerció su sacerdocio este prelado; halagando la vanidad, la fácil vanidad de los ricos. Vivió, comió, se satisfizo como un sibarita, a merced de sus pensionados. Si esa era toda su finalidad, aquí la prosigue en medio de este silencio eterno.

Las sombras pasaban y pasaban, viéndose de trecho en trecho la figura de algún sacerdote, que reproducía la imagen del sacerdote anterior.

— ¡Todos iguales!

— Sí; todos iguales. Y es curioso este sentimiento de rebaño — prosiguió Virgilio — en hombres que por sus medios de vivir debieron dar ejemplo de independencia en su conducta. Y es más curioso que entregaran su dinero al que ellos llamaban director de sus conciencias; ¡ellos, tan míseros con los desvalidos de su parroquia cercana!

— Y ¿por qué obraban así?

— Por la fuerza de su Religión.

— Pero, ¿qué Religión es ésa?

— Una arreglada, conformada con sus mismos confesores. De ahí se explica — agregó el Maestro, con ceño y tono adustos, — de ahí se explican las riquezas de cualquiera de las congregaciones religiosas. En la lucha por la vida, la Iglesia que estos católicos han construído es la entidad más fuerte como potencia económica. La Iglesia confisca y detenta bienes en todas las latitudes del globo. El punto de partida de este sistema universal la tienes delante de tus ojos: el adormecimiento de las facultades del "dóminus", grabado hasta con los signos externos: mírales el rostro.

— Y bien — insinué con tímido modo, — toda riqueza material es deleznable.

— Eso es lo que predica la Iglesia por medio de sus órganos; pero en ella el bien se acumula, perdura y se retiene. Y la estancación de esas riquezas es lo que causa la paralización, cuando no las grandes crisis de los pueblos.

No debí rebatir al Maestro, porque visiblemente se alteraba su serenidad. La caravana, por lo demás, se extinguía en el confín de la llanura, en cuanto a lo que daba mi visión, pero el trayecto que ella tenía que recorrer era inconmensurable.

Cuando nos desviamos con mi guía para tomar otra senda, recordamos que este espectáculo de hábil usurpación de bienes por parte de la Iglesia Católica se remontaba a siglos, desde que el emperador Constantino acordó a la Iglesia, en 321, la facultad de heredarlos y adquirirlos. Las congregaciones utilizaron luego para sí la propia facultad, y luego los miembros aislados de la Iglesia, desde el obispo hasta el cura. (Ley de Justiniano, 27 de *Sacros-Ecles.*) Cruentas han sido las luchas sostenidas entre la Iglesia y el Estado por este acaparamiento, que además de implicar el triunfo de la sordidez astuta sobre el fanatismo obscuro y senil, afectaba directamente el desenvolvimiento de las ciudades. No podía entonces tomarnos de sorpresa un tema que viajaba de tantos años atrás a través de la historia. Si nos sorprendía, a Virgilio y a mí, que tal abuso se hubiera establecido en un país tan joven y recio como la República Argentina.

La moral y las zapatillas

(Continuación de la pág. 17)

fué el buen hombre perdiendo la costumbre de hacer sus obligados paseítos al club; fué también aficionándose a la constante vida de hogar, y reconquistando, en consecuencia, las tiernas solicitudes de su cara mujercita.

¡Cuántas veces, en uno de aquellos holgados esparcimientos en que el buen don Favonio regodeaba su voluminosa humanidad en la gloria de tener las extremidades libres y tranquilas, ocurríasele al pacífico ciudadano pensar que los grandes sabios y los grandes escritores debieron tener sus magníficas inspiraciones en el holgar plácido de unas confortables zapatillas; que en zapatillas debieron haberse acostumbrado los santos padres de la iglesia a la voluptuosidad de la vida ascética; y que el mismísimo Padre Eterno debió haber tenido la gloriosa visión de unas zapatillas al concebir la necesidad del bíblico séptimo día!

La falta del asiduo don Favonio hízose pronto notar entre los contertulios del club, particularmente los habituales compañeros de partida. Surgieron, en consecuencia, las conjeturas, y quien más quien menos, todos formularon su opinión sobre el peregrino caso.

¿Qué podía haber pasado al amigo infaltable, señor de Santillana? ¿Cómo explicarse que su aparatosa silueta se hubiese esfumado tan inopinadamente de la peña de que era uno de sus más consecuentes sostenedores?... En un principio había dado en escatimar sus visitas; después, había terminado por eclipsarse del todo. No se creía que pudiese hallarse enfermo; pero tampoco se podía negar que algo insospechado, de singular importancia, había operado aquella transformación.

Los que se creían más perspicaces opinaban que la tenacidad de doña Obdulia y sus continuas amonestaciones, obrando como la gota constante sobre la piedra, eran las que habían vencido de la debilidad del hombre. Rechazaban otros tal hipótesis; pero sospechaban que alguna grave preocupación íntima fuese la que había hecho decaer y reducir el espíritu del viejo y jovial amigo, contrayéndolo a un retiro voluntario; quién, influenciado por el tema original, se extendía en hondas consideraciones sobre la ética del matrimonio; quién, a su vez, despotricaba contra la debilidad masculina que toleraba la excesiva ingerencia de la mujer en la vida del hogar. Cada cual comentaba a su manera, y todos convenían en que era realmente extraño lo que ocurría con su amigo, que, sin duda, al llamarse a sosiego de aquella manera, demostraba por lo menos que iban invadiéndole los síntomas de la decadente senectud.

Sólo doña Obdulia estaba verdaderamente en el secreto de las causas que habían operado en su marido el cambio de conducta que ella gozaba para su tranquilidad y para su dicha. Y eran tales el convencimiento y la confianza en la virtud terapéutica que había curado a su esposo de la clubmanía y operado el milagro de retenerlo a su lado, gozoso y satisfecho, que cuando alguna vieja amiga se le dolía impaciente de la despreocupación y despego de su marido, y clamaba al cielo por algún remedio divino o terrenal que le llamase a juicio y le encariñase con la vida de hogar, doña Obdulia exclamaba con tono profético:

—¡No se aflija, señora, y no pierda el tiempo en sermones!... Haga lo que yo le digo. ¡Cómprele unas zapatillas!... ¡Santo remedio!...

MENUDENCIAS

Se hacen tapices y alfombras con la piel curtida de los elefantes; estos tapices son, según se asegura, de suma duración.

— Se calcula que hay en todo el mundo 3.664 idiomas y dialectos; de ellos, 937 son asiáticos, 587 europeos, 276 africanos y 1.624 americanos.

— Las primeras plumas de acero para escribir se fabricaron en 1820.

— Por la mañana el hombre tiene unos dos centímetros más de altura que durante el resto del día. Esto se debe a la relajación de los cartílagos.



Ana María

Por

VICENTE RAUL VOTTA

Ilustración de A. W. Brown



El primer llanto que derramó Ana María fué en una vieja tarde de invierno. Era un día muy frío, y la nieve que caía copiosamente formaba en las calles promontorios cual si fuesen grandes terrones de azúcar diseminados acá y allá. Los árboles se hallaban sin hojas, y sus ramas escuálidas, mirando al cielo plomizo, daban la dolorosa impresión de la desolación y de la muerte.

La gente marchaba apresurada, metida en sus gruesos abrigos, con la cabeza gacha y temblando de frío.

Ana María, desde el interior de su casa, miraba a través de los vidrios el espectáculo de la tarde brumosa.

Era joven. La juventud y belleza la asemejaban a Inés, la inquietante heroína de un cuento de Rubén Darío. Sus grandes ojos, serenos, bellos y limpios como dos pedazos de mar, reflejaban en el fondo la bondad y la abnegación. De sensibilidad delicada y exquisita, de inteligencia y entendimiento claro, veía las manifestaciones humanas con sentimientos de fraternidad supremas.

La tarde la predisponía a la tristeza, y se dió a pensar. La nieve seguía cayendo, desprendiéndose en copos de los árboles desnudos, y su imaginación los asimilaba a la caída de sus sueños. ¡Cuántos había tenido! Contaba veintitrés años y aun desconocía el amor. Nunca lo había sentido, pero lo adivinaba. Sabía que habría de llegar de un instante a otro. Imaginaba un amor bello, serenamente delicado como el suavísimo rumor del agua pura deslizándose entre las vertientes de un valle. Su vida interior, fecunda en sentimientos sanos, necesitaba de un amor superior que despertara su sensibilidad dormida y en himnos de maravilloso éxtasis le murmurara el poema de dulzuras y ternuras infinitas... Pero ¡ay! que los años pasaban, se sucedían con vertiginosa rapidez, y el tiempo con su boca enorme y monstruosa parecía querer devorar su juventud en flor.



Un sentimiento de angustia y de duda comenzaba a morderle el corazón.

La tarde se iba en una agonía de nieve y de frío...

La habitación empezaba a quedarse a obscuras, y Ana María, indiferente a la penumbra y soledad, seguía el vuelo sutil de sus pensamientos, llena de tristeza y de pena, con los ojos entornados, perdidos en la nieve, que continuaba cayendo sin cesar.

Ana María sintió que el corazón se le aquietaba y una honda emoción la embargaba. Comenzó a llorar. Era su llanto silencioso, tierno, apenado, como el de aquellos seres que se despiden de una persona querida a la que nunca imaginan volverán a ver.

La abuela, que espiaba con curiosidad dolorosa el rostro de ella, comprendió su tristeza y el motivo de sus lágrimas. Se aproximó, la tomó de las manos, unas manos pequeñas y finas, y con voz cariñosa le habló de la fe, de la ilusión en la vida. No debía preocuparse hasta provocar una inquietud. Era necesario conservar la esperanza, cultivándola con nuestro mejor entusiasmo, porque sería el milagro bienhechor de los días bellos y llenos de sol que no demorarían en llegar. No había por qué desmayar ni ponerse triste. Tener confianza en el amor como en la vida es dar prueba de nuestra voluntad y energía física. Vivir esperando un amor que llene una necesidad de nuestra alma es tener fe, y el que confía y le rinde culto a esta virtud es porque sabe que ese pensamiento no ha de ser en vano. Tenemos cierta conciencia de nuestro destino. Somos parte de nuestro destino mismo. Espera sin sufrir...

—Cuando yo era joven —continuó la abuela— y tenía tu edad, también me inquietaba. ¡No sé por qué me suponía que esperaba en vano! Pero un día mis ojos se encontraron con otros... ¡Fué suficiente una mirada! —suspiró.— Eran los ojos de tu abuelo. ¡Desde entonces comprendí que la fe significaba el absoluto para mí!

La anciana guardó silencio y miró a la calle. Tal vez en su imaginación reconstruíanse pretéritas escenas. El pasado colonial en la vieja ciudad provinciana, con sus casas chatas y bajas, las grandes ventanas con rejas..., el minué, los altos sombreros de copa y los clásicos vestidos blancos...

Ana María secó sus lágrimas, y abrazando a la abuela escondió la cabeza entre sus brazos, en una caricia inmensa de gratitud y de reconocimiento.

Ella era maestra de escuela.

Todos los días, al dirigirse a su ocupación en compañía de su amiguita Zelma, rodeada de pequeños alumnos que manifestaban alegría y contento al sentirse cobijados con la mirada protectora de la madre de las primeras letras, podía observarse en ella la belleza y sonrisa que jugueteaba en sus labios con dulzura milagrosa.

Alguien de cerca la atisbaba amorosamente. La sentía aproximarse con su caminar un poco lento, lleno de gracia, las pupilas verdes luminosas, el rostro fresco y juvenil, siempre sonriente.

¡Qué linda era Ana María en las mañanitas de mucho sol, de movimiento, de ruido y de trabajo en el viejo pueblo de provincia!

Raúl Nogares, que se había sentido fuertemente impresionado al verla pasar todos los días, que la

(Continúa en la pág. 70)

Guía de la mujer práctica

Lecciones de corte clásico En números anteriores hemos dado a conocer la manera de cortar algunas prendas, a fin de que nuestras lectoras aficionadas al corte puedan valerse por sí mismas en la confección de su ropa. Hoy lo hacemos con un nuevo modelo que es de moda y tiene una aplicación práctica.


Fig. 1.—Modelo del vestido cuyo corte se describe

La figura del grabado representa un vestido de corte derecho con volante plegado adelante solamente. El cuello vuelto da una nota elegante y protege la nuca. El chaleco será más o menos largo, según el gusto de la persona interesada, y variará según su composición: crêpe de China, tela brochada, etcétera.

La manga, de estilo nuevo también, será ancha en la proximidad del puño y terminada por seis botones, tres de cada lado. El cierre será asegurado por seis botones unidos, dos a dos, que serán fijos en uno de los lados.

La espalda del vestido se hace de una sola pieza y de aspecto derecho; pero se reservará en toda su extensión y al medio un pliegue hueco de ocho centímetros de ancho que, abriéndose en el bajo, dará cierta amplitud al vestido. Este pliegue será formado en el revés de la tela.

Nuestras lectoras conocen ya el detalle de los menesteres que se precisan para cortar el molde.

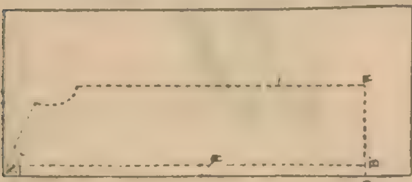
Corte del vestido (Figura 1)

Espalda. — Colóquese sobre una mesa grande la tela para cortar con la doblez hacia la persona que trabaja. Fíjese con alfileres de espacio en espacio a fin de que no se separe o se corra en el momento del corte. Colóquese encima el molde la espalda del vestido dejando entre el pliegue de la tela y la línea NB' un espacio de ocho a diez centímetros, destinado a formar el pliegue hueco (fig. 2).

La línea NB' indicará la costura del pliegue que no será cosido más que desde el punto N a la mitad de la distancia BB'.

Al colocar el molde sobre la tela, trátese de reservar tres centímetros a la izquierda del punto de la hombrera, para la costura. Márquense todos los contornos con jaboncillo de sastre.

Delantero. — Colóquese el molde del delantero del vestido a la derecha del molde precedente, y a diez centímetros


Fig. 2.—Molde de la espalda, colocado sobre la tela

de distancia de la línea B'R; la línea JM que está sobre la doblez de la tela, se fija con alfileres. Este molde está cortado sobre la línea I'M (fig. 3). Márquense los contornos de la misma manera que el anterior.

Volante. — Se tira una línea derecha en dirección de la trama a tres centímetros del punto M, que será M'I'. Se tira otra línea paralela NR', que será la base del volante, a la distancia necesaria para obtener el largo del volante, más ocho centímetros de M a N.

Plegado. — Se marcan dos líneas puntilladas CC, paralelas al pliegue M'N, después una línea llena PP, después una línea puntillada C (fig. 3).

Todas estas líneas estarán a iguales distancias entre sí, cinco a seis centímetros según el ancho que quiera dárseles a los pliegues.

Las líneas P son la suma de tres pliegues; las líneas C son las líneas de costura.

Corte. — Cuando todos los contornos y líneas están terminados, se corta la tela dejando para las costuras: un centímetro en el cuello, dos centímetros en los hombros, tres a cuatro centímetros en las costuras bajo el brazo HI, un


Fig. 3.—Molde del delantero, sobre la tela

centímetro en la cintura del vestido MI y en el alto del volante M'I', ocho centímetros al borde inferior de la espalda.

Bien entendido que el vestido no se debe cortar sino cuando un molde en muselina o en cretona ha sido probado antes y rectificado.

Preparación de las costuras al punto de sastre. — Todas las líneas marcadas de costura deben ser hilvanadas al punto de sastre para dejarlas visibles de los dos lados.

Estas puntadas se hacen con una aguja larga y con hilo doble, formando bucles todo a lo largo de la costura. Una vez terminado el hilván se separan las dos telas unidas por aquél, y se corta el hilo al medio.

Mangas. Molde. — Se traza un rectángulo cuyo ancho AB iguale a la medida del contorno de la escotadura, y el ancho AD iguale el largo total del brazo, estando éste doblado. Se marca la línea horizontal EF, distante de AB una quinta parte del largo AD. Se tira la línea vertical a la mitad de la distancia AB.

Escotadura. — Se trazan las curvas EEM EGF, como indica la figura 4. El punto S indica la parte de adelante de la manga, la sisa.

Costura bajo el brazo. — Aváncese el punto D tres centímetros hacia la derecha, después remóntesele dos centímetros. Márquese un punto en D'. Aváncese el punto C cinco centímetros hacia. D. Márquese C'. Trácense las líneas curvas ED', después FPC'. El punto F, indicando el lugar del codo será el lugar de una muesca de un centímetro más o menos de profundidad.

La entrada del antebrazo. — Es la que, por su corte, da la forma abierta

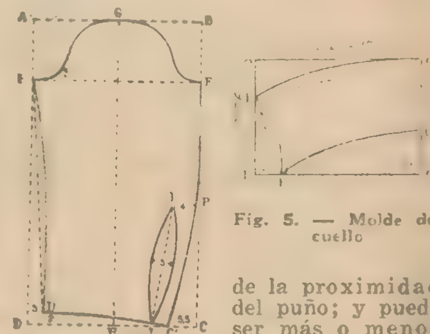

Fig. 4. — Manga derecha, abierta en el puño

Fig. 5. — Molde del cuello

de la proximidad del puño; y puede ser más o menos acentuada. Se traza una oblicua IJ, a un poco paralela a la línea PC'. Se forma una abertura que tendrá una profundidad de cinco centímetros al medio de su longitud.

Bajo de la manga. — Se reúnen C' y D' por medio de una línea. Esta manga debe ser cortada primero en muselina para ser probada primeramente y verificar la forma y el largo con el brazo doblado.

Cuello. — Trácese un rectángulo cuyo largo AB mida 13 a 14 centímetros, y cuya altura BC mida de 9 a 10 centímetros. Borde exterior: márquese el punto E a tres centímetros de A. Únase E y B por una línea oblicua, después por una curva de un centímetro de profundidad.

Delantero de la escotadura. — Márquese el punto F a dos centímetros de D. Reúnase F y E por una línea oblicua, después por una curva de ocho milímetros de profundidad. Cuello: márquese el punto G a tres centímetros de C. Únase G y F por una línea oblicua después por una curva de un centímetros de profundidad.

La línea BG indica el pliegue vertical, en mitad del cuello.

Este molde debe ser ejecutado primeramente en muselina para la prueba. Como todos los otros dibujos del molde, éste no lleva ninguna costura.

Chaleco. — El chaleco no supone ninguna dificultad de ejecución; no tiene por consiguiente ninguna necesidad de molde. Pero es, sin embargo, conveniente marcar con jaboncillo y a la regla los contornos exteriores antes de cortarlo.

El chaleco formará el cierre del vestido, y es por lo tanto indispensable darle una longitud suficiente para permitir el paso de la cabeza o algo más.

Cinturón. — Debe ser hecho en tela parecida o igual, ajustado o no, según lo que se use en el momento de la confección.

Indicaciones para hacer el pliegue de la espalda y los plegados de adelante.— Pliegue de la espalda: Se hilvana por completo, de arriba abajo, formándolo en el revés de la tela; después se aplana y se plancha. En seguida se hace una costura a máquina en el lugar de cada lado de la abertura del pliegue a una distancia de un centímetro más o menos.

Los hilvanes del pliegue no deben sacarse sino cuando la costura está terminada, si se quiere conservar bien la forma del mismo.

Pliegue de adelante. — Cuando por medio de puntos de sastre se han indicado con hilos de distintos colores las líneas P C, se abre la tela y se cortan los hilos, después se hace la orla en el bajo del volante haciendo un dobladillo en los ocho centímetros reservados. En seguida se forman los pliegues con hilván cerrado, aplanándolos e hilvanando de nuevo al planchar.

La costura y los pliegues se forman por el derecho de la tela.

No se deben sacar los hilvanes hasta el momento de colocarlo en el vestido.

Con un poco de experiencia la confección de este vestido resultará sencillísima.

Los vestidos de mujeres de cierta edad

Que la moda no debe tomarse rigurosamente al pie de la letra, sino que debe ser sometida a reflexivas interpretaciones, no es una novedad, pero se hace siempre conveniente recordarlo, porque a menudo se observan los peligrosos errores en que incurrir suelen las mujeres que olvidan o descuidan tales principios.

Esta circunstancia se hace más notoria en estos tiempos en que la moda del vestido femenino adolece de cierta uniformidad, y en muy poco suele variar el estilo del vestir de la mujer joven de la que representa ya una edad madura. Por tal motivo es más necesario que nunca poner en juego los recursos de la discreción para no caer en lo ridículo vistiendo con afectada impropiedad.

A los cincuenta años, por ejemplo, no se puede vestir, sin llamar la atención de una manera ingrata, de la misma manera que lo hace una jovencita de diez y ocho años. Sin embargo, no falta quien, siguiendo los rumbos ciegos de la moda que hoy unifican el estilo, comete tales adefesios.



Lo que debe evitarse — Lo que conviene

En los grabados adjuntos puede apreciarse esa esencial diferencia.

A los cincuenta años debe evitarse usar vestidos o líneas muy estrechas, las formas demasiado juveniles, los cinturones que marcan demasiado el talle, los vestidos exageradamente ceñidos y cortos y sin mangas, los "fourreaux" o que ciñen demasiado el cuerpo, las telas de colores muy vivos y dibujos muy llamativos, así como los adornos exagerados.

En cambio, siempre dentro de las líneas generales de la moda, estarán bien a una mujer de la edad referida las faldas de pliegues y godets moderados, de formas un poco vagas sin exceso de amplitud. Los adornos dispuestos a lo largo, los corpiños cruzados; los cuellos abiertos en punta adelante y montando en la espalda, etc.

Manual de labores

UN LINDO ESTUCHE DE RAFIA

La muñequita florista cuyo modelo puede verse en el grabado, es un gracioso bibelot, que resultará de muy buen gusto en un toilette o en un recibimiento donde esta clase de adornos está muy de moda. Nunca esta clase de adornos ha tenido mayor aceptación; y es por eso que, según comprobamos todas las semanas, nuestras lectoras se interesan

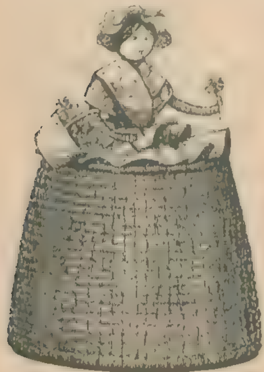


Fig. 1.—La muñeca florista sobre el estuche de rafia

cada vez más por este género de labores.



Fig. 2

Pasamos, pues, a explicar la forma de preparar un bibelot como los que describen nuestros grabados, cuya confección es tan sencilla como entretenida.

La muñequita florista se hace con el fondo de una caja redonda, que tendrá unos diez centímetros de diámetro, más o menos, cuya tapa irá cubierta de seda, encolada sobre las orillas (fig. 4). Los lados de la caja se preparan en rafia, con uno a manera de bordón, tomando muchas hebras, retenidas por un punto enrollado (fig. 5). De trecho en trecho un punto tomado de la vuelta precedente sostiene la que se está ejecutando. A medida que las hebras con que se trabaja se terminan, se substituyen con otras, a fin de que el cordón que se forma tenga siempre el mismo diámetro. Se habrán fijado las primeras vueltas sobre los bordes de la caja, cosiéndolas de trecho en trecho a la seda. Estrechando cada vez un poco las vueltas del bordón, se obtendrá la forma cónica que representa la base del estuche, como se ve en la figura 1. La tapa se hará de la misma manera, con el bordón de rafia y el punto enrollado, comenzando por el centro (fig. 6); pero se quitará un redondel perfectamente plano, un poco más grande que la abertura de la caja, o sea siete centímetros y medio más o menos de diámetro, cuando la abertura de aquélla debe tener unos siete centímetros. Para terminar en el borde, como en el trabajo del fondo de la caja, se irá disminuyendo el bordón cortando irregularmente las hebras y fijándolas sobre la vuelta precedente. La muñequita en que termina el estuche se hace de tela, rellenada con algodón. Se preparan cuatro patas de alambre, doblado en la forma que indica la figura 7. Y se reúnen las cuatro entre sí, atándolas en la forma que indica la figura 8. Una pelota de algodón cubierta de tela pintada o bordada con lana y con los cabellos bordados también en lana forman la cabeza (fig. 8).



Fig. 3



Fig. 4. — Cómo se adorna el fondo de la caja

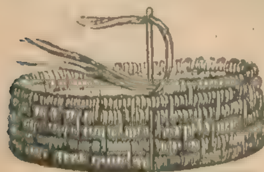


Fig. 5. — Cómo se ejecuta el contorno lateral de la caja

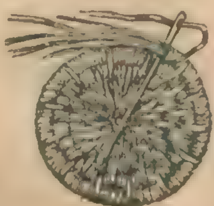


Fig. 6. — Trabajo de la tapa

Los brazos son de alambre, como se ve en la figura 9, y van enrollados con lana.

Con algodón enrollado sobre la armazón del tronco se hace el cuerpo, que se cubre con cintas (fig. 9), y se fija por la base de los alambres sobre la tapa del estuche, donde los alambres se disimulan o se tapan con algunas cintas fruncidas que forman como una falda de la muñeca (figura 1).

Fig. 7



Fig. 8

Con cintas también fruncidas se arma la toca de aquélla.

Completan el bibelot una pequeña canastilla hecha con paja de seda (figura 2), y con un aro de alambre fino.

En el interior de la canastilla se colocan unas minúsculas florcitas montadas sobre alambres finos en la forma que se ve en la figura 3.



Fig. 9

La altura de la muñeca es de cinco centímetros hasta el talle. La del estuche completo incluso, la muñeca es de trece centímetros.



Fig. 10. — Manera de unir la muñeca a la tapa del estuche

ORLA EN "FRIVOLITÉ"

Esta orla destinada a adornar un festón, se hace de hilo de encaje fino o grueso, según la tela. Se puede emplear también hilo perlado de color.

Los pequeños motivos de tres redondeles dispuestos en triángulo se hacen separadamente de la siguiente manera: ocho nudos dobles, un picot corto, ocho nudos dobles, se cierra el anillo. Cinco nudos dobles, un picot largo, tres nudos dobles, un picot largo, tres nudos dobles, un picot largo, cinco nudos dobles, se cierra el anillo. Ocho nudos, un picot corto, ocho nudos dobles, se cierra el anillo.

Ténganse bien unidas las dos extremidades del hilo para cerrar el motivo en el centro.

La base de la orla. — Ocho nudos dobles, un picot largo, cuatro nudos dobles, se cierra el anillo. Se deja una hebra de hilo igual a la altura del anillo antes de empezar el primer doble nudo de la vuelta siguiente (esto se hace entre cada anillo de la orla y se forma la base).

Cuatro nudos dobles, unir al picot corto del anillo anterior; cinco nudos dobles, unir al picot corto del primer anillo de un pequeño motivo; tres nudos dobles, un picot largo, cuatro nudos dobles. Se deja, dos veces por lo menos, el largo del hilo necesario para separar dos anillos, después: cuatro nudos dobles un picot largo, tres nudos dobles, unir al picot de la tercer vuelta del motivo, cinco nudos dobles, un pi-

cot corto, cuatro nudos dobles, se cierra el anillo. Se deja una hebra como al principio, después: cuatro nudos dobles, unir al último picot del redondel precedente. Cuatro nudos dobles, un picot



largo, cuatro nudos dobles, un picot corto, y cuatro nudos dobles, se cierra el anillo.

El hilo del borde que forma solamente la base, es necesario festonearlo por encima para el montaje del encaje.

EL CROCHET ARTÍSTICO

El stor que presenta nuestro grabado reproduce una "mimosa" con ramas y hojas trabajadas al crochet.

Se compone de un panneau en filet de una malla de un centímetro sobre la cual van cosidos los pompones de lana que figuran las flores de mimosa, así como los tallos y las hojas. Un galón de lana verde, cosido, montado sobre los bordes, encuadra el panneau de filet que va adornado en la orilla inferior con un fleco de pompones de lana amarilla.

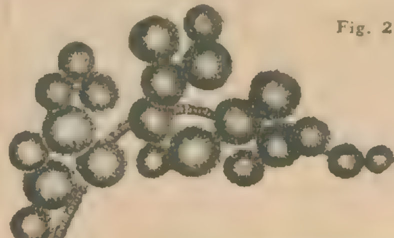


Fig. 2



Fig. 3 Fig. 1

Ejecución de la flor de mimosa. — Se trabajan con lana amarilla o cruda, y cada grano está formado por un pompón, que se hace de cuatro tamaños diferentes.

Para hacer los granos se preparan dos pequeños redondeles que tengan tres centímetros de diámetro (fig. 3).

Estos redondeles van perforados en el centro; y sirven para enrollar la lana alrededor de ellos estando los dos unidos; lo cual se hace con una aguja de tapicería, y se cubren completamente de lana haciendo a su alrededor tres o cuatro vueltas.

En seguida se cortan los bordes exteriores de las hebras de la lana enrollada sobre los cartones; se enrollan una nueva hebra de lana en el interior de los dos cartones, se cierra fuertemente y se anuda.

Se sacan entonces los dos redondeles de cartón y el pompón está así formado.

Se hacen de esta manera el número de pompones necesarios para formar la flor, empleando para esto redondeles de cartón de diferentes tamaños.

Después se hace el tallo. Se monta el número de mallas al aire que se quiera, y se cubren de mallas cerradas, una malla cerrada por cada malla.

Para terminar, una malla tirada sobre cada malla. Se fija en seguida el tallo sobre la red y se coloca cada pompón en su lugar respectivo, cosiéndolo por la parte anudada.

En el número próximo explicaremos la forma de trabajar al crochet las hojas.

El buen humor de los demás

HUMORISTAS ARGENTINOS

ENRIQUE LONCÁN

LOS NUEVOS RICOS

Los nuevos ricos son más felices que los otros, porque han conocido los rigores de la pobreza y tienen verdaderos motivos para despreciarla. Un hombre rico que no tiene una razón íntima y profunda para despreciar a los pobres, no es digno de ser un hombre rico.

Cuando de noche pasa un automóvil cuyo interior está completamente iluminado, puede asegurarse que en él viaja una familia de nuevos ricos. Llevan esa luz para no dormirse y para no soñar. El sueño es un enemigo temible de la conciencia.

Los que "siempre tuvieron fortuna" se diferencian, entre otras cosas, de los "enriquecidos de última hora", en que los "enriquecidos de última hora" van adquiriendo poco a poco todos los bienes de los que "siempre tuvieron fortuna".

Las antigüedades y el estilo colonial adoptados en la arquitectura y en el mobiliario de los nuevos ricos, son como las sonrisas de las cortesanas: distraen, pero no convencen.

La mayor parte de las familias que hace quince años recibían hasta tarde en las casas grandes y en los palacetes del barrio norte han cedido sus puestos a los nuevos ricos y ahora viven en modestos departamentos donde no se puede ir de visita después de las diez de la noche. El destino, al producir este cambio, realiza la revancha de los antiguos sirvientes.

Los que "siempre tuvieron fortuna" se ríen entre ellos de los "enriquecidos de última hora"; pero los hijos de los "enriquecidos de última hora" se casan fácilmente con las hijas de los que "siempre tuvieron fortuna". Una cosa es la risa y otra cosa es el matrimonio.

Los nuevos ricos no entenderán jamás la poesía y el encanto de "La novela de un joven pobre."

Las familias que hace quince años ocupaban en los teatros los palcos "avant-scène" se ubican ahora en la platea; en cambio, las que ocupaban la platea, hoy se instalan en los palcos "avant-scène". Ahora, como entonces, los de arriba pagan más para darse el gusto de proteger a los de abajo. Decididamente la vanidad es una flaqueza cara pero cómoda.

El nuevo rico daría la mitad de su fortuna por llevar el apellido de un héroe de la Independencia. El descendiente de un héroe de la Independencia daría la mitad de su apellido por tener la fortuna de un nuevo rico. Desgraciadamente, hay negocios que no se pueden hacer. La historia carece por completo de espíritu comercial.

El perfecto nuevo rico, cuando habla de su mujer, dice textualmente: "mi esposa"; cuando tiene dolor de cabeza, dice textualmente: "tengo jaqueca"; y cuando se va a Montevideo, dice textualmente: "me voy a la vecina orilla". Todo nuevo rico tiene una marcada tendencia a la crónica social.

Los guarangos se diferencian de los nuevos ricos, en que los nuevos ricos siempre son guarangos; pero los guarangos no llegan siempre a ser nuevos ricos.

La afición a los caballos de carrera es una afición eminentemente aristocrática. Los nuevos ricos se dedican a ella porque los caballos de pedigree más humilde suelen ser los que ganan los premios más grandes. Desde Troya, el destino de los caballos consiste en vengar a los hombres.

CURSO LIBRE DE CHISTOLOGÍA

Un célebre alienista enseña su hospital a varios compañeros que van de paso.

Encuentran en el jardín a un pobre joven de aspecto distinguido, dulce y melancólico, que mece entre sus brazos una muñeca.

— He aquí — dice el doctor — uno de mis más simpáticos pensionistas: es la misma dulzura. Se trata de un pobre chico cuya mano rechazó una encantadora señorita a quien adoraba. Por ello se volvió loco; pero se consuela con esta muñeca, a quien toma por la joven con quien se quiso casar.

En el mismo momento salió corriendo del fondo del jardín un loco furioso. Los guardianes que van en su persecución consiguen detenerlo en el instante en que se iba a arrojar sobre el grupo formado por el alienista y sus oyentes.

— ¡En cuanto a ése — dijo el alienista, — es el que se casó con la encantadora joven!

Contaba Racine que un médico le había prohibido beber vino, comer carne, leer y dedicarse a la más mínima cosa. Y añadía que terminaba de este modo:

— ¡Y ahora, a divertirse!

Al doctor Abernethy le molestaba mucho que se le importunara por la noche. Se acostó una vez hacia la madrugada de malísimo humor, porque le habían hecho levantarse a hora importuna, y he aquí que oye sonar el timbre nuevamente.

— ¿Qué hay? — interroga con cólera.

— Doctor..., pronto..., que mi hijo acaba de tragarse una rata.

Y el doctor, acostándose otra vez, con toda tranquilidad:

— Pues, dígale usted que ahora se trague un gato.

Érase cierto mancebo con grandes pretensiones de poeta, que escribió "La Creación", poema de empeño en muchos cantos. Buscó recomendaciones que se

(Continúa en la pág. 62)



EN EL GRAN MUNDO

— ¡Singular soirée! No conozco absolutamente a nadie.

— Eso no tiene nada de particular. Yo soy el dueño de casa... y me ocurre lo mismo.

Brindis pagano

Por

ISABEL ALONSO DEYRA




l raudal luminoso y cegador canta en los cielos: "¡Alegría!, ¡alegría!, ¡alegría!". Y la Tierra, estremecida, responde con voz de novia al reclamo nupcial: "¡Primavera!, ¡primavera!, ¡primavera!"...

El monte flamea todo rojo y ardiente en una milagrosa floración de capullos sangrientos, de troncos caldeados por el hálito caliginoso de la savia que colma los cálices galanos en la fiesta germinal. Entre las ramas desflecadas de los pinos y en el follaje prieto que circuye el hontanar umbrío, el sol refulge y queda su lumbre flotando como un airón de cimera... Salta violento el chorro espumoso del agua danzarina, y en él se irisa, temblando, la luz. El jugoso deleite de las moras — aroma y rubia miel — de un cárdeno violento con estrías de oro, se ofrece en los vallados como bocas frescas maduras por el amor...

Ríe la bendita mañana en mis labios y en mis ojos, y la aireña dulzura con levedad de ala se va adentrando mansamente en mi corazón.

He subido, ágil y contenta, por el sendero de los álamos hasta los secos breñales. Desde allí he visto bajar, canturreando, a un cabrero joven, un lobato serrano, áspero, audaz y fiero. En lo alto de un olmo una urraca copetona y pintada lanzó un desafío cuya saeta musical, tensa y vibrante, fué a clavarse en las oquedades con eco zumbón. Detúvose el rústico con cautela, y



Romance a la antigua

Por JULIA BUSTOS

"Caminante:

Si te sobra una plegaria
rézala sobre esta tumba,
que hace falta."
Tal la sencilla leyenda
que sobre un sepulcro hallara,
escrita en un mármol blanco,
cuando viajé por España.

— Contesta, sepulturero:
¿Quién esta losa grabara?...
— ¡Ah, señor; la historia es triste
como un alma condenada!
Año y medio hace de esto.
y aun me acuerdo de la cara
de aquel noble caballero
que a mi casa se llegaba
para encargarme una losa
escrita d'estas palabras.
Dijo que era para un muerto
que iban a traer al alba.
Preguntéle con qué nombre
encabezaría la lápida;
"Con ninguno, qu'el difunto
no deja amor en España."

Y al decir esto marchóse;
y a la siguiente mañana
cuatro mozos del cortijo
traían un muerto en andas.
Diz que en las vigas ahorcóse
de la vecina posada.
El muerto era el caballero
que me encargara la lápida.
Como deudos no tenía,
ni nadie sus señas daba,
acordaron enterralle
aquí entre las mesmas plantas,
pues el cura de la aldea
le negó la cruz cristiana,
diciendo que los suicidas
del Señor pierden la gracia.

Callóse el sepulturero;
volví a contemplar la lápida;
y al verla tan misteriosa,
tan suplicante y tan blanca
parecióme una gran mano
abierta que mendigaba.

Se doblaron dos rodillas
y se elevó una plegaria.

la ancha manaza sombreó los ojos avizores. La descubrió en la horqueta plomiza y desgajada y a tiempo que se lanzaba al espacio por burlarlo, la afrentó un hondazo certero que le desgarró el pecho. Y el ave, herida en el vuelo, cayó a sus pies con un grito quejumbroso de angustia...

Acercóse al torrente el mañero cazador para llenar su tosca copa de corteza labrada, y antes de beber la alzó de frente al sol.

Yo adiviné en ese mudo brindis pagano lo que hubiera querido decir a la Tierra amorosa y pródiga, al viento saturado de polen que le henchía las venas con esa nueva fuerza que llameaba en su mirar...

Las tardes del lagar, donde las locas burbujas del mosto azucarado hacen chispear la cháchara locuaz en lenguas jóvenes, las siestas ardorosas en la soledad del peñascal entre los chotos ariscos y la visión reciente del herbazal inculto a la vera del río, donde dormitaba, sueltos los enmarañados cabellos, la más esquiva moza del contorno... Ha recordado todo eso al beber el agua del escondido venero de la montaña, fuente de todos los dulzores del jugo sacro que, como un gran latido que viene de lo hondo, revienta en copos de aromosa nieve en la casta blancura de los almendros...

Acaso le ha dejado un extraño sabor de vino eucarístico...

Y el cabrero audaz ha sonreído fieramente...



lo presentaran a "Clarín"; leyó "Clarín" una estrofa, dedujo lo que era el palo por la astilla, y devolvió el manuscrito.

—¡Pero, hombre!... —le dijo al vate.—¿Por qué diablos se ocupa usted de estos asuntos?... ¡La Creación!... ¡La Creación!... Y ¿quién le manda a usted meterse con la Creación?...

—Es que yo...

—¡Nada, nada, no tiene usted disculpa!... ¡Si quiere usted crear algo, cree usted una familia!...

—¡Pero si ya la creé!...

—¡Pues, otra; hombre, otra!...

—Ah, doctor! ¡Esto es demasiado sufrir! ¡Hágame usted morir, por caridad!

El buen humor de los demás

(Continuación de la pág. 59)

—¡No necesito consejos: conozco bien mi oficio!

—Pero, señor juez: repare usted en que ese señor es un cretino.

—Bueno, basta. ¡Esa no es razón para que usted le maltrate; los cretinos son hombres como usted y como yo!

Va una señorita a consultar con un abogado que es su prometido. Éste le cobra carísimo, y ella se lo reprocha.

—Es que—le dice él—he querido que te convencieras de cuán lucrativa es la profesión de abogado, para que vieras así el buen partido que soy...

Un príncipe de la ciencia aconseja a uno de sus enfermos que se someta a una grave operación.

—¿Es muy dolorosa?—le pregunta éste.

—Para el paciente, nada—le responde el médico;—a él se le obliga a dormir; pero es muy dolorosa para el operador.



LOS FILANTROPOS

—Sírvase usted; y conste que no necesitaba decirle al mucamo que es pariente nuestro.

—¿Cómo?

—Los operadores sufrimos de ansiedad, porque tenga usted en cuenta que la operación sólo se hace con éxito una vez de cada ciento.

Don Cosme tiene un pleito con don Jaime, y el mismo día en que va a verse el juicio tiene que hacer un viaje a la ciudad. Pero el juicio es de importancia, y don Cosme le dice a su abogado:

—No deje usted de ponerme un telegrama en cuanto el tribunal sentencie.

Y llega a la ciudad y va al hotel, y en el hotel le entregan un telegrama que dice así:

"Ha triunfado la justicia."

E inmediatamente corre don Cosme a poner este otro telegrama:

"Apele usted."

Dios reúne en el paraíso a un católico, a un protestante y a un judío.

—Os voy a dar a cada uno lo que desee—les dice.

—A ver, ¿qué quieres tú?—pregunta al protestante.

—¿Yo, Señor? El poder.

—Tuyo es. ¿Y tú?—pregunta al católico.

—¿Yo, Señor? ¡El oro del mundo!

—Tuyo es. ¿Y tú?—pregunta al judío.

—¿Yo, Señor? Yo, nada. ¡A mí me basta con que me deis la dirección del católico!

Dionisio está en un apuro, y va en busca de su amigo Salustiano para que le saque de él.

—No necesito más que quinientos pesos, y total por unos días, porque en cuanto cobre a fin de mes te los pago.

Salustiano es un roñoso despreciable y le responde a su amigo:

—No hay inconveniente; te los presto, pero con el nueve por ciento de interés.

—¡El nueve por ciento! ¿Tú sabes lo que dices?

—¡El negocio es el negocio!

—Pero, ¿no temes la cólera de Dios?

—¡Ta, ta, ta! ¡Con lo que sale!... Dios nos ve desde allá arriba, y desde allá arriba el nueve parece un seis.

Don Goyo, un nuevo rico, se entera de que es muy chic el gustar de la mú-



POBRE CIEGO

—¿No viene nadie?
—No, papá.
—Bueno, entonces prepárame el "ginfizz".

sica, y no pierde concierto de importancia.

Pero llega al teatro con retraso, oye que toca la orquesta, y pregunta a un caballero:

—Me haría usted el favor de decirme lo que tocan?

—Sí, señor: la Novena sinfonía de Beethoven.

—¡Diablo! ¿La novena ya? ¡No creí que llegaba tan tarde!

Un pícaro a un amigo suyo:

—Haz el favor de prestarme seis pesos.

—¿Seis pesos? ¡Tengo cuatro y ya es bastante!...

—Pues, entonces, déjame los cuatro.

Y metiéndoselos en el bolsillo:

—Me quedas a deber dos.

Margot se viste para ir al teatro.

—Mamá: ¿qué hago hoy?: ¿me lavo las manos o me pongo los guantes?



MÚSICA MODERNA

—¡Qué acordes maravillosos! ¡Qué hermoso motivo! Escribiré eso, y será la mejor de mis sinfonías....

Se estrenó una comedia de Tristán Bernard, que, por rara excepción, no tuvo éxito. Un amigo del autor le pide unas entradas, y Tristán Bernard se las manda con la siguiente advertencia: "Convendrá que lleve usted un revólver, porque se va a encontrar en un desierto."

Un individuo roba una sierra, lo detienen, y termina ante el juez.

—Señor—le dice a éste:—yo sólo quise dar una broma.

—Y ¿a qué distancia llevó usted el objeto robado?...

—A una legua de aquí.

—Pues eso es llevar la broma demasiado lejos.

Y lo condenó a seis meses de penitenciaría.

En tiempos de Luis Felipe, fué un solicitador a visitar a un relator del Consejo de Estado, conocido entonces por su falta de escrúpulos. Y en cuanto se hallaron solos, el solicitador le dijo así:

—Señor, para entre nosotros!... Haga usted eso. Ahí tiene usted diez mil francos, y nadie sabrá una palabra.

El consejero replica:

—Mire, señor: deme usted veinticinco mil francos y cuénteselo a todo el mundo.

Le pegan a Juanito un par de bofetadas. El se irrita y se va hacia el agresor:

—Bueno, diga usted: ¿me pega usted en serio o me pega usted en broma?...

—¿Cómo en broma? ¡En serio, en serio!

—¡Ah, bueno; menos mal; porque si no, ya se convencería usted de que a mí no me gustan las bromas de esta clase...

Le escribió Guy Patin a su amigo Falconnet:

"M. Bouvard, primer médico de Luis XIII, está enfermo de una fiebre continua, de una fluxión al pecho y de ochenta y cuatro años."

A los lectores que viven en provincias les interesa saber que la

única

revista que se vende al precio de

20 centavos

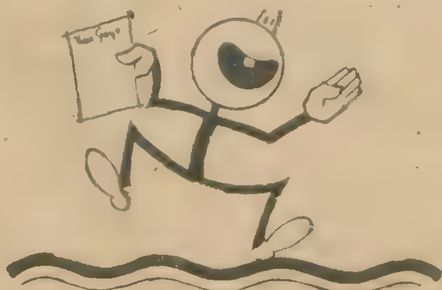
en todo el interior es

Don Goyo

76 páginas de humorismo sano

Caricaturas
Cuentos
Artículos
Historietas
Fotografías cómicas
Poesías festivas
Etc., etc.

Ninguna publicación de su género ofrece mayor cantidad de lectura.





1 — **TRAJE** de voile estampado .... $ **25.—**

SOMBRERO de taupet, $ **35.—**

2 — **TRAJE** de mongol negro, con adornos de gasa estampada .... $ **65.—**

SOMBRERO de castor y cinta, pesos .... **25.—**

3 — **TRAJE** de mongol de todos los colores de moda .... $ **60.—**

SOMBRERO de castor, $ **20.—**

La colección completa consta de miles de modelos y es renovada parcialmente todos los días.



FOSFATINA FALIERES

asociada a la leche es el alimento más agradable y el que más se recomienda para los niños, sobre todo en el momento del destete.

Conviene a los estómagos delicados.

Exíjase la marca **FOSFATINA FALIÈRES.**

Desconfiad de las imitaciones a que sus éxitos han dado origen.

En todas las Farmacias, Droguerías y Tiendas de Comestibles

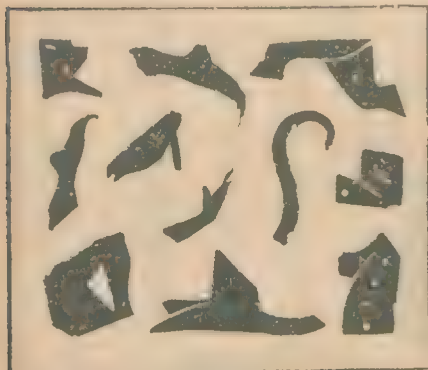
PARIS, 6, Rue de la Tacherie

Para la gente menuda

Por LA ABUELITA

SECCIÓN RECREATIVA

ROMPECABEZAS



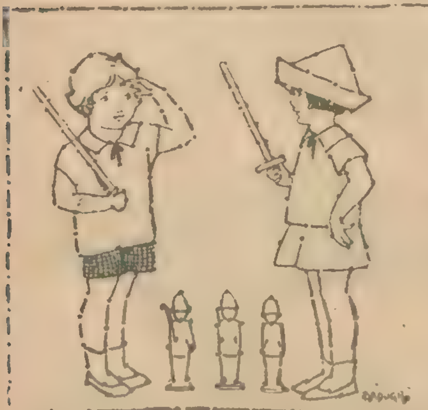
¿Qué puede hacerse con estos trozos negros? Tienen la palabra mis hábiles amiguitos, quienes los recortarán con cuidado y pegarán sobre un papel blanco, obteniendo una figura.

UN CONEJITO



Pasar tinta o pintura negra sobre las líneas sobrantes, de manera que se obtenga la figura del conejito marinero que se ve a la izquierda.

¡A LA ORDEN!



Es un interesante cuadrito para ser bordado con seda de colores, como hemos hecho en diversas oportunidades. El grabado marca el sitio de cada puntada.

POR QUÉ LAS CAÑAS SON HUECAS

DE GABRIELA MISTRAL

AL mundo apacible de las plantas también llegó un día la revolución social. Dícese que los caudillos fueron aquí las cañas vanidosas. Maestro de rebeldes, el viento hizo la propaganda y en poco tiempo más no se habló de otra cosa en los centros vegetales. Los bosques venerables fraternizaron con los jardincillos locos en la aventura de luchar por la igualdad.

Pero, ¿qué igualdad? ¿De consistencia en la madera, de bondades en el fruto, de derecho a la buena agua?

No; la igualdad de altura, simplemente. Levantar la cabeza a uniforme elevación, fué el ideal. El maíz no pensó en hacerse fuerte como el roble, sino en mecer a la altura misma de él sus espiguillas velludas. La rosa no se afanaba por ser útil como el caucho, sino por llegar a la copa altísima de éste y hacerle una almohada donde echar a dormir sus flores.

¡Vanidad! ¡Vanidad! ¡Vanidad! Delirio de ser grande, aunque siéndolo contra Natura, se caricaturizan los modelos. En vano algunas flores cuerdas —las violetas medrosas y los chatos nenúfares— hablaron de la ley divina y de soberbia loca. Sus voces parecieron chochez.

Un poeta viejo, con las barbas como Nilos, condenó el proyecto en nombre de la belleza, y dijo sabias cosas acerca de la uniformidad, odiosa en todos los géneros.

II

CÓMO lo consiguieron? Cuentan de extraños influjos. Los genios de la tierra soplaron bajo las plantas su vitalidad monstruosa, y fué así cómo se hizo el feo milagro.

El mundo de las gramas y de los arbustos subió una noche muchas decenas de metros, como obedeciendo a un llamado imperioso de los astros.

Al día siguiente los campesinos se desmayaron — saliendo de sus ranchos —ante el trébol, alto como una catedral, y los trigales hechos selvas de oro. Era para enloquecer. Los animales rugían de espanto, perdidos en la obscuridad de los herbazales. Los pájaros piaban desesperadamente, encaramados sus nidos en atalayas inauditas. No podían bajar en busca de las semillas: ya no había suelo dorado de sol ni humilde tapiz de hierba.

Las cañas, victoriosas, reían, azotando las hojas bullangueras contra la misma copa azul de los eucaliptus.

III

DÍCESE que un mes transcurrió así. Luego vino la decadencia.

Las violetas, que gustan de la sombra, se secaron.

—No importa — apresuráronse a decir las cañas; — eran una fruslería.

Las azucenas, estirando el tallo hasta treinta metros, se quebraron. Las cañas arguyeron lo mismo.

Los limoneros perdieron sus flores a esas alturas. ¡Adiós cosecha!

—No importa — rezaron de nuevo las cañas; — ¡eran tan ácidos los frutos!

El trébol se chamuscó. Las espigas se inclinaron. Las patatas dieron tubérculos raquíticos: no eran más que pepitas de manzana.

Ya las cañas no reían; estaban graves.

De más está decir que no hubo para los hombres pan ni fruto, ni forraje para las bestias; hubo hambre, hubo dolor en la tierra.

En tal estado de cosas sólo los grandes árboles quedaron incólumes, de pie y fuertes como siempre. Porque ellos no habían pecado.

Las cañas, por fin, cayeron las últimas. De macizas que eran se habían vuelto huecas. Se estiraron devorando leguas hacia arriba; pero hicieron el vacío en la medula, y eran ahora cosa irrisoria, como las marionetas y las figurillas de goma.

Natura reparó en seis meses las averías.

El poeta de las barbas como Nilos vino después de larga ausencia, y, regocijado, cantó la era nueva.

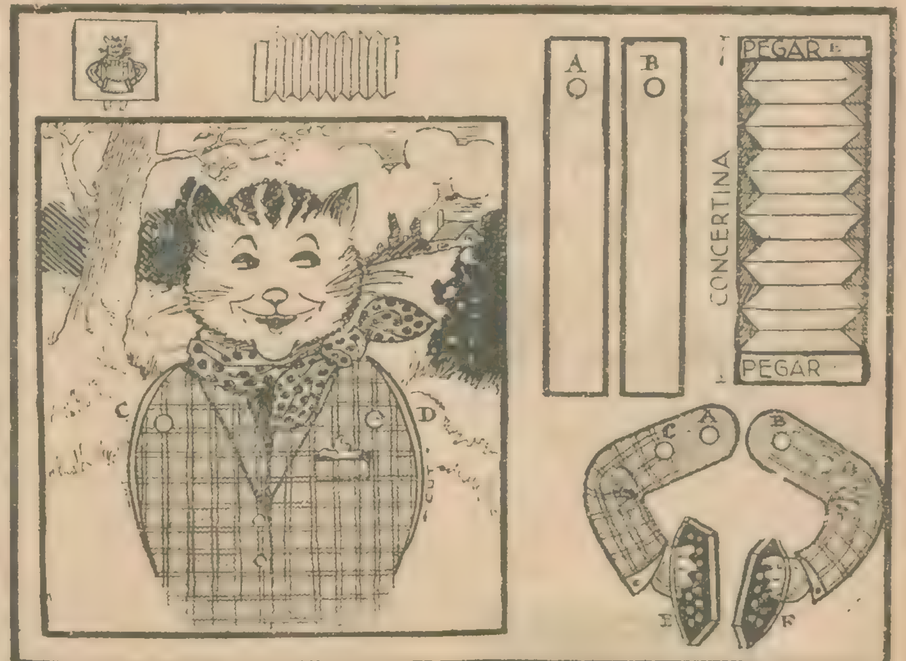
—Así bien, mis amadas. Bella la violeta por minúscula y el limonero por

la figura gentil. Bello todo como Dios lo hizo: el roble, roble y la cebada, frágil.

La tierra fué nuevamente buena; engordó ganados y alimentó gentes. Pero las cañas — caudillos — quedaron para siempre con su estigma: huecas, huecas...

SECCIÓN RECREATIVA

Miky el músico



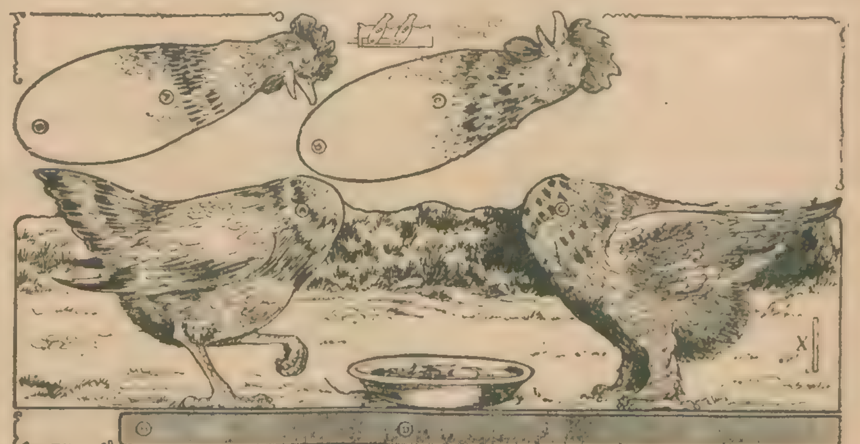
Gustará a los gentiles lectorcitos de "El Hogar" ver cómo este risueño gato se desempeña en su instrumento.

Empecemos por recortar la tira que dice "concertina", y doblarla a manera de abanico. Luego pegamos sobre cartón las otras piezas.

Cada extremo *E* de la concertina se pega con *E* de los brazos del músico. Abriendo una hendidura en el cuerpo del gato se introducen los brazos y fijan broches en *C* y *D*. Las aberturas *A B* son para fijar las palancas *A* y *B*. Al mover las cuales Miky empieza el concierto.

NUESTRO JUGUETE SEMANAL

Buen apetito



Recortemos las aves, una vez pegadas sobre cartón y pintadas con bonitos colores. Los cuerpos están en una sola pieza (la inferior). La tira larga se sitúa detrás, de manera que coincidan sus puntos *B* y *D* con los mismos en la pieza de las cabezas. Antes se introduce por la abertura *X*. Se fijan broches por ellos y por *A C*.

Al mover la palanca libre, veremos a las gallinas comiendo apresuradamente su ración.

El guardarropa de una mujer elegante

(Continuación de la pág. 29)

—Yo, en los baños de mar, soy el admirado; y cuando las olas, con sus manos fuertes y codiciosas, me acarician, yo sé salir airoso en busca de mi compañera, que me arrebuja afectuosamente en su inmensa capa, cuyos múltiples coloridos le dan un aspecto alegre y bello.

—Yo soy el traje "transformación"; se cree en mi aspecto verídico e inimitable; y de un cambio de pequeños detalles, me transformo: mis mangas, sujetadas con elástico, caen denunciando la blancura de los brazos; la cintura se vuelve écharpe; yo soy, si se desea, un traje simple o bien un traje de vestir, y puedo ser aun todo lo que se quiera que yo sea: traje de "transformación", hallazgo moderno, manera de estar sumida siempre en un sueño de feminidad.

—Yo soy el traje de noche, centelleante, cuajado de perlas, canutillos y "strass"; los arabescos exóticos que forman el bordado en sus varios dibujos, dan realce a la suntuosidad del traje.

—Yo confiero a quien me lleva más majestad y riqueza que a una reina verdadera. Deslumbro la vista de los que me miran y exijo admiración; soy



Trajecito en mongol beige rosado, ligeramente ondulado con botones de cristal

el fausto oriental, simbolizo a la China, a la Persia y a la India milenaria. Con mi belleza irresistible atraigo, y ante mí se postran el amor y el halago, en un constante vasallaje. Soy el complemento indispensable del traje de noche; mi tejido, de oro "souple", cae graciosamente en pliegues acampanados, dejando entrever en los movimientos las rosas de la misma tela; el gran cuello de "lapin" del mismo tono acaricia suavemente la nuca de mi dueña. Me llaman "sortie de bal"; soy extranjera y he sido criada en una de las casas más renombradas de París.

—Yo soy el sobrio y cómodo tapado de cuero plateado; mi flexibilidad iguala a cualquier tejido. Soy tan nuevo que aun la mayoría me desconoce; es por eso la predilección de mi dueña cuando salgo en su auto en largas excursiones.

Gracias múltiples de la mujer, atavíos que crean una imagen, que imponen una actitud, un estado del alma, conjugación preciosa de los adornos mujeriles y de un cuerpo armonioso, los trajes no viven más que cuando son llevados...

Y así la moda, en su eterna evolución, nos demuestra en sus menores detalles el interés y la preocupación de creadores y modistas, que no aspiran a otra cosa que a embellecer a la mujer.

Particularidades del teatro chino





El teatro chino es de los menos conocidos entre nosotros.

Ante todo, las buenas compañías de actores chinos son raras, su traslado a Europa o América demasiado costoso y su decorado escénico, sus trajes y su idioma tan originales y extraños, que una empresa teatral de esta índole no tendría entre nosotros sino un breve éxito de curiosidad.

Contentémonos, pues, con mostrar en rápidas ojeadas, el mecanismo de ese arte dramático.

Los teatros propiamente dichos no tienen, como los nuestros, insignia exterior: un simple cartel indica el título de la pieza, y si no fuese por el tumulto ensordecedor de la música china, que se oye desde muy lejos, nada haría prever lo que pasa en el interior de la casa gris, de aspecto medianamente limpio. La entrada no es cara; por el equivalente de veinte centavos oro de nuestra moneda se tiene una silla no muy cómoda, pero suficiente para ver la representación. Los palcos, compuestos simplemente de un banco detrás de una mesa, sirven para cinco o seis personas y cuestan de dos a tres pesos oro. En ellos, los chinos de calidad, mandarines o comerciantes, comen fiambres o postres y fuman durante la representación, ya sea en pipa o en cigarros usuales, pues disimulan su vicio del opio, reservándolo para el café concierto.



Compromiso matrimonial. La joven, representada por un hombre, concede su mano al elegido de su corazón, tendiendo hacia él el pie derecho. El rival del preferido pone la peor cara del mundo



Mujer en traje de fiesta, del tiempo de la dinastía Ming, representada por un hombre

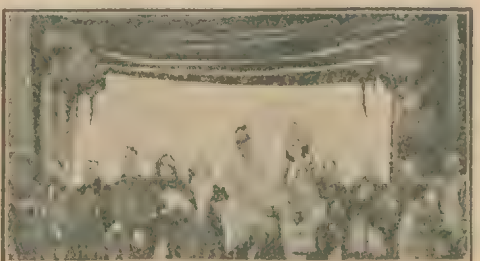


Papel de enamorada moderna

¿Qué se representa? Generalmente, piezas guerreras con argumentos de épocas muy remotas. Los trajes son deslumbradores; la música con tambor, címbalos, batintines y enormes cajas, es capaz de ensordecer a un artillero; el lenguaje de los actores, que gritan monosílabos, es generalmente un antiguo dialecto que nadie comprende; pero de cuando en cuando un cómico que habla el idioma corriente vuelve a los espectadores a la realidad con cualquier grosera bufonada que hace levantar de risa, como una masa gelatinosa, el formidable vientre de algún mandarín; bufonada casi siempre obscena y que encanta al público.



Pretendiente conversando con su amada



El final, a manera de apoteosis de muchas obras teatrales chinas. Paso bailable de los esponsales

Así como el chino es insensible a muchos dolores que impresionan a los hombres de raza blanca, su percepción intelectual es menor que la nuestra, y para sobreexcitar sus sentidos es indispensable la exageración.

Por la sala circulan mozos que sirven te y cada diez minutos os pasan una toalla mojada en agua tibia para que los espectadores se humedezcan la cara y las manos. "Tened; esto espanta los microbios enemigos."

En las poblaciones rurales la idea de teatro va unida a la de algo sagrado, y, con frecuencia, para dar gracias a un dios por haber cesado una inundación o permitido la captura de un facineroso, se decreta una representación teatral.

Los actores chinos son la hez de aquella sociedad, y las personas que se estiman no tratan con ellos sino *de ocultis*. Suelen comenzar su carrera como esclavos a sueldo de un *pan Achón* o empresario de compañía, para barrer la sala o mudar las sencillísimas decoraciones; algunas sillas, una mesa, la orquesta visible al público, en el fondo de la escena, a derecha e izquierda dos puertas y algunas cortinas. Pero cuando el actor se hace famoso puede ganar al año diez mil taels o más.

Casi todos los papeles de mujeres son en las grandes ciudades desempeñados por hombres, y así se explica cómo esos actores feministas reciban con cierta frecuencia espléndidos obsequios, que les permiten llevar un tren fastuoso de vida. El arte dramático y el cómico andan allí muy mezclados: héroes, heroínas, papeles inmorales y bufones figuran en la misma pieza. Sus escenas son, con frecuencia, muy licenciosas, las costumbres muy ridiculizadas, las representaciones de los actos más usuales propenden a lo grotesco, el montar a caballo se indica poniéndose una caña entre las piernas y agitando un látigo, como hacen los niños, y para representar una batalla los actores se persiguen entrando por una puerta y saliendo por otra.

Santiago Rusiñol

(Continuación de la pág. 19)

nales; sus libros, descriptivos, novelescos, humorísticos, han motivado repetidas ediciones y obtenido la versión en distintos idiomas; pero solamente sus producciones escénicas han difundido el nombre de un autor que no ha podido ser olvidado por ningún público emocionado con sus personajes dramáticos o sainetescos. A toda suerte de auditorio ha sabido dominar con "El Místico", "La Madre", "El Héroe", la "Buena gente", unas veces dentro de la corriente "teatral", otras por la senda arriesgada del arte puro.

Sobre todo en Cataluña, intimando con su público predilecto, Rusiñol ha podido ser el continuador del famoso Federico Soler ("Serafí Pitarra") en popularidad y en cantidad producida. A todos los gustos y aficiones supo seducir. Ha sido, en realidad, tenaz y acertado estratega. Habilísimo en amalgamar lo convencional con lo nuevo, del que, por otra parte, no ha pretendido abusar. Con este modo, ya llamado "rusiñolesco", ha sido el autor que ha reconciliado el novísimo teatro catalán, excesivamente modernizado, con el público que no aceptaba unos esfuerzos desequilibrados, descentrados, culteranos en demasía. Con su "Aleluyas del señor Esteban" (tipo del antiguo comerciante barcelonés), consiguió reanimar la escena catalana obligando a llevar el teatro local centenares de noches — acontecimiento nunca visto, — a un público que se regocijaba y conmovía con aquellas escenas típicas, rememoradoras de varias generaciones de su amada ciudad.

Desde entonces (1917), Santiago Rusiñol parecía tener olvidado el palco escénico, plataforma de su delicioso humorismo, de su melancolía, de su regocijo, todo expuesto con poética visión, con lenguaje estilizado, vibrante de ingeniosas ocurrencias, felices ingenuidades, florido y sentimental. Hoy acertó nuevamente con "El casamiento por conveniencia". Cataluña ha querido aprovechar tan magnífica ocasión para mostrar su aprecio y adhesión sincera a uno de sus autores predilectos, al precursor del teatro de la nueva generación, a su único Santiago Rusiñol, personalidad representativa de la raza, del espíritu barcelonés, del ambiente "ramblista".

El clásico Teatro Romea ha celebrado una semana rusiñolesca, multiforme, como la obra del predilecto autor. Sitges, la villa asoleada y silenciosa, ha reverdecido las alegrías de hace cuarenta años. Las Ramblas de Barcelona han visto pasara en triunfo popular a su regocijante "Tiago", que se detiene en la librería de "L'Esquella de la Torratxa y acaba su cotidiano paseo en el característico café del "Lyon d'or", acompañado siempre de algunos amigos infaltables. He aquí la última anécdota, tan suya, a pesar de sus cabellos canos y de cierta torpeza física, debida al implacable ácido úrico. Sentado en el sitio acostumbrado del Café, tiene un "pernod" delante de él, es decir, lo prohibido. Charla, ríe. En esto, entra su hermano, y Santiago con disimulada rapidez, coge la copa para que aquél no la vea, y la pone enfrente del señor que tiene al lado, el cual abre unos ojos asombrados, al hallar ante él una absenta que no ha pedido y que Rusiñol había empezado.

LA ELECTRICISTA

Es necesario que una mujer disponga de una buena dosis de sangre fría para ejercer la profesión elegida por miss Margaret Partridge, una joven inglesa de porte modesto, modales reservados, absolutamente ajenas a las palabras bruscas, que casi pudieran esperarse de una mujer que en su calidad de ingeniero electricista, debe subir a los techos de los edificios, para proyectar las difíciles instalaciones eléctricas.

No hace mucho, miss Partridge, en ejercicio de su profesión, tuvo que pasar por un angosto andamio colocado entre dos edificios. De un lado, un abismo de treinta metros, del otro un cable eléctrico desnudo, cargado con 1.500 voltios. El menor movimiento en falso y la muerte era segura. Miss Partridge cruzó por el tablado con toda tranquilidad.

Conociendo a fondo la corriente eléctrica, miss Partridge pronuncia conferencias prácticas para mujeres sobre su utilización en el hogar.

A menudo también tiene que proyectar instalaciones de alumbrado en la campaña, pero repetidas veces la valiente joven ha declarado que le cuesta mucho trabajo vencer los prejuicios de los campesinos, que, según ella, toman a una electricista por un animal raro.

UN REY FILATELISTA

El rey Jorge V es un entusiasta de la colección de estampillas raras. En una amplia sala del Palacio Buckingham hállanse expuestos trescientos álbumes, que contienen sellos postales de un valor inestimable.

Entre otras, cítase en dicha colección una estampilla de la isla de Mauricio, que representa, sencillamente, una impresión digital. Dicho sello ha sido apreciado en medio millón de francos.

Una de las particularidades de la colección del rey Jorge, consiste en la cantidad de estampillas postales, en cuya impresión se ha cometido un error de imprenta. Como dichas estampillas no suelen ser dadas a la circulación, tienen un valor considerable.

Por último diremos que el rey Jorge V, es autor de una moda filatélica: el conjunto de cuatro sellos en dos hileras de dos, unidos entre sí. Es de notar que los empleados de correos no tienen costumbre de cortar las estampillas en esa forma, sino que separan los sellos por filas, sin saber que quizá destruyen una fortuna...

¿QUIÉN INVENTÓ LA PÓLVORA?

La invención de la pólvora, lo mismo como muchos otros descubrimientos que han revolucionado al mundo, se debe a una casualidad.

Un monje alemán, muy poco conocido, Schwartz, natural de Friburgo, se ocupaba, allá por el siglo XIV, en triturar en un mortero una mezcla de carbón, de azufre y de salitre, cuando, por casualidad, cayó en la mezcla una brasa que produjo una violenta explosión.

Schwartz era un hombre investigador y, además, un buen químico. Estudió el fenómeno observado y no tardó en dar con la pólvora, según refiere la historia; la primera aplicación práctica del nuevo producto fué hecha por los habitantes de Venecia en el sitio de 1380.

A partir desde ese momento, el producto de Schwartz logró imponerse, transformando por completo los sistemas bélicos.

Cómo el viejo Holdberg salvó su nariz

Por GABRIEL LAUTREC

Traducción de E. M. S. Danero





EN una aldea de Dinamarca situada en los aledaños de Swendborg vivía un acaudalado granjero de nombre Holdberg. Era éste un hombre de costumbres modestas y que poseía todo cuanto es preciso para sentirse perfectamente dichoso. Todos los viernes iba al mercado, para vender a buen precio los huevos, capones, legumbres y cerdos de su granja.

Pasaba, a continuación, alegremente, algunas horas en el "cabaret", y, ya entrada la noche, regresaba, al trote de su viejo y cansino rocín, bajo la luna, a través de los senderos de la floresta.

El resto de la semana permanecía parado, en la entrada de su granja, las manos enfundadas en los bolsillos del pantalón de pana, con su chaqueta azul de botonadura dorada y sus zapatos de grandes y plateadas hebillas. Tenía, pues, no escasas razones para sentirse satisfecho.

Su esposa era mujer de un carácter en extremo avinagrado, pero al casarse había aportado una dote cuantiosa, y él poseía la dosis de filosofía suficiente para comprender que nada perfecto existe en este mundo.

Además, ella habíale dado una hija, de la que se sentía en extremo orgulloso.

Su nombre era Frida, y era realmente hermosa. Sus cabellos asemejábanse a las espigas maduras que dora el sol; su boca era como una cereza, y sus ojos incitaban a la comparación un tanto bucólica de dos lagos de leche purísima en los que hubieran caído dos gotas de firmamento azul.

Desde ya no resultará sorprendente si aseguramos que los jóvenes del vecindario, y aun algunos ancianos, estuvieran perdidamente enamorados, tanto más que ella tenía, por otra parte, unas formas envidiables y una dote que prometía no ser menos aceptable.

Su fama cundió por el contorno. A falta del Príncipe Encantado, todos los estudiantes de Swendborg moríanse de deseos de casarse con ella. No pocos habían sido, a aquella altura de los acontecimientos, los duelos que en la ciudad tuvieron lugar entre rivales que, respectivamente, considéraronse agraciados por las acogedoras miradas de la joven.

Y, cada día, un nuevo joven, trajeado con su ropa dominguera, la boca en el corazón y el corazón en los labios, presentábase al viejo Holdberg, en solemne audiencia, solicitándole la mano de su hija.

Mas el granjero era un hombre hizarro. No admitía que su hija se casara como una mujer vulgar. El partido era harto apetecible para que no valiera la pena de merecerlo. Así, a cada uno de los pretendientes, al cabo de haberle escuchado religiosamente, a su vez, espetábale el siguiente discurso:

— Yo no anhelo otra cosa que darle mi hija como esposa, toda vez que usted le agrada. En lo que a mí concierne, pongo una condición: usted se comprometerá a trabajar un año como mozo de labor en mi granja; pero si le escucho, aunque no sea más que una vez, manifestar que no se halla satisfecho, me abrogaré el derecho de cortarle la punta de la nariz. Si, a la inversa, soy yo quien se queja de usted, el derecho de cortármela será suyo. ¡Chóquela! Usted será mi yerno si acepta el trato y llega al cabo del año sin obstáculos.

Muchos fueron los que aceptaron. La ciudad estaba llena de hombres a los que les faltaba la punta del apéndice nasal.

Pero, pese a todas las desventuras, el amor no se arredra jamás... Un día se presentó en la granja un joven de nombre Federico, más hermoso y más audaz que los otros. Cuando la hija del granjero le vió, echóse a llorar, pensando en la triste suerte que al desventurado le estaba deparada. Por otra parte, el porte despejado de Federico inspiraba suficiente confianza. Se le repitieron las leoninas condiciones. Él las aceptó y, de inmediato, comenzó a prestar servicios.

A la hora de cenar se llamó a los otros servidores y se le olvidó de ex profeso...

Federico se guardó muy bien de protestar; pero, cuando abandonaron la mesa, y la cocina quedó vacía, entró, dirigióse a la despensa, cortó un gran trozo de pan, tomó la mitad de un jamón, una botella de cerveza, y se marchó al campo, a comer tranquilamente. Su amo lo encontró una hora más tarde.

— ¿Estás satisfecho?—preguntóle con tono gruñón.

— Completamente — respondióle.

En aquel preciso momento llegó la granjera, sudando y resoplando, y le enteró a su esposo de que había desaparecido la mitad del jamón. El granjero se tornó intensamente pálido.

— ¿No está usted satisfecho? — inquirió Federico, a su vez, sacando a relucir su cuchillo.

— ¡Sí, sí! ¡Completamente satisfecho! — respondió el pobre diablo.

Este penoso incidente presto fué olvidado.

Federico continuó desempeñando sus funciones con el celo mas loable. Algún tiempo después, un tanto confiados, el granjero y su esposa fuéronse a la aldea, para asistir al mercado del viernes. El resto de los jornaleros estaba en el campo. Y, por eso, pidiéronle a Federico que cuidara del puchero que habían dejado en el fuego con la comida de la noche.

La granjera tenía un gatito al que quería entrañablemente. En cuanto Federico quedó solo, cogió al gato, lo mató y lo echó a la cazuela con las legumbres... Después, tranquilamente, mientras se cocinaba, le cuidaba, espumando el puchero y contemplando uno de los ojos del gato, cuya cabeza, a ratos, sobresalía de la caldosa superficie. La tarde transcurrió en medio de una perfecta beatitud. Pero, cuando la granjera regresó y vió en la ventana el cuero de su gato en tren de secarse para ser vendido al comprador de cueros de conejo, comenzó a dar alaridos hasta que quedó desmayada. El granjero llegó en aquel instante, echó un jarro de agua en el rostro de su cara mitad y luego dió rienda suelta a su espantoso furor.

— ¿No está usted satisfecho? — le preguntó Federico.

— ¡Sí, sí! — contestó el granjero, echando, instintivamente, mano a su nariz.

La siguiente vez que tuvo que ausentarse, Holdberg dirigió a Federico todo género de recomendaciones. Para mayor seguridad, le prescribió que no hiciera sino lo que veía hacer a los demás. Ocurrió que, pasado el mediodía, llegaron los carpinteros, para reparar el techo de la casa. Comenzaron por levantar algunas tablas podridas, e, inmediatamente, Federico, empuñando un pico, prosiguió la obra y se puso a demoler la casa. Cuando los amos regresaron, la mansarda había desaparecido y la casa se mantenía en pie por milagro. Y el desventurado granjero debió declararse satisfecho so pena de perder la punta de su respetable nariz.

La joven, a todo esto, tomaba, en la medida de lo posible, el partido de Federico. Se hubiera casado con él de buen grado, y, complacida, veía llegar la hora de que el mozo salvara su nariz.

Casi siempre andaba cerca de su pretendiente... Un día que juntos se hallaban en la huerta, ella le pidió que subiera a un manzano y le hiciera caer las frutas que estuvieran más maduras.

Federico sacudió el árbol con tal rudeza que una gran manzana le dió a la joven en plena frente, y, cogiéndola desprevenida, hízola caer al suelo, donde quedó desvanecida.

El granjero llegó y encontró a su hija tendida, como una muerta.

— ¿Está satisfecho o no? — preguntó Federico.

— ¿Cómo? ¡Miserable, canalla! ¿Acabas de matar a mi hija y pretendes que esté yo satisfecho? ¡Te despido! ¡Márchate, y que no te vea jamás! ¡Ya son muchas calamidades las que nos has causado!

— ¡Perdón! — interrumpióle el otro, sacando su cuchillo. — Antes de marcharme es menester que ajustemos nuestras cuentas. Tengo que cortarle la punta de la nariz, puesto que, según propia confesión, no se halla usted satisfecho.

La joven, a todo esto, recobróse. Con voz llorosa suplicó a Federico que perdonara a su padre, por más que, de acuerdo con lo estipulado, le pertenecía la nariz del granjero.

Pero, Federico era inflexible, y, con aire amenazador, probaba el filo del cuchillo en la suela de su bota.

— ¡Aguarde, aguarde un instante! — gimió el pobre hombre. — ¿No me permite rescatar la punta de mi nariz?

— Eso depende — dijo el joven — del precio que usted le ponga.

— ¡Toma mi hija, miserable! Te la entrego puesto que no puedo hacer otra cosa.

— Si ella acepta, yo acepto.

Se casaron, pues, y fueron perfectamente felices, por más que, entre ambos, de común acuerdo, restablecieron el convenio con respecto a las narices.

Federico, para sí, más de una vez, pensó que, por tratarse de una mujer, cortarle la punta de la lengua hubiera resultado más ventajoso...

Aunque, como era un hombre discreto, guardó para sí esta reflexión llena de filosofía.



"...Su nombre era Frida y era realmente hermosa..."

El arte de los borrones de tinta

La kleksografía, su origen y sus reglas



QUIÉN de nosotros, en sus tiempos de colegial, no ha amenizado alguna vez las fastidiosas horas de estudio haciendo sobre un papel borrones de tinta que, doblado el pliego, se transformaban en fantásticas composiciones? Cuando tal hacíamos no podíamos imaginarnos que pertenecíamos al número de los kleksógrafos, entre los que han figurado verdaderas celebridades.

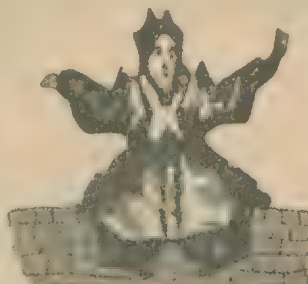


Una de estas celebridades, y acaso el creador de la kleksografía, o por lo menos el que le dió nombre, fué el poeta alemán Justino Kerner, que floreció en los primeros años del siglo XIX y fué uno de los maestros de la llamada escuela de Suabia.

Un día que el tintero de Kerner se volcó sobre sus papeles, el poeta, al doblar éstos, descubrió que acababa de hacer una linda mariposa. Probó a obtener otros dibujos y, a fuerza de práctica, llegó a adquirir un verdadero talento. La kleksografía acababa de nacer.



Todos los amigos de Kerner se apresuraron a practicarla y a propagarla. De todas partes de Alemania se pedían al poeta manchas de tinta lo mismo que podrían habérsele pedido autógrafos, y los álbumes de las elegantes se convirtieron en pocos años en verdaderos depósitos de borrones.



El arte del kleksógrafo tiene el incentivo del misterio, pues se ha demostrado que es imposible de todo punto calcular de antemano el resultado de un borrón. Ni siquiera hay un artificio que permita producir un dibujo preconcebido. El manejo de la pluma, la habilidad profesional, podrán dar siempre combinaciones nuevas, pero el autor no sabrá jamás de antemano lo que va a salir en el pliegue del papel. Justino Kerner dió algunas reglas para llegar a ser buen kleksógrafo.



Ante todo, hay que extender la tinta con moderación, y no plegar el papel por el medio de la mancha porque, en este caso, la tinta correría por dentro del pliegue sin extenderse. De esta manera se obtendrán solamente los contornos de un objeto negro en el centro y pálido en los lados; es un procedimiento que sólo puede aplicarse para obtener arañas, escorpiones, langostas y cangrejos.

El dibujo producido por la casualidad puede retocarse y completarse, bien con la pluma, bien con el pincel, y aun añadiendo nuevas manchas; pero hace falta seguir las indicaciones de lo que llama el poeta alemán "el espíritu de lo invisible". La casualidad es siempre la que debe guiarnos. Recuérdese el caso de aquel artista italiano, de quien se habla en la "Vida de los mejores pintores, escultores y arquitectos" de Vasari. Este pintor, no acertando a representar un caballo con la boca llena de espuma, lleno de coraje arrojó la esponja sobre el lienzo para borrar su obra; por extraña casualidad, este movimiento instintivo le dió el resultado que apetecía: la esponja había extendido los colores de modo que el caballo aparecía con los labios inundados de espuma.

Kerner, por desgracia, era un tanto visionario al dedicarse a la kleksografía, y no contento con ver en estas composiciones el simple efecto de una casualidad insignificante, creía que las manchas de tinta obedecían a leyes sobrenaturales.

A cada una de sus figuras daba un significado especial. Si obtenía la imagen de una mujer sentada sobre un muro o levantando los brazos al cielo, veía en ella una mensajera de la muerte. Un silfo de alados pies, era para él el espíritu inquieto de un ser perdido por la pasión del juego y del baile. En sus borrones veía tan pronto a un viejo que había envenenado a su mujer con una copa de aguardiente, como a un rey de los hunos espiando sus crímenes o a un usurero clavado a un sillón para castigo de sus culpas. El poeta alemán kleksografiaba también con café; pero los resultados nunca eran tan preciosos, porque esta bebida no se extiende uniformemente. Otro célebre adepto de la kleksografía fué Víctor Hugo, que se complacía en obtener así figuras originales.

Un encendedor original

HAY una utilización práctica y muy poco conocida de las cáscaras de naranja.

Cada vez que se pele una de tales frutas, procúrese cortar las cáscaras en tiras anchas como de un dedo, y se ponen a secar sobre un diario viejo.

Las astillas que suelen usarse, como son de madera resinosa, suelen esparcir un olor acre por toda la casa. Úsense en su lugar las cáscaras de naranja, secas como hemos dicho; se verá que desprenden una llama azulada muy intensa, y que prenden fácil y rápidamente lo mismo en la leña que en el carbón.

La aventura de Marta

(Continuación de la pág. 23)

mente que se apoderó de sus energías, dejándola sin fuerzas para luchar, y, medio vencida, le hizo sacrificar su propia felicidad, haciéndola volver al viejo hogar, creyendo que a él iría también el compañero de su vida. Pero Osvaldo, sin dejar de quererla, se refugió en el rudo abandono, dispuesto a inmolar su corazón en esa lacerante contienda que había provocado la imprevista celada del amor filial, al mes de realizada su boda.

Marta, eternamente mimada por los bondadosos viejecitos, que pusieron en el cariño de su única hija la ilusión que renovaba sus debilitadas energías, la aconsejaron — domeñando el egoísmo de retenerla — fuera donde su esposo, pues en esa forma veían alejarse un remordimiento.

Por eso, pocas horas antes, sabiendo Marta el profundo pesar que aniquilaba el espíritu de Osvaldo, tuvo piedad de él, y su corazón, estremecido, sintió el despertar de su alma de mujer. Y entonces la efigie desolada de Osvaldo se cristalizó en sus ojos, cegándola con la fascinación de su dolorosa soledad.

Una caricia de Osvaldo puso término a esa enervante evocación, y juntos acudieron al llamado del teléfono. Eran los padres de Marta, que deseaban conocer el epílogo de la aventura de la novel esposa. Y mientras Marta los invitaba a almorzar, Osvaldo miró distraído las cenizas blanquecinas de la estufa que, en ese momento, bañaba el sol de la ventana, y en ellas creyó ver los restos del dolor más intenso de su vida.

Ana María

(Continuación de la pág. 53)

amaba en silencio desde hacía mucho tiempo, porque imaginaba alimentar una esperanza que no podría realizar nunca, no pudo resistir una mañana a la tentación de mirarla profundamente en los ojos...

Y cuando ella pasó, como siempre, él buscó con cariño el fuego de sus pupilas. Fué una mirada la de ambos llena de amor y de emoción, serena, resistida, cual si fuera una conjunción de sentimientos que se manifestaran dulcemente.

Desde entonces se buscaban, se sentían próximos, y una alegría vivísima reflejábase en sus rostros cuando se encontraban.

Una noche un poco fría, pero con muchas ilusiones en el corazón, él le habló de su amor grande y sincero, de cómo la amaría en la vida. Y en los instantes de arrobamiento infinito cuando guardaban silencio gustando sentir el suavísimo rumor de las palabras dichas, Raúl tuvo la visión clara del poema de sus ojos: "Amo tus ojos porque son bellos, grandes, serenos y limpios como dos pedazos de mar en calma. Porque miran con ingenuidad y arrobamiento, con un poco de curiosidad expectante como si esperaran cosas maravillosas que han de producir emoción, una inquieta dulce e inacabable emoción. Amo tus ojos por su belleza interior, por la sonrisa que en ellos juguetea como dos rayos de sol. Amo tus ojos porque son grandes y perfectos, por la serenidad casi mística; porque son limpios, tersos como dos bolitas de vidrio. Amo tus ojos por la felicidad que siento al extasiarme en la suprema dulzura de su luz, porque adivino en ellos el esperado milagro. Amo tus ojos por la abnegación y la bondad, el ensueño y la esperanza, la confianza y la fe, el infinito. Amados sean tus ojos, ojos bellos que me hacen embellecer la vida y dan alegría jubilosa a mi corazón. ¡Benditos ojos!..."

Desde entonces Ana María es feliz, siente fe y adora mucho más a Dios!

Los principios de la litografía

Por

C. PALENCIA TUBAU



Aloys Senefelder. Estudiante alemán que inventó la litografía y que no obtuvo de ella ningún provecho



EN Francia fué donde, apenas nacido, y con belleza y lozanía grandísimas, arraigó y se desarrolló más ampliamente el arte cuya invención disputara al bohemio Senefelder el gran músico Weber, por sus diferencias y rivalidades con aquel otro excelente maestro de la armonía, Gleissner, decidido Mecenas del iniciador de tan sencillo y bello procedimiento artístico. Las aficiones de Mme. Tallien; los entusiasmos de la duquesa de Berry, reproduciendo sobre la piedra los paisajes de Rosny, su tierra natal; los ensayos realizados por el duque de Orleans, que en los talleres del Palais Royal y las Tullerías dedicábase a ilustrar profusamente los "Viajes de Gulliver", trabajos que, con pericia de experto, imprimía después el mozo duque de Burdeos, alentaron de modo positivo los esfuerzos realizados en pro del arte que Ingres, Prudhon, Vernot y Gericault sancionaron con sus talentos. Los tiempos de Luis Felipe y de Carlos X no tuvieron mejor medio de difusión artística que el de la estampación litográfica, y en tanto en Alemania Werner interesaba el amor patrio con escenas militares y Gille impulsaba el sentimiento de la belleza de la Naturaleza o la agilidad de los animales, por los modos del dibujo sobre la piedra, en la corte francesa, y con iguales medios, Daomier fustigaba duramente la política de su país; Gavarni ponía la sutileza de su inspiración hasta en los modelos que Humann, el modisto en boga, lanzaba para desesperación de grisetas sensibles; Deveria llevaba a la finura de su trazo un sentido de clasicismo bien aderezado con una sagaz observación para los hábitos y costumbres de su tiempo, y el melifluo Grévedon, férvido discípulo del gran Regnault, hacíase el más exaltado adulador de las bellezas de su época. Y el interés que tales ingenios prestaron a la litografía, dice bien de las excelencias de un procedimiento olvidado hoy, o tenido tan sólo en relativa estima para menesteres de industria o de comercio.

Aquellos intentos que tantos desvelos costaron a Senefelder—extendiendo los ácidos y las tintas grasas sobre las piedras con que se embaldosaban las casas de Baviera, al reproducir en primer lugar, por profundo agradecimiento, doce canciones que Gleissner, su protector, le dedicara,—repercutieron pronto en el mundo del arte, y no fué pequeño propagandista del naciente sistema el valeroso general Lejeune, que supo convencer a Napoleón de la utilidad que en París podría reportar un taller litográfico. Por aquel tiempo también, de 1807, un avispado español, residente a la sazón en la corte de Baviera, aprovechando los primeros momentos del descubrimiento, y con ocasión del paso de las tropas españolas del reino de Etruria a la embocadura del Elba, al mando del marqués de la Romaña, dió a la estampa un pequeño volumen, titulado "Manual del soldado español en Alemania", en el que aprovechaba las ventajas del invento, rindiendo de pasada un tributo a la gallardía y valor del ejército de su patria, pues en el frontispicio, y con no poca soltura y donaire, veíase cómo dos militares, un francés y un alemán, quedaban admirados de la marcialidad derrochada por un apuesto oficial hispano.



Raffet en Crimea. Según una litografía hecha por el mismo



"El despertar de la actriz", por Gavarni. Litografía publicada por el "Charivari"

Como rápido meteoro, al decir de Bouchot, puede tenerse al arte litográfico. A buen seguro que contribuyeron a su breve reinado lo fácil del procedimiento y la inmediata propagación que obtuvo. A la litografía se acogieron, como medio insuperable y necesario, los periódicos satíricos o de propaganda artística que más circulación alcanzaban por los años que siguieron al de 1830; la caricatura al uso, el retrato, el libro de crecida tirada y la reproducción del cuadro o la escultura, en la que nadie pudo superar, por cierto, al sajón Owen Jones. Sin la litografía, la literatura dominante hubiérase visto privada de su mejor comentario gráfico y la leyenda napoleónica no hubiese alcanzado la popularidad que consiguió. De Charlet y Raffet se dijo que solos habían preparado el segundo Imperio, y en justicia puede afirmarse que con su pericia para dibujar sobre la piedra hicieron más, porque a raudales asentaron el buen gusto de su tiempo, y con brío y pujanza admirables sellaron una época bien cargada de arrestos y elegancias, un tanto ignorada. En la jerarquía artística tiene la litografía un puesto de honor, con grados de tanta elevación como los que puedan asignarse a la pintura original; que, como en ésta, en aquélla puede darse la nota personal e indicar las variantes de un temperamento, porque los medios de que dispone para exteriorizarlos son tan libres en la una como en la otra. El famoso Gigoux condolíase siempre de que en el Louvre no se le hubiera rendido a la litografía el merecido tributo, asignándole una sección especial, pues, a juicio suyo, poca diferencia existía entre la tela debida a la inspiración del artista y una de esas bellas estampas de las que emana el talento creador con idéntica fragancia y lozanía. Y nada tan justo como la tal apreciación del respetado y experto pintor francés. El arte litográfico es manifestación que merece una mayor preferencia que la que hasta el día se le ha otorgado. Una seleccionada colección de pruebas demostraría el mérito de esta ramificación artística y haría resurgir aficiones y entusiasmos que hoy están totalmente decaídos o relegados a la exquisita sensisibilidad de un reducidísimo número de "amateurs". Que con la litografía puede alcanzarse la más depurada expresión de una modalidad espiritual muéstranlo los grabados que ilustran esta nota, los tres debidos al famoso Grévedon, con quien el arte litográfico, logrando una expresión suprema de belleza, finura, delicadeza y suavidad, alcanzó en Francia, allá en los años de 1830 a 1840, su período de más esplendoroso imperio en los gustos del público.



Una de las primeras litografías obtenidas en el taller de Senefelder. Copia del San Miguel de Rafael. (Prueba que se conserva en la Biblioteca Nacional de París)

Pero no es este más que uno de los varios aspectos en que el procedimiento se exterioriza, porque tan importante como su cualidad de vulgarización de arte es la infinita serie de elementos que posee para quintaesenciar su propia porción de belleza; líganio si no los cromolitografiados dibujos de "La Alhambra", de Goury; "El viaje de Crimea" o las pruebas de la "Toma de Roma", del ya citado Raffet, o las muestras coloreadas y admirables de "Las planchadoras" y "El vendedor de anteojos", de Gavarni.



"Tipo de mujer de Livonia". Litografía de Grévedon

El armario negro

(Continuación de la pág. 5)

maduro. Pensé que habría sido muy bonita cuando joven, con su trenza rubia y aquellas facciones que la vejez no podía ocultar en toda su belleza serena y perfilada.

¿No guardará el armario algo de aquella juventud? ¿Acaso el primer vestido de baile, o los zapatos de raso, chiquitines y descoloridos?

— ¿Y ése, doña Goya — insistí, — ¿por qué no lo abren?

Doña Goya me acarició la cabeza, y me estrechó fuerte... ¡fuerte!...

— Ése no debe abrirse nunca, hijita..., ¡nunca!... Pero voy a obedecerte... Dicen que cuando los niños piden algo el día sábado hay que hacerles caso... ¡Vamos a abrirlo, hijita!...

Benjamina suspendió el trabajo y quiso poner una objeción; pero doña Goya la desconcertó a tiempo con un ¡chist! severo, que no admitía réplica.

Me condujo de la mano al cuartito del armario. Temblaba, pero parecía muy decidida a cumplir la solemne promesa. Un rayo de sol se colaba por la reja, cuadriculándose en sombra sobre el piso desigual y húmedo. Nos persignamos como de ordinario, aunque el padrenuestro de aquella vez fué más impaciente y menos triste...

Después, doña Goya se agachó con esfuerzo y separó fácilmente una baldosa del piso. Yo estaba asombrada y muda, pero satisfecha como nunca, cuando vi a la mano reseca y temblorosa extraer del hueco polvoriento una llave grande y rebordada, visiblemente maculada por la herrumbre.

Luego sentí el chirrido áspero, huraño, como desafiando al sacrilegio con una crispación dolorosa y humana...

La tapa se entreabrió apenas con nuestro esfuerzo, aferrándose a la modorra de quién sabe cuántos y cuántos años...; y del interior, obscuro y tétrico como una huesa, se desprendió ese olor acre e indefinible que atesoran las cosas viejas, quizá para sahumar dignamente las venerables tradiciones.

Doña Goya apretó la boca desguarnecida, como si quisiese reprimir la explosión íntima que la apertura del mueble resucitaba en el mundo desvanecido de sus remembranzas...

En seguida la vi introducir todo el brazo en el interior cavernoso y hueco y sacar un objeto rigurosamente envuelto en papeles ya desflecados por los años y oprimidos por una especie de maroma fina que se enroscaba en espiral a lo largo del envoltorio...

Después cerró la puerta nerviosamente, como si temiese que algo se escapase de allí...

Yo miraba con los ojos muy abiertos aquel paraguas, de un rojo sangriento, que doña Goya sostenía temblando entre sus manos. En el suelo yacían los papeles que lo habían envuelto por tanto tiempo, y la cuerda presidiaria, como fulminados por la libertación que ponía una nota vivaz en el cuartito inundado por el sol del mediodía.

— Voy a contarte, hijita — me dijo la anciana, mientras hacía extenderse el grueso varillaje de ballena, que mostró en toda su amplitud el toldo reluciente de la seda, insensible a la tarea devastadora de los años.

Sentí un macabro ruido de huesos desmenuzados escaparse de las articulaciones de la reliquia, que al abrirse se recortó como una llaga monstruosa sobre el fondo negro del armario.

La india, desde fuera, rezongaba y me miraba de vez en cuando de soslayo, como acusándome... Pero yo sabía que iba a escuchar algo interesante; tal vez el secreto que volvería simpático al armario negro, con su cabeza guillotinada y fría...

Las manos de la viejecita acariciaban con fruición el "taffetán" grueso, ornado de una guarda policroma; después, la contera pulida, y el mango terminado en una especie de bridón hipogrifo con los ollares abiertos y resoplantes.

— Tú no has estudiado todavía la historia de aquella época — prologó, sentándome en su falda. — Cuando seas más grandecita, tu maestra te dirá de aquellos tiempos que tenían el mismo color de este paraguas: color de sangre... Entonces comprenderás mejor que ahora lo que voy a contarte, y que me entristece mucho, pero que me trae también sagrados y queridísimos recuerdos.

La voz era animosa y cálida, pero desfallecía muchas veces en el curso de la narración con el giro brusco y penoso de los sucesos. Me pegué a su pecho para oír bien lo que contaría aquel corazón, sobre el que había caído tanta y tanta nieve, pero que latía aún con fuerza al conjuro de la vieja evocación...

Doña Goya empezó a contar, prologándose con un suspiro hondo que puso inconscientemente algo de juventud en la opacidad de sus ojos pequeños y cansinos.

— Habíamos vivido siempre en esta casa. Este pueblo era, en aquella época de revoluciones y atropellos, un lugar casi seguro, y adonde apenas llegaba la noticia del grito de los emponchados que hacía temblar a todo Buenos Aires: "¡Al cuartel! ¡Muera el "salvaje!", el "lomonegro"! Estábamos bien lejos del cuartel de Cuitiño, y por aquí la gente era menos apasionada, y no tan brava, aunque tuvieran sus opiniones y reyertas políticas.

"Mi padre odiaba el régimen de Rosas, pero por nosotras simulaba acatarlo. Iba continuamente a Buenos Aires vestido al pie del federalismo: la chaqueta, la corbata..., ¡hasta el paraguas! debían decir: soy federal; si no..., la persecución secreta, y luego la cabeza clavada en una pica...

"Cada vez que mi padre se ausentaba, allá por el 42, mi madre y yo teníamos un presentimiento triste... Nos pasábamos rezando y haciendo promesas fervientes. Cada hombre que pasaba al atardecer se nos antojaba un emponchado. Nos acostábamos tempranito, apretando bien las puertas con trancas y piedras grandísimas más pesadas que nosotras. No respirábamos hasta no ver a mi padre de vuelta, sano y salvo, con su indumentaria federal, pero con el corazón que gritaba, junto con sus pensamientos, aquello de ser un enemigo furioso del tirano: un unitario bravo bajo la ropa roja.

"Todos sabían que iba a Buenos Aires por asuntos comerciales, pues tenía una casa de ramos generales, que atendía un socio durante su ausencia; pero pocos o ninguno estaría enterado de que en cada viaje, por puro pasionismo, hurgaba la situación política y asistía a reuniones ocultas donde, a la par que se comentaban las últimas fechorías mazorqueras, se forjaban planes de destrucción y venganza.

"Los hombres de aquel tiempo, fuesen de uno u otro bando, debieron llevar ese hervoteo de tigre entre sus venas: quién por vengar una muerte inocente, quién por alzar un brazo criminal al amparo de la dictadura ignominiosa y torpe.

"Mi padre, bastante acaudalado, hubiese repartido hasta el último centavo por el sostenimiento de su causa, ¡ay!, demasiado impotente para levantar barreras contra la otra, donde dominaban la audacia y el terror...

"Si por él hubiera sido, el traje federal habría ido al quemadero de basuras; pero lo usaba porque nos quería demasiado, y, tal vez íntimamente, sentía protegernos con él.

"¡Cuántas veces le salvó este paraguas del cuchillo mazorquero!

"Nos contaba cosas horrendas. Una mañana iba por el barrio de Santo Domingo, cuando oyó a un verdulero pregonar su mercadería: "¡Duraznitos de la virgen! ¡Duraznitos de la virgen!", gritaba el hombre, latigueando al caballo que arrastraba la carreta de dos ruedas, cubierta completamente por un toldo blanco.

"Mi padre lo hizo parar. Hacía un calor asfixiante, y algunas frutas no vendrían mal para aplacar la sed mientras hacía el largo camino hasta la casa de hospedaje.

"— ¡Verá qué duraznitos! — dijo el hombre, descorriendo el lienzo... ¿Y qué crees tú que había allí?... ¡Cabe-

zas humanas! ¡Ocho o diez cabezas, lívidas y sangrientas, adornadas de hojas verdes!

"Mi padre volvió las espaldas y siguió andando más pálido que un muerto.

"Esto no era novedad en aquella época; pero nadie podía acostumbrarse a verlo sin espanto...

"No hay que decir lo que sufríamos nosotras, el continuo sobresalto en que vivíamos.

"Un día vino a visitarnos don Fidel Broco, el dueño de la Barraca Grande, y aconsejó a mi madre que tratara de desviar las ideas rebeldes de su amigo.

"— Su esposo, comadre, se olvida de que los emponchados vuelan por todas partes, como los cuervos, y no pierden ocasión de perseguir su presa. Que se cuide mi compadre, a lo menos por usted y por esta chica, que recién empieza a vivir — dijo, acariciándome los cabellos.

"Cuando don Fidel se fué, mi madre me abrazó fuerte, y las dos nos echamos a llorar sin hablar una sola palabra."

A la oración de un día frío de julio llegó mi padre, agitado y palidísimo. Había llovido, y traía este paraguas en la mano. "¡Me persiguen! — nos dijo, estrechándonos entre sus brazos. — Son tres hombres que vinieron junto conmigo en el barco... ¡No hay tiempo que perder! ¡No se asusten! ¡Valor!..."

"Yo y mi madre lo empujamos desesperadamente aquí. Este armario había sido vaciado ese mismo día, pues pensábamos irnos a Montevideo, y la ropa estaba ya guardada en los baúles. Encerramos a mi padre en el armario, rápido...

"— ¡Den vuelta la llave! — nos gritó desde dentro.

"Ya en la puerta de la calle se oían los aldabonazos recios de los perseguidores...

"Yo lloraba, acurrucada en un rincón, sin fuerzas para sostenerme en pie.

"Mi madre era una mujer entera y valiente; pero aquella vez sintióse flaquear el corazón. En el bolsillo del delantal descansaba la llave que guardaba la vida de mi padre...; pero... ¿y si a los hombres se les ocurría revisar el armario?

"Al ratito oí las pisadas uniformes de los tres individuos, que seguían a mi madre por las habitaciones. Lo miraban todo bajo los sombreros metidos hasta las orejas, y sus ojos tenían un resplandor perverso que me espantó terriblemente.

"— Tenemos orden de captura — dijo el que parecía de más edad. — Usted perdonará, señora, que revisemos la casa.

"Creo que no me vieron en mi rincón, pues me había encogido como un ovillo.

"Mi madre aparentaba una serenidad que seguramente estaría apuñaleándola por dentro.

"— Puedo asegurarles que no está aquí. Ha salido esta mañana para el campo; pero, para su conformidad, pueden revisarlo todo... — Hablaba con una voz que ya no era la suya; parecía el gemido de un moribundo...

"Uno de los hombres se acercó al armario y tamboreó en la puerta con la punta de los dedos. Había llegado el momento supremo. Yo me apreté contra la pared y cerré los ojos para no ver más... Los otros dos seguían a mi madre en dirección a la cocina.

"Creí morir cuando, después, vi al hombre pegar el ojo a la cerradura y estarse así unos minutos, que me parecieron eternos y que no olvidaré jamás. Pero parece que no advirtió allí nada sospechoso, porque siguió a reunirse con sus compañeros.

"Recién entonces empecé a pensar que mi padre podría sufrir en aquel encierro, que duraba ya un cuarto de hora; y un ansia torturante me anudó la garganta... ¿Y si los hombres no se iban, y él, delicado del corazón, moría allí dentro de un ataque de asfixia? ¡Él, que siempre pedía aire, y más aire, como si el menor encierro le predispusiese a la muerte!

"Yo no podía insinuar nada, porque sería descubierta, y la cabeza de mi padre caería en poder de aquellos forajidos...

"Pasó media hora mortal, de una largura horrible. Los tres hombres se habían sentado tranquilamente en la cocina, y conversaban en voz baja. Mi madre debió augurar algo espantoso, pues estaba blanca como un cadáver, y miraba angustiada hacia el armario, que se alcanzaba a ver apenas desde el fogón. Les ofreció mate..., ¡qué más haría! ¡Pobrecita! Ella misma se los alcanzaba, temblando, mientras sentía en su bolsillo el tacto de la llave, que también parecía acusarla de aquella muerte segura, que ella no podía de ningún modo evitar sin entregar la cabeza de su marido a la picota de los bandoleros...

"Yo no sé cuántas horas transcurrieron. Ya no había salvación. La luna llena empezaba a asomarse por el enrejado de la parra cuando los tres hombres se fueron, dejando el eco sordo de sus pisadas, que resonó con un ruido fúnebre en el silencio triste de la noche...

SACAMOS a mi padre de su escondite y empezamos a friccionarlo desesperadamente. Con la locura de verlo nuevamente en nuestros brazos, nos parecía que vivía aún. ¡Julián! ¡Tatita! Nuestras voces se confundían en un lamento loco que no podría despertarlo...; ¡estaba muerto! El corazón no había podido resistir aquella agonía de quién sabe cuántas horas largas y faltas de aire... ¡Muerto, sin recibir un beso, una caricia, una última mirada de cariño! ¡Muerto, sabe Dios sosteniendo qué horrible y penosa lucha!

"Pasaron años y años, y nunca pudimos conformarnos. Yo no quise jamás separarme de esta casa. Aquí me casé, y he visto muchas cosas tristes, pero ninguna más inolvidable, más terrible que aquella. Dentro del armario quedó el paraguas federal, que encerramos con la promesa de no abrir más nunca esa tapa, guardadora del último suspiro de mi padre, acaso de la última sonrisa..."

PAZ y terror a la vez me dejó la penosa narración. Esa mañana no almorcé. La india estuvo todo el día seria conmigo.

Al atardecer, doña Goya me llevó al cuartito del armario y nos pusimos a rezar.

El reflejo de la tarde moribunda ponía un nimbo violeta en todas las cosas; y el paraguas rojo, quieto y extendido, parecía una enorme gota de sangre caída de la cabeza rígida y guillotinada del armario...

El antepasado del aeroplano

(Continuación de la pág. 25)

la cola; pero con ésta aumentaba el peso hasta diez y siete kilogramos. La cuerda tenía mil quinientos metros de largo.

Habiéndose obtenido excelentes resultados con este aparato, se construyó otro de cincuenta metros cuadrados de superficie, y en éste subió a noventa y un metros una señora.

En Dijón se hizo otro experimento dirigido por el doctor G. Laval. El monoplano tenía diez metros de largo por seis de ancho. En el asiento se instaló un muchacho llamado Enrique Lieutet. Como el viento era muy fuerte, y la tensión de la cuerda no podían soportarla los hombres, pensaron sujetarla al tronco de un árbol, cuando el aparato estaba aún a quince metros del suelo. El rozamiento cortó la cuerda, y el aparato con su pequeño aeronauta se precipitó en un río. Afortunadamente, el viajero resultó ileso, sin más que un susto mayúsculo y un buen baño. Los experimentos de Juan M. Le Pris, en 1856, tuvieron también un final desgraciado, resultando el aeronauta con una pierna rota.

En 1886 el capitán Baden Powell consiguió elevar un peso de setenta y dos kilogramos con un aparato de su invención, en que por primera vez se reunían varios barriletes formando una especie de convoy.

Disparatorio enciclopédico

Por ARTURO COSTA ALVAREZ

NA enciclopedia es por fuera, materialmente considerada, un monumento bibliográfico. Aparte de la historia oficial de China, que cuenta ya con 3.075 volúmenes, recuérdese que hay enciclopedias de más de cien volúmenes: la de Panckoucke (francesa) tiene 201; la de Ersch (alemana) 140; la de Lárdner (inglesa) 132. Ahora bien: aunque no se trate de estos megaterios, la masa siempre imponente de una enciclopedia sugiere la idea de que, por dentro, la obra es también un monumento de ciencia en el fondo y de corrección en la forma. Y esto hace que un yerro en alguna de ellas sea tan inconcebible, tan inadmisible, como un error de imprenta en un misal iluminado, o como una falta de ortografía en un pergamino caligrafiado. Ante uno de esos desbarros nuestro buen sentido grita: ¡error!... Pero, ¿qué autoridad tiene nuestro buen sentido para enmendar la plana a las sumidades enciclopedistas? Muy natural es que, en conflicto con tales pontífices, dudemos más bien de nuestro buen sentido, y tratemos de encontrar una explicación lógica a lo que, a primera vista, nos parece desatino.

Por ejemplo: creíamos saber que, desde que se fueron del mundo los patriarcas bíblicos, rara vez pasan de los cien años los longevos más pertinaces; pero los diccionarios enciclopédicos nos presentan personajes modernos que han vivido varios siglos. El de Fernández Cuesta nos cuenta que Arnaldo de Brescia, "sectario del siglo XII... volvió a Italia en 1111... y fué quemado vivo en 1555"... tal vez lo quemaron por eso al macrobita, porque hacía ya cuatro siglos y medio que vivía; y según la misma autoridad, otro macrobita fué Godofredo de Bullón, que "nació en el siglo II... y murió en 1100"... esto es, a los diez siglos de edad. También ha habido personajes que han vivido para atrás: el diccionario de Zerolo afirma que el pintor sevillano Rodríguez de Velázquez vivió desde 1594 hasta 1560; y con la misma seriedad nos dice que ha habido más de un resucitado, aparte de Lázaro, del Hijo de la Viuda, de la Hija de Jairo, del Hijo de la Sunamita, y de Jesucristo mismo, y entre esos resucitados debemos contar al papa León III, que, después de muerto en 816, volvió al mundo en 835, según el artículo "Santiago", sólo para conceder la traslación del obispado de Iria Flavia a Santiago de Compostela. Por el mismo Zerolo sabemos ahora que Alcalá y Henares, a quien creíamos del siglo XVIII, fué "un poeta del siglo XII"; y el gran diccionario enciclopédico de Larousse nos revela un caso extraordinario de supervivencia en su artículo sobre Guillermo Postel, de quien dice: "en 1564 se retiró al monasterio de Saint-Martin-des-Champs, donde acabó sus días, mas no por eso dejó de profesar". Pero el personaje más curioso en este orden fenomenal es el cardenal Rodrigo Jiménez que nos presenta el "Nouveau Larousse Illustré"; este hombre excepcional vivió en el siglo XI según el artículo "mozarabique", y también en el siglo XIII porque estuvo en la jornada de Talacara (¿Calatrava?) y también en el siglo XVI porque murió después de una visita hecha al papa Inocencio IX. Los ingleses y los americanos cuecen habas de la misma especie: la "Cyclopaedia of Names" de Smith asegura, en el artículo sobre la novela "Princesse de Clèves", que su autora, Mme. de La Fayette (1634-1693), hace actuar en esa obra a "una de sus contemporáneas", María Estuardo (1542-1587). Contemporáneo quiere decir, pues, del siglo antes.

En el citado diccionario de Fernández Cuesta hay dos notas destinadas a corregir un par de nociones falsas arraigadas en nosotros, una sobre el camino que hay que tomar para ir al polo norte y la otra sobre el peso que pueden tener los diamantes. En el artículo "Cruzada", refiriéndose a la Cruz del Sur dice: "Constelación situada hacia el polo antártico, por medio de la cual los navegantes se dirigen al polo norte". Y en el artículo "diamante" afirma estotro: "El diamante más notable es el del rajá de Borneo, que pesa 867 quintales".

También Zerolo, en su enciclopedia, trata de instruirnos mejor acerca de la idea que debemos tener del sotabanco; dice que ése "es un piso sobrepuesto al tejado". Como toda casa acaba en tejado, es incuestionable que un piso que tenga por suelo el techo debe tener por techo el cielo. En este diccionario de Zerolo, el enciclopédico, y también en su hermanito, el de la lengua, salidos ambos del vientre de la misma madre, Garnier de París, se observa este hecho, que al principio intriga angustiosamente: en las viñetas decorativas puestas a la cabeza de cada sección alfabética aparecen figuras de seres, símbolos y cosas que nada tienen que hacer con esa letra en castellano; por ejemplo: la viñeta de la F nos ofrece una "fourchette", una "face", un "faucon" y una "fouine", y la de la G una "grenouille", un "gland" y una "girouette". De modo que sólo un francés puede saborear la ingeniosa relación de esas figuras con la letra a que sirven de ornamento. Y el suplemento de esa obra enciclopédica, que ya no es de Zerolo pero que es hijo de la misma madre Garnier de París, nos obsequia en la misma forma con unos cuadros de estilo funerario cuyos asuntos nada tienen que hacer tampoco, en castellano, con la letra a que se aplican. En este suplemento encontramos en el artículo "Querlon" la noticia de que el poeta griego Aquiles Tacio no se llamaba así, sino Grec Tatius. No hay ningún enigma en esto; busca, lector, el mismo artículo en el suplemento del "Nouveau Larousse Illustré", coteja ambos textos, y exclamarás: "¡Ahora lo comprendo todo!"..., y de paso apreciarás en lo que vale, como plagiario y como traductor, al enciclopedista D. Claudio Santos González, que recomiendo a tu clemencia.

En el "Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano", de Montaner y Simón, se lee en el artículo "Sonambulismo", lo siguiente: "Cuando así sucede y no es posible una vigilancia activa, deberá recurrirse al hidrato de cloral, como medio más nocivo para producir el sueño durante una larga temporada"... ¿Quién se anima, después de esto, a usar ese soporífero, denunciado como el medio más nocivo?

La enciclopedia Seguí nos revela que nuestro Olegario Andrade tuvo doble personalidad, una argentina y otra portuguesa. Exhibe juntos dos retratos suyos, uno de la juventud y otro de la edad madura, y en el artículo que lo presenta joven no nos dice nada nuevo; pero en el que lo presenta maduro nos hace saber que nuestro poeta fué también un escritor portugués que se hacía llamar allá João de Andrade e Corvo... ¡Y el muy pícaro nunca nos dijo nada de esa travesura suya en Portugal!

En el moderno Larousse, también ya citado, leemos esto: "Séphardin: nombre que se daba en la edad media a los fusiles de España y de Portugal". ¿A los fusiles? ¡Qué casualidad! Porque ése era precisamente el nombre que se daba en la edad media a los judíos de España y de Portugal.

Esta misma enciclopedia, en su artículo sobre nuestro Sarmiento, dice que el gran hombre "se voua à la propagation de l'instruction publique et à la création d'un outillage national". Ahora bien: "outillage" significa, a elegir: "juego de herramientas" y "equipo del obrero"; y a crear esto se consagró Sarmiento... Se confirma así aquello de que Sarmiento tenía cosas de loco... Prefiero este extremo y no el otro más grave: que estamos en presencia de una traducción desgraciada de "arsenal", por alusión al arsenal de Zárate.

Que el diablo ha hecho de las suyas en esta enciclopedia lo demuestra claramente su definición de "triálogo": "diálogo entre tres personajes".

El diccionario de la Academia española no es enciclopédico; pero marcha hacia esa meta con paso precipitado, en su afán de inflar a fuelle batiente el vocabulario. Ya están representadas en él, con la flor de sus tecnicismos, todas las ciencias, todas las artes y todos los oficios. Por consiguiente, como conato de enciclopedia, esa obra puede ser citada en este escrito. El caso que da lugar a la cita es significativo: tiende a poner de manifiesto que la lexicografía española tiene características ingénitas y encomiables, que nuestro D. Juan María, en un momento de ingenuidad, tomó por accidentales y censurables. Por naturaleza, un léxico español es un producto inimitable y también incomparable; el léxico español genuino es así porque el lexicógrafo español, también genuino, es único en su especie; a él se refería disimuladamente Ariosto cuando dijo en su obra maestra: "Natura il fece, e poi ruppe la stampa". En su edición de 1925, el libro que limpia, fija y da esplendor dice: "Mula, hembra del mulo"... En la próxima edición dirá, con el mismísimo acierto: "Sillón, macho de la silla"... Porque en ambos casos la función sexual es la misma: si el mulo y la mula se ayuntan inútilmente, también se ayuntan el sillón y la silla sin que resulte de ello un taburete.

Esta inutilidad es patente, la ve cualquiera; pero el instinto genésico de la Academia es tremendo, no obstante aquella célebre comprobación anatómica que hizo Domínguez...

Ante estas cosas de la Academia española empiezo a indignarme otra vez, por aquello de la comunidad de estirpe... Lector, mejor será que me despida de ti ahora, antes que se borre de tus labios la sonrisa.

Los fotógrafos y las fotografías de "EL HOGAR"

No hay enlace, banquete, dancing, ni acontecimiento social de los muchos que se celebran en esta capital, en el que — fatalmente — no se presente algún titulado fotógrafo de EL HOGAR. Éste suele proponer al obsequiado, al organizador de la fiesta o al que supone más interesado, la compra de una docena de las fotografías que va a tomar. En esta proposición, naturalmente, va implícita la seguridad de que EL HOGAR reproducirá en sus páginas un grabado del acontecimiento. Y mediante tal condición, el precio — siempre elevado — no se regatea. El cliente paga y espera. Al cabo de unas semanas se presenta en son de queja a nuestra redacción, donde tiene la desagradable sorpresa de convencerse que ha sido víctima de una vulgar estafa.

A fin de evitar en lo posible la repetición de este abuso, advertimos a nuestros lectores que los fotógrafos de EL HOGAR llevan CARNETS que los acreditan como tales, y cualquiera tiene derecho a exigirles su presentación.

Por otra parte — y esto es lo más importante — EL HOGAR NO COBRA ABSOLUTAMENTE NADA por la publicación de cualquier género de fotografías, ni autoriza a nadie para vender reproducciones ni hacer arreglo alguno por el estilo. En todos los casos la selección y publicación de las fotografías quedan libradas exclusivamente al criterio de la Dirección.

Quien pida dinero o trate de vender fotografías en nuestro nombre, no es fotógrafo de EL HOGAR: es, simplemente, un estafador.

EL HOGAR no exige un solo centavo por la publicación de fotografías o retratos, ya sean para las páginas de actualidades sociales o las tituladas "Nuestro gran mundo", "Las actrices bonitas", y todas las demás.

EXPOSICION INTERNACIONAL DE BOLIVIA
COMISION OFICIAL ORGANIZADORA DE LA SECCION ARGENTINA

OFICINAS:
AVENIDA DE MAYO 1157
UNION TELEF. 3439, RIVADAVIA
BUENOS AIRES

Buenos Aires, 8 de Enero de 1926.

Señores

L. Aubert y Cia.

Newbery 3445

Presente

Muy señores nuestros:

Nos es grato llevar a conocimiento de esa estimada firma, que el Gran Jurado de la Exposición Internacional de Bolivia, les ha otorgado - por la presentación de sus artículos en la Sección Argentina -

GRAN PREMIO DE HONOR, con MEDALLA DE ORO

Oportunamente nos será grato visitarlos a fin de ampliar de palabra lo expuesto y proporcionarles detalles de la Exposición, que interesan, especialmente, a esa estimada Casa.

Sin otro motivo, nos es grato saludarlos muy atentamente

por la Comisión,

Delegado - Tesorero

Delegado - Secretario



Una más

En la Exposición Internacional de Bolivia, celebrada recientemente, el Jurado ha otorgado a nuestra casa la más alta recompensa:

GRAN PREMIO *de* HONOR *con* MEDALLA *de* ORO

Este es otro de los muchos premios obtenidos en cuanto certamen se han presentado los conocidísimos productos de nuestra exclusiva fabricación

CREMA HIGIENICA
y POLVO GRASOSO **Brissac.**



Esta honrosa sanción oficial es una elocuente confirmación de la preferencia y simpatía que, desde hace muchos años, las damas distinguidas dispensan a estos dos excelentes cooperadores de la belleza femenina.

PERFUMERIA
Aubert
J. NEWBERY 3443/55 Bs AIRES



IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.